
EL Viudo Juez
que me amó
LISA PINHEIRO

El juez viudo que me amó

Lisa Pinheiro

Índice

Prólogo
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34

Epílogo
Otros libros:

Está prohibida la reproducción gratuita o comercial de esta obra sin la autorización de la autora. También está prohibida la reproducción parcial de la obra, incluso de forma gratuita, sin los créditos correspondientes. Esta es una obra de ficción, cualquier similitud con personas o hechos reales es mera coincidencia.

Prólogo

Demétrios
3 AÑOS ANTES

El día amaneció gris, como si el propio cielo llorase la pérdida que nuestra familia enfrenta. Mis manos tiemblan al ajustar la corbata, símbolo de formalidad en un momento que, para mí, es todo menos formal. Elysia, mi pequeña joya de cuatro años, me observa con ojos grandes y curiosos, sin comprender completamente la magnitud de lo que está sucediendo.

— ¿Por qué estás tan guapo, papá? — pregunta, con su inocencia infantil.

Intento sonreír, aunque la tristeza impregna cada fibra de mi ser.

— Hoy es un día especial, querida. Estamos yendo a despedirnos de mamá por última vez.

Elysia inclina la cabeza, tratando de entender.

— Pero mamá volverá, ¿verdad? Ella dijo que solo iba a dar un largo paseo con el papá del cielo.

Sus palabras cortan mi corazón, pero mantengo la compostura.

— Ah, mi amor, mamá se fue a un lugar lejano, pero muy hermoso. No va a volver, pero siempre estará con nosotros en nuestros corazones.

Elysia frunce el ceño, pareciendo confundida.

— ¿Y por qué estás llorando, papá? ¿Mamá se pondrá brava si lloras?

Una risa contenida escapa de mis labios mientras enjugo una lágrima terca.

— No, mi ángel, mamá no se pondría brava. A veces lloramos porque la extrañamos y porque las cosas son diferentes ahora. Pero estaré bien, porque te tengo a mi lado.

Abrazo a Elysia con cariño, envolviéndola en mis brazos. Siento su calor y su inocencia, una luz suave en medio de la oscuridad que amenaza con consumirme. Ella no comprende completamente la tristeza que impregna el aire, y por eso, su presencia es un bálsamo para mi alma.

— Prometo a mamá que cuidaré muy bien de ti, Elysia. Eres mi razón para seguir adelante, mi luz cuando todo parece oscuro.

Elysia sonríe, inocente y confiada.

— Yo también cuidaré de ti, papá. Mamá dijo que cuando ella no está, es mi trabajo hacerte sonreír. — Elysia dice, sus palabras como un rayo de sol que atraviesa la neblina de la tristeza.

Mi garganta se aprieta al escuchar su dulce determinación.

Elysia me mira con ojos llenos de compasión, como si de alguna manera entendiera la profundidad del dolor que estoy sintiendo. Su manita se levanta, y ella toca delicadamente mi rostro, secando una lágrima solitaria que escapó.

— No estés triste, papá. Sé que mamá está feliz en algún lugar, y no quiere vernos llorar. Ella dijo que el papá del cielo nos enviará sus besos.

Una sonrisa temblorosa se forma en mis labios mientras miro a mi pequeña confidente.

— Tienes razón, mi amor. Mamá siempre quiso vernos felices.

Elysia me abraza con fuerza, como si pudiera absorber toda la tristeza que estoy sintiendo. Su inocencia y puro amor son como un bálsamo para mis heridas que están abiertas y sangrando.

— Vamos a despedirnos de mamá juntos, papá. Sé que ella está feliz ahora con el papá del cielo.

Apenas tengo fuerzas para asentir mientras toco su pequeña manita. Nunca imaginé que mi vida tomaría este rumbo sombrío. Alegría y esperanza han dado paso al dolor y la pérdida. Hace apenas unos años, celebrábamos nuestra unión, mi esposa y yo, ansiosos por construir un futuro juntos. Pero la vida tenía otros planes para nosotros.

Fue solo dos años después de la boda que descubrimos el enemigo silencioso que se alojaba en su cuerpo: el cáncer. Un diagnóstico tardío, una batalla que apenas tuvimos tiempo de comprender. Cinco años de casados y tres años de una lucha desigual contra una enfermedad implacable.

Elysia, nuestra pequeña luz, fue testigo de la metamorfosis dolorosa de su madre. La vio debilitarse día tras día, la alegría siendo reemplazada por el dolor, la vitalidad cediendo ante la fragilidad. El brillo en los ojos de la mujer que amaba fue gradualmente reemplazado por una sombra de sufrimiento.

Hoy, mientras camino hacia el adiós definitivo, llevo no solo el dolor de la pérdida, sino también el peso de la impotencia. La vida nos dio un amor breve pero intenso, y ahora nos arranca de manera cruel.

Elysia, en su inocencia, es el ancla que me impide ser arrastrado por la tristeza. Mirarla, ver su rostro tan inocente, me hace recordar la promesa que le hice a su madre: cuidar de ella, ser su luz cuando la oscuridad amenace con envolvernos.

Mientras las lágrimas continúan rodando por mi rostro, me prometo a mí mismo que encontraré fuerzas para seguir adelante, no solo por mí, sino principalmente por ella. Elysia es la continuación de la vida que construí con Penélope, un vínculo que persiste incluso después de su partida. Siento un impulso, una necesidad visceral de ser el mejor padre posible para nuestra hija, de crear para ella un mundo donde, a pesar de la ausencia de su madre, pueda encontrar amor, seguridad y felicidad.

A partir de hoy, Elysia será lo único en mi vida a quien dedicaré toda mi atención y cariño, a quien amaré incondicionalmente, mi pequeña joya preciosa.

CAPÍTULO 1

Demétrios
Actualmente

— ¡Eso no va a ocurrir! — digo incisivamente mientras me levanto del sofá.

Stefanos me lanza una mirada penetrante, sus ojos reflejando una expresión de incredulidad ante mi resistencia.

— Vamos, deja de ser terco, Demetrios. Haz este favor para tu hermano. — exclama, los rasgos de frustración marcando su frente.

— Lo que estás pidiendo no es un favor, ¡es una ofensa! — replico, sintiendo la tensión en el aire intensificarse.

Veo a Stefanos mirar el horizonte a través de la ventana, como si buscara paciencia del cielo. Toma el vaso de whisky recién servido en mi mesa de centro, girándolo entre los dedos con una serenidad que contrasta con la agitación que se despliega a su alrededor. Me pregunto cómo mi hermano ha cambiado tanto en tan poco tiempo. Stefanos, antes un hombre rígido y enfocado en los negocios, parecía vivir la vida de manera controlada. Solíamos llevarnos muy bien precisamente por eso. Sin embargo, ahora me mira con una calma que roza el cinismo.

— Ya he dicho que no lo haré, ¡y este asunto se acabó! — afirmo con vehemencia, sintiendo la urgencia de hacerme entender.

— Ella es una chica, Demetrios... está desprotegida y necesita nuestra ayuda. Hazlo como una buena acción para el mundo. — Stefanos argumenta, levantando una ceja.

— ¿Y por qué no te encargas tú mismo de ella?

— Porque ni siquiera sabría por dónde empezar. Sé que tienes influencia y, siendo juez, sabes mucho mejor que yo cómo acabar con la maldita Loretta de una manera burocrática y correcta. — Stefanos explica, apartando la mirada por un momento.

— ¿Desde cuándo eres tan correcto, Stefanos? Recuerdo que ibas a casarte por venganza con una pobre chica. — traigo a colación el pasado, cuestionando su repentina preocupación por la moralidad.

— Sabes muy bien que las cosas han cambiado... — suspira, como si intentara borrar un capítulo oscuro de su historia. — ¡Pero deja eso! Piensa, solo piensa en el asunto, no te costará nada ir a visitar a la chica y entender qué puedes hacer por ella. Es lo único que te pido, una visita.

Siento mi pecho inflamarse, y toda mi respiración sale por mi boca antes de responder:

— ¡Está bien! Una visita, y prométeme que me dejarás en paz después de eso.

Stefanos sonríe satisfecho al escuchar mi concesión, llevando el vaso de whisky a los labios con una expresión de victoria.

— Hecho está. — dice, finalizando la conversación con un trago.

Decido aclarar mi posición antes de que él saque conclusiones erróneas sobre mi compromiso.

— Pero dejando claro, Stefanos, no tengo tiempo para involucrarme personalmente en esto. Solo me aseguraré de qué se trata y, si es necesario, delegaré el asunto a alguien de confianza.

— Nadie cuidará mejor que tú. Eres juez, tienes influencia y conocimiento para resolver esto de la mejor manera posible. — insiste, la urgencia pintada en sus ojos.

— Mi papel está en el tribunal, no en medio de intrigas personales. Tengo demasiados casos en mis manos para involucrarme en problemas familiares. Sin mencionar a Elysia, que demanda mucho de mi tiempo. — mi voz permanece firme, pero percibo que la convicción de Stefanos no será fácilmente deshecha.

Él se levanta, dejando el vaso vacío sobre la mesa de centro, y se acerca a mí.

— Está bien, Demetrios. Haz lo que creas mejor. Pero debes saber que nadie cuidará de ella como tú podrías hacerlo.

Respiro profundamente y lo miro, asintiendo con la cabeza al darme cuenta de lo que acabo de aceptar.

— No puedo creer que vaya a ir hasta Francia solo para visitar a una heredera "desprotegida". ¡Me deberás un favor enorme después de esto!

Stefanos sonríe, como si hubiera conseguido exactamente lo que quería.

— Demetrios, hermano mío, no te arrepentirás. Es un gesto noble, y créeme, Pérola y yo estaremos eternamente agradecidos por ello.

La idea de viajar a Francia para ocuparme de asuntos familiares no me agrada en absoluto, pero aparentemente es un precio que debo pagar para satisfacer a mi hermano, y Dios sabe cuánto ya ha hecho por mí.

— Y hablando de eso, ¿cómo va la vida matrimonial? ¿Cómo está la pequeña Aurora?

— Nos quita el sueño todas las noches. — dice. Percibo un brillo en sus ojos cuando menciona a su hija.

— La paternidad es una bendición y una maldición, ¿verdad?

Stefanos se ríe, asintiendo con la cabeza.

— Menos mal que tienes a Pérola para suavizar las complejidades de la vida. — Digo, respirando pesadamente.

Las sonrisas en nuestros labios desaparecen rápidamente después de mi comentario. Ya no sufro por la muerte de mi esposa, finalmente estoy en paz con eso. Pero en el día a día, en el cuidado, y sobre todo en la crianza de mi pequeña Elysia, mi Penélope hace falta en cada minuto, y al parecer mencionarlo a mi hermano, ahora que él también tiene esposa e hija, parece afectarlo, como si pudiera vislumbrar lo que he pasado.

— Deberías considerar volver a casarte, hermano. Aún eres joven y sé que Penélope querría que fueras feliz de nuevo. — dice Stefanos, al tocar mi hombro.

— ¡No! No me casaré de nuevo, mi vida girará en torno únicamente a Elysia.

Stefanos me mira y suspira con pesar.

— También le gustaría tener a alguien que la cuide además de ti, hermano. Los niños echan de menos una presencia femenina en sus vidas, aunque te esfuerces y des lo mejor de ti, ella lo notará.

Elysia es mi mundo, mi prioridad, y me esfuerzo por ser el mejor padre posible. Sin embargo, las palabras de Stefanos despiertan una punzada de preocupación.

¿Realmente Elysia echa de menos una figura femenina en su vida? Por mucho que me esfuerce por compensar la ausencia de Penélope, quizás haya aspectos sutiles que se me escapan. Me siento dividido entre el deseo de proteger a mi hija del mundo y la idea de que tal vez necesite algo que yo no pueda ofrecer completamente.

Sacudo abruptamente la cabeza para evitar que los pensamientos intrusivos se apoderen de mi mente.

— ¡Oye! Deja de jugar con mi cabeza, Stefanos —respondo, algo exasperado.

Lo veo respirar profundamente y volver a tocarme el hombro, mirándome a los ojos. Stefanos, aunque no sea mucho mayor que yo, sigue siendo mi hermano mayor, y cada vez que me mira de esa manera sé que está a punto de decir algo que solo dirá una vez.

— Durante mucho tiempo creí tener todas las respuestas, Demétrios. Pensaba que mi verdad era absoluta y Dios sabe cuánto me equivocaba. No te escondas detrás de un muro, no te cierres a la vida —dice, golpeándome el hombro antes de acomodarse el traje y dirigirse hacia la puerta de salida de la sala—. Espero que lo veas a tiempo —añade antes de despedirse con un gesto.

El sonido de sus pasos resuena en la sala mientras se aleja, dejándome con pensamientos turbulentos y una sensación de inquietud en el aire.

Mientras camino por el amplio pasillo de mi casa, las imágenes de Elysia jugando, sonriendo e incluso en los momentos más difíciles, cuando buscaba consuelo, vuelven a mi mente. Todavía es pequeña, con solo 7 años, y no puede expresar correctamente la falta que una

madre hace.

Me detengo frente a la puerta de la habitación de Elysia y la veo durmiendo plácidamente. Sus rizos dorados caen suavemente sobre la almohada, y una tranquilidad angelical envuelve su rostro. Ella es mi luz, el rayo de sol que ilumina mis días sombríos.

Observándola, empiezo a considerar la perspectiva de Stefanos. ¿Una presencia femenina en su vida haría alguna diferencia? Nunca había pensado en eso desde ese ángulo. No se trata solo de suplir carencias materiales u ofrecer apoyo práctico; se trata de proporcionarle un equilibrio emocional, un tipo de conexión que yo, como hombre, quizás no pueda comprender completamente.

Siempre creí que, con amor y dedicación, podría ofrecerle a mi hija todo lo que necesitara, pero mi maldito hermano me ha hecho cuestionarlo.

Quizás, solo quizás, debería considerar nuevamente esa posibilidad... Penélope nunca será reemplazada, pero tal vez pueda encontrar una mujer amable, tranquila y cariñosa para que mi pequeña Lili tenga una figura materna a su lado. No sería, de ninguna manera, para llenar el vacío en mi propio corazón, sino exclusivamente para proporcionarle a ella una perspectiva más completa del mundo.

— Tal vez una niñera... —me toco ligeramente la barbilla—. Sí... una niñera sería la elección ideal, así Elysia tendría una figura femenina en su vida y eso no me obligaría a volver a casarme, lo que realmente sería muy injusto para cualquier persona que fuera elegida, porque sé cuánto no soy capaz de amar de nuevo.

Una resolución se cristaliza dentro de mí. No será una búsqueda de amor romántico, sino de una asociación de cuidado y apoyo.

Sé que debo cuidar de mi hija de la mejor manera posible, y sé que debo hacer todo lo posible para que sea feliz, pero nunca más me permitiré enamorarme. He presenciado los extremos del dolor y la pérdida, y no hay espacio en mi vida para un amor que no esté destinado a construir la felicidad de Elysia. Voy a encontrar una niñera para ella... alguien que pueda suplir mínimamente la ausencia de su madre.

Camino hacia mi despacho, sumergiéndome en profundos pensamientos mientras observo la ciudad afuera. La responsabilidad como juez y padre siempre ha ocupado la mayor parte de mi tiempo, y el sentimiento de ser completamente impotente frente a la falta de una presencia femenina en la vida de Elysia me perturba profundamente. No hay nada que no pueda enfrentar o conquistar, pero soy completamente inútil en este asunto.

Sentado en mi escritorio, abro mi portátil y comienzo a investigar sobre instituciones y servicios que puedan ofrecer apoyo emocional y materno para mi hija. Me doy cuenta de que esto va más allá de simplemente contratar una niñera; se trata de encontrar a alguien que comprenda las sutilezas emocionales de un niño que crece sin la presencia materna.

Respiro profundamente y me recuesto en la silla al recordar la promesa que le hice a Stefanos. Antes que nada, tendré que enfrentar horas de vuelo y viajar hasta Francia para visitar a

la "Heredera Desprotegida".

CAPÍTULO 2

Elora

El sol comienza a asomarse tímidamente sobre las colinas, y los pajaritos empiezan su frenética canción cuando decido que es hora de un descanso no autorizado. Me escabullo por los rincones del internado con la destreza de una ninja.

— Estoy volviéndome realmente buena en escaparme de aquí. — murmuro para mí misma mientras el portón chirría suavemente y lo empujo con cuidado, encontrándome libre y pisando con cautela la acera, como si el asfalto estuviera ardiendo bajo mis pies.

Mis zapatillas golpean ligeramente el pavimento mientras camino hacia la cafetería La Florence. Cruzo las estrechas calles empedradas y casitas de piedra con macetas en las ventanas. El aire fresco de la mañana está impregnado con el perfume de baguettes recién horneadas y café recién hecho.

Las fachadas de las tiendas lucen placas de hierro forjado y delicados letreros, indicando una mezcla de panaderías, boutiques y acogedores cafés. La ciudad todavía está despertando, y me gusta especialmente esta hora.

Amo las mañanas de esta ciudad.

Mi falda de cuadros comienza a ondear con el viento, que está más fuerte de lo normal, y pienso que en cualquier momento se elevará hasta mi ombligo, dejando mi ropa interior completamente expuesta.

— El uniforme podría ser un pantalón, o tal vez un short, así mis escapadas serían más seguras. — refunfuño para mí misma.

Pero está bien, todo es por una causa mayor, todo en nombre de una pasión prohibida: el café fresco y las rosquillas de Madeleine.

La campanilla de la cafetería tintinea suavemente cuando entro, y el acogedor aroma del café recién hecho me envuelve como un cálido abrazo. El ruido de los platos y las conversaciones forma una sinfonía relajada, y sé que mi paladar está a punto de disfrutar tanto placer que apenas podrá soportarlo.

— ¿Te escapaste de nuevo, Elora? — Madeleine aparece detrás del mostrador de madera pulida, llevando tres bandejas.

¿Cómo puede equilibrarse así?

— Las hermanas me dejaron salir esta vez. — digo, mostrando mi mejor cara de poker.

— ¿Te crees que nací ayer, niña? — pregunta mientras avanzamos.

— Por supuesto que no, Maddie, eres la mujer más astuta que conozco.

— Vale, vale... ¿qué vas a querer hoy?

— Lo de siempre, tu cafecito y media docena de rosquillas.

— ¿Tantas? — pregunta sorprendida mientras encoge los hombros.

— No sé cuándo podré salir de nuevo... — la veo alzar una ceja y me corrijo rápidamente: — Quiero decir, cuándo las monjas me permitirán salir de nuevo. — termino tosiendo.

— Bueno, ya te lo traigo, siéntate ahí. — dice, pareciendo no haberse creído ni una palabra de lo que dije.

Me acomodo en una de las mesas de madera maciza del local y observo el movimiento afuera mientras espero ansiosamente mi dosis diaria de cafeína y azúcar. Minutos después, Madeleine regresa con la bandeja equilibrada hábilmente en una mano, mostrando mi pedido habitual. El delicioso aroma de las rosquillas de Madeleine, recién salidas del horno, se mezcla con el perfume del café fresco.

Siento que mi estómago gruñe, mi boca salivando, ¡casi estoy a punto de zambullirme en la bandeja!

— Aquí tienes tu café y las rosquillas, Elora. Disfruta, niña fugitiva. — Madeleine sonríe, entregándome la bandeja con una mirada de falsa reprobación.

Le agradezco con una sonrisa, cogiendo la taza de café caliente entre mis manos. El líquido oscuro es reconfortante, y doy un sorbo apreciativo. Mientras saboreo el primer bocado de la rosquilla suave, es cuando lo veo entrar.

Un hombre que quita el aliento, con unos ojos intensos que desafían al mundo que lo rodea. Se sienta en la mesa de enfrente y parece no ver nada a su alrededor, tal es la atención que presta a un montón de papeles. No puedo apartar la mirada, ni siquiera si quisiera, parece un imán, uno de esos hombres que paran el tráfico entero y hacen que cualquier mujer se detenga a mirarlo. Parece llenar la habitación con su presencia imponente y admirable.

El hombre de ojos de océano se levanta, absorto en los documentos que está terminando de organizar en la mesa. Su rostro es serio, concentrado, y no puedo evitar apartar mi mirada del café para observar cada movimiento que hace.

El viento que escapa de la ventana abierta parece conspirar contra mí de nuevo, y la falda de cuadros oscila con más intensidad. Dejo el café sobre la mesa para tratar de mantenerla más quieta en mi cuerpo.

— ¡Maldita sea esta falda tan inoportuna! — gruño.

De repente, siento una muralla personificada cerca de mí, y él parece un poco más alto que antes de sentarse; se acerca hacia mí y, en un movimiento torpe, vuelvo mis manos hacia

arriba en la mesa. No querría que me viera con las manos en la falda.

Con las manos rápidamente levantadas, intento disimular el bochorno, pero la falda terca sigue bailando con el viento. En un gesto torpe, termino apoyando mi mano en la bandeja debajo de la taza, desequilibrándola y haciéndola volar por el aire.

Intento recuperarla, y lo logro antes de que cause estragos. Sin embargo, una parte del contenido no tuvo la misma suerte. Un pequeño río de café se escurre de la taza y encuentra su camino hacia la camisa blanca del hombre de ojos de océano que, justo en ese momento, pasaba por mi mesa.

Un grito ahogado escapa de mis labios mientras veo el líquido caliente extenderse por el tejido de su chaqueta.

Él se detiene bruscamente, mirando hacia abajo con una mezcla de sorpresa e indignación. El tiempo parece congelarse por un instante. Sus ojos encuentran los míos, y siento que mi rostro se sonroja intensamente. No puedo articular una sola palabra de disculpa durante al menos tres segundos hasta que mi cerebro finalmente envía un mensaje a mi boca, y puedo hablar, o casi:

— Y-yo... — empiezo, pero no puedo terminar, tanta es la intensidad de esos ojos azules sobre mí.

— ¡Ay, Dios mío, lo siento mucho! — exclama Madeleine desde el mostrador, presenciando la escena. Corre hacia mí, sosteniendo un paño.

— Yo... yo lo siento mucho — balbuceo, finalmente encontrando mi voz mientras Madeleine se acerca con el paño. Lo tomo de sus manos apresuradas, los ojos azules del hombre de ojos oceánicos aún clavados en mí con una mirada cortante.

Paso torpemente el paño por la mancha mojada en su chaqueta, sintiendo la firme textura de los músculos bajo la tela. Él está rígido, tenso, y apenas puedo encontrar el coraje para mirarle a la cara. Cada toque del paño parece un recordatorio de mi torpeza.

— Perdón, realmente no fue mi intención... yo solo... — intento explicar, pero las palabras se enredan en mi lengua, como si la vergüenza hubiera bloqueado mi capacidad para articular frases coherentes.

Él permanece en silencio, simplemente observándome con una expresión seria. Madeleine intenta calmar la situación:

— Fue un accidente, señor. Elora aquí es una fugitiva profesional, no una experta en derramar café. — bromea, pero el hombre parece no impresionarse con el humor.

— Disculpe por el inconveniente. Realmente no debería haber dejado mi mano tan suelta. — murmuro, retrocediendo un poco para evaluar el daño.

— Mira... ya está casi como antes — digo, intentando engañarme a mí misma y a él. La mancha marrón es más visible que un elefante en medio de una sala llena de gatitos.

El hombre suspira, como si hubiera perdido la paciencia antes siquiera de comenzar el día.

— Déjame pasar, señorita — dice, dejándome escuchar por primera vez su grave voz, que parece todo menos paciente.

El hombre de ojos oceánicos parece imperturbable, como si mi mera existencia fuera una molestia que preferiría evitar. Le doy espacio, retrocediendo, permitiéndole pasar. Avanza, su chaqueta aún húmeda, y agradezco mentalmente no haber causado un desastre mayor.

— Disculpe nuevamente — murmuro, tratando de ocultar mi malestar. Él no responde, simplemente continúa su camino hacia el baño. Madeleine me lanza una mirada reprobadora, como si yo fuera la única responsable de este encuentro desastroso.

— Qué hombre malhumorado — murmuro para mí misma, bufando audiblemente —. Como si lo hubiera hecho a propósito.

Madeleine, al darse cuenta de mi descontento, suelta una risa contenida.

— ¿Quieres otro café, chica? — finalmente pregunta.

— No, he perdido el apetito — digo al sentir que mi falda vuelve a ondear con el viento, como si quisiera sabotearme una vez más.

¿Cómo puede haber terminado una mañana tan buena de esta manera?

Me levanto, aún sintiendo el calor de la vergüenza irradiando por todo mi cuerpo, y me dirijo a la salida de la cafetería cuando el ruido de un leve chirrido de puerta llama mi atención. Me doy cuenta de que la puerta del baño está entreabierta y no puedo apartar la mirada. El hombre de ojos oceánicos está sin camisa, luchando por limpiar la mancha de café en su camisa blanca. Sus músculos están completamente expuestos, evidenciando una fuerza que contrasta con su postura seria.

Mis ojos se fijan en él involuntariamente y, por un momento, olvido toda la vergüenza que sentí anteriormente. Observo cada movimiento cuidadoso, cada músculo tenso mientras trabaja para reparar el daño.

Siento todo mi cuerpo calentarse, casi arder bajo mi ropa, involuntariamente.

Qué hombre tan... guapo.

Paralizada, me quedo allí, en la entrada del baño, sin poder apartar la mirada hasta que él levanta los ojos, dándose cuenta de mi presencia a través del reflejo del espejo frente a él. Nuestras miradas se encuentran y mi corazón da un vuelco. Me siento avergonzada por haber invadido su privacidad, corro hacia la salida de la cafetería y empujo la puerta rápidamente, una bocanada de aire fresco me recibe afuera.

Dios, ¿qué fue eso?

CAPÍTULO 3

Elora

Estoy lista para servirme otro vaso de zumo mientras camino por el comedor del internado Mademoiselle Valois cuando las oigo murmurar. El sabor del zumo de mandarina ni siquiera ha abandonado mi boca, y mi almuerzo se revuelve en mi estómago cuando escucho a la maldita Pauline de Lacroix sonreír y susurrar mientras me mira fijamente.

Entrecierro los ojos, sintiendo el sabor agrio de la provocación mezclarse con el zumo en mi boca, y debo concentrarme lo suficiente para no actuar imprudentemente. No es la primera vez que tengo una diana en la frente, y si cometo otra locura en este internado, probablemente me expulsen, y no necesito lidiar con otro problema ahora mismo; todas mis fuerzas están enfocadas en otro lugar.

Pauline de Lacroix, la autoproclamada reina del internado, me mira con su sonrisa arrogante, solo porque sus padres son de la realeza de algún país desconocido. Ella está segura de que es superior a todas las demás chicas de aquí. Sus ojos destilan malicia mientras me acerco, decidida a enfrentar cualquier maldad que esté a punto de ser lanzada.

— ¿De qué estás hablando, tú... — Respiro hondo y cierro los ojos por un segundo antes de continuar. — ...querida Pauline? — digo, forzando una sonrisa forzada.

— Oh, querida Elora, no vas a creer lo que oí esta mañana — Pauline comienza, su tono cargado de veneno y superioridad.

Arqueo una ceja, manteniendo la calma y la sonrisa en mi rostro, aunque por dentro estoy lista para atacar. Respiro profundamente, ignorando la tentación de dejar que mi ira estalle. Pauline sigue mirándome con su sonrisa cruel, como si estuviera a punto de saborear cada palabra que está a punto de decir.

— Sabes, Elora, oí que tu querida madre, Loretta, está tomando medidas legales. Un proceso para declararla incapaz de gestionar la fortuna cuando cumplas 21 años. — Pauline suelta la información como una bomba, observando atentamente mi reacción.

Mi corazón se acelera, mis puños se cierran, y siento que mis dientes crujen dentro de mi boca, pero mantengo la compostura, negándome a darle el gusto de verme afectada. Sé que no puedo creer ni una palabra que salga de la boca de esta víbora en ciernes, pero conociendo a Loretta como la conozco, no puedo descartar esa información ni siquiera si quisiera.

— Me pregunto cómo podrías saber algo sobre mi familia que ni siquiera yo sé.

— Los interesados siempre son los últimos en enterarse, querida. Y sabes cómo vuelan las noticias en este lugar. Se dice que tu madre está enfrentando un proceso legal, y parece que ella está siendo vista como la más apta para gestionar toda la fortuna familiar cuando alcances la

gloriosa marca de los 21 años.

— ¿Y quiénes son esas "fuentes confiables" que tienen tanta información sobre mi vida? — pregunto lo más fríamente posible, sintiendo que cada palabra sale como fuego de mi boca.

Aunque todo mi cuerpo esté ardiendo por dentro, necesito recopilar la mayor cantidad de información posible. Espero ansiosamente que llegue mi cumpleaños número 21, desde que descubrí todo lo que Loretta hizo a mí, a mi hermana Perla y a nuestros padres... todo mi ser desea vengarme de la maldita que se autoproclamó mi madre durante tantos años, y ahora falta tan poco, ¡tan poco para que lo logre!

— Bueno, no puedo revelar todas mis fuentes. Después de todo, siempre es bueno mantener un poco de misterio, ¿no crees? Pero pensé que deberías saberlo, después de todo... se trata de tu fortuna de lo que estamos hablando, y estabas tan ansiosa por salir de aquí, tan feliz por finalmente poder vivir tu vida fuera de los portones del internado, que me rompería el corazón verte tan decepcionada después. — ella dice, cada palabra cargada de cinismo, y siento que mi cráneo quiere explotar.

— Eres una... — rechino los dientes, sintiendo que ya no puedo fingir cortesía con esta cobra cascabel.

Pauline sonríe con satisfacción, como si estuviera saboreando la victoria de sacarme de quicio. La sangre hierve en mis venas, pero antes de que pueda responder con más ferocidad, siento una mano suave en mi hombro. Miro hacia el lado y veo a mi amiga de confianza, Olivia, mirándome con preocupación en los ojos.

— Elora, no vale la pena. Vámonos, déjala hablar sola con sus palabras venenosas. — Olivia aconseja, intentando calmarme.

Respiro profundamente, intentando seguir el consejo de Olivia. No puedo permitir que Pauline saque lo mejor de mí. Pero aún así siento que la provocación persiste en mi pecho, alimentada por la furia contenida.

— Deberías hacer caso a tu amiga, Elora. No merece la pena estresarse tanto. — dice Pauline, con un dejo de superioridad en su voz.

Ya no puedo contener mi irritación. Mi paciencia está al límite, pero antes de que pueda responder, Olivia me tira suavemente hacia la salida del comedor.

— De verdad que no merece la pena. Vamos a irnos de aquí antes de que las cosas empeoren. — insiste Olivia, manteniendo una mirada reconfortante.

Cedo ante la insistencia de Olivia, permitiendo que me guíe lejos de la presencia tóxica de Pauline. Mientras nos alejamos, todavía puedo escuchar la risa provocadora de Pauline en el pasillo.

— ¡Maldita! ¡Fubanga! Ordinaria, cascabel, víbora... — empiezo a despotricar y veo a Olivia mirándome asustada.

— No te preocupes por ella, Elora. Solo quiere sacarte de quicio. No dejes que arruine tu día. — Olivia intenta calmar mi estado de ánimo.

Suspiro, intentando recuperar la compostura.

— Tienes razón. — Respiro hondo, todavía irritada. — Pero ¿y si ella tiene razón y realmente es verdad lo que dijo?

— ¿Existe esa posibilidad? ¿Crees que tu madre haría eso contigo?

— ¡Ella no es mi madre! — Vocifero.

Olivia baja la cabeza, y me siento culpable.

— Lo siento, perdóname. Es solo que todo es muy reciente, acabo de descubrir todo lo que hizo... mi cuerpo todavía arde de rabia. Y sí, sería capaz de eso y más.

— ¿Y qué vas a hacer?

— Pedir ayuda.

— ¿Ayuda de quién?

— De mi hermana y su marido. Ellos me ofrecieron ayuda antes, pero no pensé que fuera necesario, pero ahora, si esto realmente es verdad, voy a necesitar toda la ayuda posible.

Mi mente está agitada, más de lo habitual. Olivia y yo llegamos al tranquilo jardín de la entrada del internado. Respiro hondo, intentando alejar los pensamientos caóticos, cuando una voz suave corta el aire.

— Elora, ¿puedo hablar contigo un momento?

Miro en dirección a la voz y veo a una monja con hábito, la Hermana Agnes, acercándose. Tiene una sonrisa amable en el rostro.

— Tienes visita, querida. — Dice.

Fruncio el ceño, intrigada. La única persona que viene a visitarme es Pérola, pero ella vino la semana pasada y me avisó que regresaría a América y solo podría visitarme el próximo mes. ¿Qué ha pasado? ¿Habrá ocurrido algo?

— ¿Mi hermana? — Pregunto.

— Oh, no, querida. Se trata de un hombre, muy distinguido... y serio. Es la primera vez que lo veo por aquí. Se presentó como *Demétrios Nikopoulos*.

— ¿Nikopoulos? — Pregunto aún intrigada.

— Sí, exactamente, chica.

¿Nikopoulos, como Stefanos, mi cuñado? ¿Qué demonios estaría haciendo un

Nikopoulos aquí?

— ¿Ha dicho por qué ha venido?

La monja niega con la cabeza.

— No entró en detalles. Solo mencionó que tiene algo importante que discutir contigo. Está en la sala de visitas.

— Está bien, gracias. Iré a recibirlo, hermana Agnes.

No pasa mucho tiempo hasta que entro en la sala de visitas con la curiosidad reflejada en mi rostro. Mi corazón late más rápido al ver a un hombre de aspecto serio sentado en uno de los sillones, hojeando algunos papeles en la mesa de centro. Sus ojos, profundos y penetrantes, encuentran los míos en cuanto entro.

No puedo creerlo...

El hombre a quien le derramé café antes, con sus ojos de océano, que ahora me están mirando directamente. ¿Es el hermano de mi cuñado? ¿Es Demétrios Nikopoulos?

— Elora, supongo? — pregunta con una voz grave y autoritaria, como si no me reconociera.

Asiento, un poco aturdida, todavía tratando de entender qué hace un Nikopoulos aquí, y cómo es el mismo hombre de antes.

— Soy Demétrios Nikopoulos. Stefanos, tu cuñado, me pidió que viniera para hablar sobre tu situación actual.

— Demétrios Nikopoulos. — repito su nombre, aún tratando de procesar la sorpresa. — ¿Eres el hermano de Stefanos?

Él asiente, manteniendo la expresión seria e imperturbable.

Fruncí el ceño, perpleja. ¿Stefanos envió a un Nikopoulos para resolver algo? No sabía que la familia Nikopoulos hacía ese tipo de trabajo. Para mí, todos los Nikopoulos estaban involucrados en el mismo negocio que mi cuñado: vinos, conglomerados, empresas, dinero y cosas por el estilo.

— Siéntate, por favor. — dice, señalando el sillón frente a mí.

Acepto la invitación, acomodándome con precaución. Sus ojos azules, que esta mañana me miraron con ira, ahora están fijos en mí de manera más reflexiva.

Mantengo mi mirada en él. El hombre tiene una aura intimidante, pero no puedo negar lo increíblemente guapo que es, especialmente ahora que puedo observarlo sin estar nerviosamente limpiando su camisa manchada. Sus ojos azules, intensos como el océano, estudian cada expresión en mi rostro, y por un momento, mientras me mira, siento la misma chispa que sentí ayer mientras lo observaba en secreto.

— Entiendo que esta visita puede ser sorprendente, señorita. — comienza, organizando los papeles en la mesa. — Pero mi hermano está preocupado por ti y pensó que era mejor enviar a alguien para ayudar.

— No me recuerda, ¿verdad? — pregunto de repente, decidida a enfrentar la situación directamente. — Esta mañana, en la cafetería. Te derramé café.

Él levanta una ceja, como si estuviera tratando de recordar, pero su expresión permanece imperturbable hasta que sus ojos se abren un poco más, revelando que ahora ha hecho la asociación.

— ¿Qué hacía usted fuera del internado?

¡Maldita sea! ¿Por qué no te quedaste callada?

— ¿Qué? — pregunto solo para ganar tiempo.

— Fuera del internado. — repite incisivamente. — ¿Qué hacías fuera del internado?

— ¿Estaba?

— ¡No me hagas perder el tiempo! Esta mañana, en la cafetería. ¿Qué hacías fuera del internado? — Demétrios pregunta con impaciencia, su voz grave resonando en la sala.

Es todo un genio caliente, y mira que ni siquiera tiene café en su camisa ahora.

— Solo... dando una vuelta. Nada importante. — Respondo, manteniendo la respuesta vaga, tratando de evitar el contacto visual.

Él suelta un suspiro audible, claramente frustrado por mi reticencia a dar una respuesta directa y parece renunciar a hacer más preguntas.

— Está bien, ya entendí que no podré sacarte nada, así que vayamos al grano. Quiero que me cuentes, con lujo de detalles, y sin esconder nada, sobre tu madre y cuál es tu situación actual.

— ¿Stefanos no te lo dijo?

— Quiero la información directamente de la fuente, por eso estoy aquí, señorita. Necesito saber con todo detalle, para poder analizar tu caso con más eficacia.

Arrugo la nariz y entrecierro los ojos, me acerco un poco más y enfrento al hombre que me mira como si fuera de otro planeta. Acomodo mi corbata (que odio de mi uniforme hortera) y me levanto, intentando mostrar algo de autoridad, después de todo, el hombre delante de mí irradia eso como si fueran rayos, y no puedo dejarme intimidar. Sé que puede ser un aliado, que ha llegado casi como un milagro, en el momento más oportuno, pero aún así, sé que no debo parecer una niña frágil e inocente. Después de todo, falta muy poco para que alcance mi mayoría de edad y pueda disfrutar de mi herencia.

— Muy bien. — Digo y doy unos pasos por la sala antes de comenzar. — En el papel, en

mi certificado, soy hija de Loretta y Joseph Drouhart. Pero la verdad es que me robaron de mi verdadera familia. Pérola, la esposa de tu hermano, es mi hermana de sangre. Creció sin saber de mi existencia, mis verdaderos padres murieron cuando ella aún era muy joven, mi padre en una pelea de bar y mi madre Aurora en mi nacimiento. Y todo nos hace creer que Joseph y Loretta son culpables de su muerte. Tan pronto como nací, me robaron en la maternidad, antes de decirle a mi verdadero padre que yo había muerto junto con mi madre.

Camino un poco más mientras intento ordenar mis pensamientos antes de continuar.

— Fui robada por orden de mi abuelo, que estaba obsesionado con tener herederos y difundir su nombre en el mundo. Loretta, la esposa de su último heredero, no podía tener hijos, así que Adolf, mi abuelo, ordenó que me robaran de mi madre, porque tenía su sangre.

El hombre me mira, y parece que tengo toda su atención. No expresa nada en su rostro, solo asiente puntualmente algunas veces.

— ¿Y por qué tu verdadera madre no estaba con tu abuelo? ¿Por qué robaría a una heredera legítima de una de sus hijas para dársela a otro hijo?

— Porque mi madre, Aurora, fue desheredada. Se enamoró de un desgraciado que no tenía dónde caerse muerto, mi abuelo la desterró de la familia.

Él mueve la cabeza lentamente.

— Entiendo.

— Y ahora los Drouhart están en la bancarrota, excepto por mi herencia, el maldito viejo dejó un fondo multimillonario para ser reclamado solo por sus herederos, y yo soy la única heredera de él.

— Excepto por tu hermana, Pérola. — dice él.

— Ella no es oficialmente una Drouhart, y tampoco quiere serlo. Pérola no quiere tener nada que ver con esto, no quiere meterse en problemas con Loretta, y no quiere escuchar más el nombre de esa mujer. Pero yo, desafortunadamente, no nací con la misma bondad que mi hermana, yo... ¡yo quiero hacerla pagar! — digo mirándolo fijamente.

— En cuanto a ese asunto de hacerla pagar y de venganza, déjame al margen. No quiero lidiar con nada de eso. — dice él mientras toma algunas notas antes de continuar. — ¿Cuál es tu problema legal en este caso?

Siento cómo frunzo el ceño, ligeramente contrariada por cómo me trata. Pero algo grita dentro de mí, una vocecita que me obliga a ser prudente. He sido demasiado imprudente, ahora necesito resolver este problema lo antes posible y no puedo permitirme el lujo de rechazar la ayuda que este hombre puede brindarme.

— No tenía ningún problema legal hasta ahora. Loretta es una víbora, pero ni siquiera ella podría tener acceso a mi fortuna hasta que llegara a la mayoría de edad. El problema es que me enteré de que está iniciando un proceso para hacerme parecer incapaz de gestionar mi

fortuna.

— ¿Y cómo te enteraste de eso?

— Por rumores.

Él deja de tomar notas y me mira. Sus ojos azules son tan penetrantes y fuertes que podría jadear solo por la mirada magnética que acaba de darme, pero en cambio, siento la necesidad de levantar ligeramente la nariz. Me intimida, no me gusta eso.

— ¿Qué pasa? — pregunto. — ¿Por qué me estás mirando así?

— Rumores, señorita Elora.

Encogí los hombros asintiendo con la cabeza.

— No me han avisado de nada, pero Loretta tiene influencia y bien podría estar haciendo esto de manera ilícita, comprando jueces, y manipulando la ley como siempre hace.

Veo cómo levanta las cejas y una chispa de ira casi imperceptible surge en sus expresiones.

— Eso es una acusación grave, señorita Drouhart. — Dice con frialdad.

— Entiendo la gravedad de lo que estoy diciendo, señor Nikopoulos. — digo, levantando aún más la nariz, algo que me hace parecer más insolente de lo que soy, pero no puedo evitarlo. — No tengo pruebas concretas, solo lo que escuché en los pasillos del internado. Pero con toda la influencia que tiene Loretta, no me sorprendería si estuviera manipulando los acontecimientos a su favor y, entre nosotros, sabemos que la mayoría de los jueces de este país son corruptos.

Él respira profundamente y vuelve su rostro a sus anotaciones, pareciendo querer recuperar su paciencia, que parece estar desapareciendo.

¡Qué hombre de mal humor! Guapo... muy guapo, pero de mal humor.

— Soy juez, señorita Elora, por si mi hermano no te lo ha advertido. — Dice al levantarse y ajustar su traje antes de mirarme. — Y al contrario de lo que has dicho, soy íntegro y la corrupción me repugna.

¡Oh, no! ¡Qué metedura de pata!

— Creo que ya tengo todo lo que necesito, así que hemos terminado aquí, con permiso. — Continúa dirigiéndose hacia la puerta de la sala.

Siento cómo mi cuerpo entero se enfría, desde la punta de los pies hasta el último cabello. ¡Dios mío, cómo puedo ser tan torpe con las palabras? Acabo de menospreciar a toda la clase de jueces ante uno.

¡Cielos, pero cómo podía haber imaginado eso! ¿Y por qué demonios un juez vendría en persona a analizar mi caso? Pensé que sería un abogado... pero ¿un juez? ¿Tan joven? Sé que es

mayor que yo, pero aún así está en la flor de la vida. Siempre imaginé a los jueces como ancianos, calvos, y no como un dios griego como este. Menos mal que pude controlar mis palabras, porque casi me atrevo a decir que nunca había conocido a un juez tan atractivo.

Perdida en mis pensamientos, solo me doy cuenta de la realidad cuando lo veo cruzar la puerta de la sala.

— ¡Espera! — grito y lo veo darse la vuelta para mirarme.

— ¿Sí? — pregunta fríamente.

— ¿Va a ayudarme? ¿Va a ayudarme a acabar con la maldita Loretta?

— Permítame aclarar una cosa, señorita Drouhart. Estoy aquí para analizar su situación legal y, si es posible, ayudarla. Pero no me involucro en asuntos de venganza personal o disputas familiares. Analizaré y verificaré la información que me ha proporcionado y luego me pondré en contacto con usted.

La sinceridad en su voz es innegable, solo puedo asentir con la cabeza. Aunque haya cometido el mayor error de la historia, y aunque él sea el señor iceberg en persona, estoy más que satisfecha con su respuesta.

Él analizará y me ayudará. Es todo lo que necesito ahora.

CAPÍTULO 4

Elora

Han pasado unos días desde la visita del juez iceberg, como cariñosamente lo apodé en mi mente. Y, para mi sorpresa, no he tenido noticias de él desde entonces. Ni una llamada, mensaje de humo o cuervo mensajero. Nada. Empiezo a cuestionarme si realmente está interesado en ayudarme o si simplemente decidió desaparecer.

Respiro hondo e intento dispersar mis pensamientos. ¡No servirá de nada seguir torturándome con esto! Decido enfocar mi energía en algo más tangible: la hermana Gertrudis, la monja más gruñona del internado. Siempre tiene una expresión adusta, como si se hubiera tragado una cucharada de tiza en polvo.

Me deslizo sigilosamente por el lateral del pasillo, tratando de pasar desapercibida. La hermana Gertrudis está ocupada organizando papeles, y veo la oportunidad perfecta.

Salto frente a ella y la veo sobresaltarse, estallando en risas.

— ¡Santo Dios, niña! ¿Por qué me asustas así? —dice llevándose la mano al pecho.

— Estabas tan concentrada, ¿cómo iba a resistirme? ¡Y no mientas! Sé que me echarás de menos cuando me haya ido de aquí. —digo aún riendo.

Ella levanta una ceja, intentando mantener la compostura, pero no puedo evitar notar un ligero destello de diversión en sus ojos.

— ¿De verdad crees que voy a echar de menos a una travesura como tú?

— ¡Claro que sí! —respondo con convicción exagerada—. ¿Quién más va a alegrar tus días monótonos?

La monja suelta una risita contenida, sacudiendo la cabeza.

— Anda, ve y haz tus travesuras por ahí, pero no olvides enviarnos noticias. Quién sabe, incluso podría arrepentirme de no echarte de menos. Todavía recuerdo cuando llegaste aquí, tan pequeña y valiente, agarrada de la mano de tu madre.

Mi sonrisa se desvanece rápidamente al recordar de repente a Loretta invadir mi mente. Desde los nueve años he estado en este internado y he sido acogida por cada una de las monjas aquí. Este lugar es mi hogar y todas ellas son como mis madres. La hermana Gertrudis es la más estricta y mandona, la hermana Dovitta es la más tranquila y amorosa, Laura es la más divertida... cada una tiene un pedazo de mi corazón y un pedazo de la madre que debería haber tenido.

Loretta nunca mostró ni un ápice de amor por mí, siempre fue brusca, seca, y crecí pensando que había algo muy mal conmigo. Pensando que no era digna del amor de una madre, me metí en tantos líos, escapé del internado tantas veces y en cada una de ellas pensé que mi madre vendría al menos a reprenderme, pero nunca lo hizo. Y hoy entiendo por qué, porque ella es un monstruo incapaz de amar, porque no soy su hija.

— ¿Qué pasa, chica? ¿Por qué estás tan pensativa? — pregunta la hermana Gertrudis.

— Creo que necesito un consejo, de esos bien dados, hermana Gertrudis.

Ella me mira, sus gafas bajan hasta la punta de su nariz y su ceja se arquea ligeramente.

— Te he dicho muchas veces que no me preguntes sobre novios ni nada de esas tonterías, ¡chica!

Dejo escapar una risita al recordar las innumerables veces que le he preguntado a la pobre monja. En todas esas ocasiones, vi cómo su rostro pálido se volvía del color de un tomate maduro de vergüenza.

— No se trata de eso. —digo mientras muevo ligeramente la mano—. Ven, vamos a sentarnos allí. —digo, llevándola hacia un pequeño banco fuera de su sala, con vistas al inmenso jardín lleno de gardenias.

— ¿Qué cree usted que Dios piensa sobre la venganza? —pregunto mientras miro al jardín.

La hermana Gertrudis parece sorprendida por mi pregunta, pero se acomoda a mi lado en el banco, ajustando los pliegues de su hábito con una mirada curiosa.

— Venganza, chica. Esta no es una pregunta común para alguien joven como tú. El perdón es el camino divino.

La miro, intentando descifrar la expresión en su rostro arrugado. La suave brisa del jardín mueve las gardenias, dispersando su dulce aroma en el aire.

— Entiendo el perdón, hermana, pero ¿y si la venganza es la única forma de hacer justicia? ¿Y si la persona que ha hecho algo terrible simplemente escapa de las consecuencias?

La monja suspira, mirando el horizonte como si buscara inspiración divina.

— Joven, la justicia no nos compete juzgarla. Dios decide el destino de cada alma. La venganza, muchas veces, es como beber veneno y esperar que el otro muera. No es el camino que Dios nos propone.

La miro y luego desvío la mirada hacia el jardín nuevamente. Siento la sangre pulsar en mis venas, siento el odio al recordar a Loretta y me doy cuenta de que el perdón no es para mí.

— No puedo perdonar a Loretta, hermana. No puedo hacerlo.

Ella suspira, como si estuviera esperando exactamente esa respuesta. La hermana

Gertrudis, al igual que todas las demás monjas de este lugar, saben cuánto he llorado, cuánto he suplicado, cuánto he deseado que mi madre fuera simplemente mi madre. Ellas han visto cómo el odio crecía en mí como una bestia, hasta convertirse en un monstruo dentro de mí.

— Ya eres una mujer, Elora. Y saldrás de este internado en unos días. El mundo afuera no es como dentro de estos muros. Tienes un corazón fuerte, lo sé desde la primera vez que te vi defender a la joven Olivia de las otras chicas... y solo llevabas aquí 2 horas. —dice ella, sonriendo, y veo el recuerdo invadir sus ojos—. Ser pacificador no significa ser débil, querida. A veces, se necesita más valentía para perdonar que para vengarse. No dejes que esto te controle.

Sus palabras resuenan en mí, y sé que tienen sentido. Sé que, en muchos aspectos, tiene razón, pero mi corazón no puede aceptarlo. No puedo aceptarlo. Inhalo profundamente y estoy a punto de responder cuando veo a lo lejos a Olivia; está con la cabeza gacha, caminando lentamente por el jardín.

— Hermana Gertrudis, necesitamos continuar esta conversación en otro momento. — digo, levantándome rápidamente y dirigiéndome hacia Olivia.

La monja asiente con la cabeza, comprendiendo la urgencia en mis ojos. Me acerco a Olivia y de inmediato noto la expresión abatida en su rostro. Está con la cabeza baja, jugueteando nerviosamente con su cabello.

— Olivia, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? —pregunto, tratando de interpretar las señales de angustia en su rostro.

Ella vacila por un momento, pero finalmente sacude la cabeza, negándose a hablar.

— No me ocultes las cosas, Olivia. ¿Te ha pasado algo? ¿Ha sido Pauline, verdad?

— No, Pauline no ha hecho nada... tranquila.

— ¿Entonces qué ha ocurrido? —pregunto, mirándola fijamente.

Olivia suspira profundamente antes de encogerse aún más. Parece que algo le pesa en el corazón.

— Estoy bien, Elora... solo estoy un poco triste.

— ¿Desde cuándo mientes así, con la cara tan lavada, eh? —pregunto, cruzando levemente los brazos.

Olivia se prepara para responder, pero de repente se lleva la mano a la boca, sus ojos se abren de par en par y corre hacia un arbusto cercano.

— Olivia, ¿estás bien? —pregunto, agachándome junto al arbusto.

Ella levanta un dedo, indicando que necesita un momento. Pero no tarda en reajustarse y mirarme. Estoy a punto de preguntar si fue el almuerzo lo que le sentó mal, pero su mirada... su mirada me revela algo que ni siquiera había considerado.

— No fue el almuerzo, ¿verdad, Liv? —pregunto al mirarla y entender su silencio como respuesta.

Después de un rato, en un susurro, ella confiesa:

— Estoy embarazada, Elora.

— ¿Cómo has conseguido quedarte embarazada en un colegio de monjas, Liv? —digo en una explosión y la veo sonreír.

Olivia se encoge de hombros.

— ¿De quién es?

Ella lanza una mirada de reojo hacia un arbusto cercano. La miro con las cejas levantadas, sin entender.

— ¿El arbusto? ¿Estás diciendo que el arbusto es el padre?

Ella suelta una risa contenida, y veo una pequeña sonrisa aparecer en sus labios.

— No, Elora, no es el arbusto. Es de Claude. —ella suspira mientras sus ojos se pierden en la figura del joven jardinero del colegio.

— Realmente es un chico encantador, Liv. Y ya me imaginaba algo entre ustedes dos, pero ¿por qué no me dijiste nada? ¿Él lo sabe ya?

— ¡No! Él no sabe nada y tú no se lo vas a contar.

— No lo voy a contar, no te preocupes.

Liv me mira, como si no creyera en mis palabras.

— ¿Qué? ¡Ya te he dicho que no lo voy a contar!

— Está bien. —dice ella, finalmente pareciendo creerme.

— Pero no me has respondido, ¿por qué demonios no me contaste lo que estaba pasando entre ustedes y aún más, que estabas embarazada?

— Porque es complicado, Elora... sabes cómo son mis padres y tratamos de ocultarlo incluso de nuestras sombras, pero al final de cuentas, de nada sirvió, ellos se enterarán de todos modos.

— Bueno, pero ahora la leche ya está derramada, bastante derramada de hecho. —digo riendo y viendo a Liv reprenderme con la mirada. —Vale, lo que quiero decir es que incluso si tus padres son esnobes y no aceptan a Claude, ¡ahora es demasiado tarde para que se opongan, estás embarazada de él! ¿Qué pueden hacer? ¿Sacarte el bebé de la barriga?

Olivia baja la cabeza y respira profundamente, lleva las manos rápidamente a su vientre

antes de decir:

— Tal vez lo hagan. —dice finalmente.

— ¡Pero ni hablar! —exclamo.

Olivia suspira, y su mirada se pierde rápidamente, probablemente imaginando lo que sus padres harán cuando se enteren.

— No sé qué hacer, Elora.

— Empieza contándoselo a Claude.

— No sé cómo reaccionará, no sé cómo... decirlo.

— Olivia, cariño, no puedes pelar esa piña sola, necesitas contárselo. Mira, si Claude es tan increíble como parece, recibirá la noticia con alegría y, si no lo es, personalmente le daré unas cuantas clases de jardinería en la cara.

En ese momento, Olivia se acomoda, tratando de ocultar una sonrisa.

— Siempre tienes una respuesta ingeniosa para todo, ¿verdad? ¿Qué sería de mí sin ti, Elora?

— Probablemente te meterías en menos líos, eso seguro. —Me detengo y pienso por un segundo. —Pero para ser sincera, en esta no tuve nada que ver.

— Realmente. —dice Olivia riendo.

Entrelazo mis brazos con los de Olivia y comienzo a caminar por el jardín con ella, el sol empieza a descender en el horizonte y el viento golpea suavemente nuestros cabellos.

Olivia está callada, probablemente inmersa en sus problemas, pero la curiosidad comienza a apoderarse de mí.

— Pero... —aclaro mi garganta para tomar coraje. —¿Cómo fue estar... bueno, ya sabes... estar con un hombre? —digo y siento que mis mejillas se ruborizan ligeramente.

Olivia suelta una risa sorprendida y parece avergonzada.

— Bueno... ya sabes, Elora, no es como en los cuentos de hadas, pero... es una experiencia única. Diferente a todo lo que he vivido.

Mi curiosidad aumenta aún más.

— Y en cuanto a Claude en ese aspecto, ¿es romántico o más... práctico? Olivia ríe de nuevo, pareciendo más cómoda con el tema.

— Es un caballero, ¿sabes? Amable, cariñoso. Hizo todo lo posible para que fuera especial.

— ¡Quién iba a decir que tú, la santurrona más grande de todo el internado, ibas a perder la virginidad antes que yo! —digo, ligeramente contrariada.

— Hablas como si estuvieras buscando perderla, eres la mujer más ingeniosa, crítica y difícil de complacer que conozco; nunca te he visto interesarte por ningún hombre.

Encogí los hombros.

— Bueno, cada vez que escapé de este internado y busqué algo, alguna emoción... solo encontré idiotas presumidos y nada interesantes. ¡No es culpa mía!

— Ajá, vamos a fingir que eso es cierto. —dice como si no creyera en mis palabras.

— Quiero un hombre, Olivia, no un crío, y no es fácil encontrar uno por ahí. ¡Y bueno, dejemos de lado mi vida sexual! Necesitamos ocuparnos de tu embarazo, necesitas contarle de inmediato a Claude.

Olivia suspira, volviendo a la seriedad del momento.

— Lo sé, Elora. Solo espero que, de alguna manera, todo salga bien. No puedo imaginar qué pasará si mis padres se enteran.

— Vamos paso a paso, Liv. Primero, cuéntaselo a Claude. Estoy aquí para apoyarte, pase lo que pase.

— Gracias, Elora.

CAPÍTULO 5

Demétrios

No hace ni siquiera dos días desde que llegué a este país y ya estoy deseando irme lo más rápido posible. He analizado el caso de la heredera Drouhart y no puedo hacer nada aquí. Intenté recopilar la mayor cantidad de información posible con colegas de trabajo que pudieran ayudarme de alguna manera para averiguar si realmente se está llevando a cabo este proceso para declararla incapaz. Pero si lo está, está en secreto, ya que no descubrí nada.

Presiono ligeramente mis sienes para que el dolor de cabeza que intenta dominarme no me consuma el cerebro. Echo de menos a Elysia y debo regresar mañana mismo a América. Empiezo a pensar que no puedo hacer nada sobre el caso de Drouhart.

Escucho mi teléfono sonar y veo que es mi hermano Stefanos.

Genial, ni siquiera tendré que llamarlo para darle las malas noticias.

— Stefanos, ha sido bueno que hayas llamado...

— Demétrios, ¿todavía estás en Francia, verdad? ¿Cerca del internado de Elora? Necesito que me hagas un favor urgente. —dice él, antes de que tenga tiempo de decirle que no puedo hacer nada por la chica y que volveré a casa.

— ¿Qué ha pasado? —pregunto.

— Necesito que vayas a la comisaría local, por favor... Elora está detenida.

Revuelvo los ojos al escuchar la noticia, esa chica huele a problema.

¡Y ahora esto también!

— ¿De qué estás hablando, Stefanos? ¿Cómo que detenida?

— No sé los detalles, hermano, solo sé que necesita ayuda, llamaron al móvil de Pérola desde la comisaría. ¿Podrías encargarte de eso?

— Por supuesto, ¿verdad, Stefanos? Aparentemente, me he convertido en juez para resolver todos tus problemas legales y los de los parientes de tu esposa.

Escucho la risa al otro lado de la línea.

— Gracias, hermano.

Me dirijo a la comisaría local, aún murmurando en mis pensamientos sobre cómo mi

estancia en este país se ha convertido en un verdadero circo. El dolor de cabeza persiste y las ganas de volver a casa crecen con cada segundo.

Al llegar a la comisaría, me informan de que Elora está siendo acusada de vandalismo. Una expresión de disgusto se apodera de mi rostro mientras miro al policía que me da la información.

— ¿Vandalismo? —pregunto, manteniendo la compostura ante la situación.

El policía asiente afirmativamente, entregándome una copia del informe policial. Rápidamente hojeo las páginas, buscando detalles que puedan arrojar luz sobre esta nueva complicación.

— Aparentemente, la encontraron rayando un coche de lujo de una familia muy importante de la zona. —Continúa el policía, como si la situación fuera simplemente otro episodio rutinario.

Suspiro, tratando de mantener la calma. Por la ficha que leí de Elora, noté que nunca fue de seguir las reglas al pie de la letra, pero el vandalismo es un paso más allá de lo que esperaba.

— ¿Dónde está ella? ¿Puedo hablar con ella? —pregunto.

El policía señala una sala de interrogatorios y me acompaña hasta allí. Al entrar, veo a Elora sentada en la mesa, con la mirada fija en el suelo. Levanto una ceja al notar una expresión desafiante en su rostro. A pesar de su actitud arrogante, Elora es delicada y femenina, y no encaja en este entorno donde parece haber sido añadida por error. Por un instante, casi olvido su transgresión mientras la observo.

— Demétrios... el juez de hielo. ¿Qué haces aquí? —dice ella, levantando los ojos para mirarme.

Ignoro el peculiar apodo que me ha dado y me siento frente a ella. Cruzo los brazos, manteniendo una postura seria.

— Stefanos me llamó. Parece que te has metido en más problemas de los que imaginaba.

Ella suelta una risa irónica, sacudiendo la cabeza.

— Eso no es nada, no te preocupes. Dime, ¿has descubierto algo sobre Loretta y el proceso?

— ¿Sabes que estás detenida, verdad?

Ella revuelve ligeramente los ojos y agita las manos esposadas con indiferencia.

— Ya te dije que eso no es nada. ¿Se abrió el proceso o no?

— No pude averiguarlo, si está sucediendo, está bajo secreto.

— ¡Maldición! —golpea ligeramente la mesa. —Esa serpiente...

— ¿Por qué rayaste el coche, Elora? —pregunto, tratando de volver al tema principal.

Ella me mira, por unos segundos. Tiene un rostro precioso, redondeado, con unos ojos verdes enormes y unos labios carnosos que ahora están mordiendo ligeramente el labio inferior rosado, me pierdo por un segundo, nada más que eso, imaginando qué sabor podrían tener esos labios, hasta escucharla decir:

— ¡Se lo merecían!

Muevo levemente la cabeza y carraspeo para volver a centrar la atención en la situación.

— ¿Ellos quiénes?

— Los Gorbachev, los padres de mi amiga Olivia.

— ¿Y qué demonios hicieron para merecer eso? —pregunto.

— Eso no viene al caso.

— En realidad, señorita Elora, viene precisamente al caso. Estás detenida y necesito sacarte de aquí. Por cierto, ¡¿cómo saliste del internado?!

— ¿Entro y salgo de este lugar cuando quiero, señor? ¿Doctor? ¿Su excelencia? ¿Cómo debo dirigirme a usted?

— Demétrios está bien para mí.

Ella asiente levemente con la cabeza.

— Llevamos aquí unos minutos y hasta ahora solo me has dado respuestas evasivas, ¿es eso una costumbre suya, señorita? —pregunto, ligeramente contrariado.

Ella encoge los hombros.

— Tal vez. Pero dime, ¿cuáles son los siguientes pasos? ¿Cómo podemos detener este proceso?

— ¿El de tu madre?

— ¡Ella no es mi madre! —dice ella y puedo ver una chispa de ira en sus ojos. —¡Y si acaso lo fuera! ¿De quién más sería?

— ¿De este? ¿Del que estás acusada de vandalismo, tal vez? —pregunto con sarcasmo.

— Ya te dije que no te preocuparas por eso, ¿eres sordo o qué?

La miro seriamente, sintiendo cómo la paciencia se me escapa como arena fina entre mis dedos. Respiro profundamente antes de continuar.

— Escucha, señorita, no estoy aquí para lidiar con tus caprichos juveniles. Estás en problemas, y soy el único por aquí que puede ayudarte. Entonces, si quieres mi ayuda, te sugiero

que comiences a cooperar.

La veo mientras me fulmina con la mirada, y respiro profundamente tratando de controlar la ira que intenta apoderarse de mí cuando somos interrumpidos por la entrada abrupta del policía, un hombre de mediana edad con expresión ceñuda. Él sostiene una carpeta y me mira con desconfianza.

— Señor Demétrios, la chica está liberada. Parece que hubo un malentendido. Los Gorbachev decidieron retirar la denuncia, sin mayores consecuencias legales.

Mis ojos se entrecierran ante la inesperada noticia. Miro a Elora, sorprendido, y ella suelta una risita, triunfante.

— Te dije que esto se resolvería. No necesitas ponerte así.

— ¿Cómo que malentendido? ¿Qué ha pasado?

El policía suspira y se pasa la mano por la cabeza, visiblemente irritado por la situación.

— Parece que los Gorbachev reconsideraron la denuncia. Pensaron que era mejor no seguir adelante con el caso. La chica está libre y pueden resolver el resto en familia.

Me levanto abruptamente, aún procesando el giro de los acontecimientos. Elora también se levanta y me sonríe victoriosa mientras el policía le quita las esposas.

— ¿Ahora podemos hablar sobre mi proceso? —dice ella, frotándose las muñecas.

Revuelvo los ojos, frustrado por la falta de control de la situación. Me doy cuenta de que mi humor está aún más sombrío.

— ¿Qué tal si te llevo de vuelta al internado de inmediato? —digo entre dientes.

— Tranquilízate, geladito. A estas alturas, mis hermanas ni siquiera se han dado cuenta de que no estoy allí, y hace mucho que no me como un sundae con mucho chocolate, y tú aprovechas para ponerme al tanto de lo que has descubierto.

Estrecho los ojos, intentando contener la irritación que amenaza con desbordarse. Elora sonríe como si se estuviera divirtiendo con mi incomodidad, como si fuera un juego para ella.

— ¿Helado? ¿Estás pensando en helado después de esta situación? —mi voz suena más áspera de lo que pretendía, y ella simplemente se ríe.

— ¿Por qué no? Un poco de dulce puede calmar los ánimos. Y ya que estamos resolviendo problemas, ¿qué tal si aprovechamos el momento y me llevas a dar un paseo?

Suspiro, consciente de que no tengo muchas opciones. Estoy aprendiendo rápidamente lo impulsiva que es esta chica, y cómo al final siempre las cosas terminan siendo a su manera. Con un gesto de cabeza, indico que debemos salir de la sala de interrogatorios. Mientras caminamos por los pasillos de la comisaría, me doy cuenta de que las miradas de los policías se centran en Elora, como si fuera la estrella de un espectáculo. Todos ellos, sin excepción, se giran para

mirarla pasar.

A ella no parece importarle la atención, al contrario, parece disfrutarla. Su cabello rubio cae en ondas perfectas, y sus pasos son confiados y ligeros. Es imposible no notar cómo atrae las miradas; si estuviera pasando por mí en otras circunstancias, seguro también me detendría a admirarla. Me sorprendo pensando que es más bonita de lo que me gustaría admitir.

Al llegar a la salida, ella se vuelve hacia mí con una sonrisa traviesa.

— Entonces, Demétrios, ¿cuál es tu sabor de helado favorito?

— Eso no es relevante. —digo bruscamente.

Ella revuelve los ojos y cruza los brazos.

— Seguro que sí es relevante. —dice, pareciendo indignada.

Ignoro su comentario y sigo caminando hacia el estacionamiento. El aire afuera es fresco, pero mi paciencia está agotada. Elora me sigue, aún hablando sin parar sobre helados y sabores excéntricos. Cuando llegamos al coche, ella se deja caer en el asiento del pasajero con una sonrisa.

— Vamos, Demétrios, relájate un poco. Estás demasiado tenso para alguien de tu edad, te hace parecer más mayor de lo que realmente eres.

Sostengo el volante con fuerza, resistiéndome a la tentación de decirle cuánto me está empezando a irritar. Sin embargo, antes de que pueda responder, ella señala y dice:

— Sigue por esta calle y en dos cuadras gira a la derecha. —ordena.

— No dije que te llevaría a la heladería. —digo y la veo acomodarse en el asiento y abrocharse el cinturón.

— No lo dijiste, pero lo harás.

— ¿Cómo estás tan segura?

— He aprendido a leer a las personas.

— Estás muy segura de eso para alguien que acaba de conocerme.

Ella encoge los hombros y se desabrocha el abrigo que lleva sobre el vestido. Lo quita despreocupadamente y no puedo evitar sentir el perfume que emana de su piel. Un aroma fresco y dulce, y de nuevo me dejo llevar por la sensación solo por un segundo.

— Estoy segura. —dice, cortando mi pequeño devaneo.

Toso y giro el volante, siguiendo el camino que ella indicó.

— ¿Ves? ¿No te lo dije? Sé leer a las personas, incluso a las más intrigantes, como tú —

dice triunfante.

Aunque vaya en contra de mis instintos de estar siempre en control, casi de manera deliberada, quise complacerla.

Al llegar a la heladería, elige un lugar en el fondo, lejos de las miradas curiosas. Nos sentamos en una mesa, y ella examina el menú con entusiasmo.

— ¿Qué te parece si compartimos un sundae? —sugiere, sin esperar mi respuesta. —Con mucho nata montada y salsa de chocolate. Y una cereza arriba, por supuesto.

La camarera se acerca, y Elora hace el pedido sin preocuparse si estoy de acuerdo o no.

¡Qué niña tan petulante!

Mientras esperamos el helado, decide retomar el tema del proceso.

— Entonces, Demétrios, ¿qué has descubierto sobre el caso de Loretta?

Respiro profundamente, recordándome que, incluso con la frustración del momento, aún tengo que lidiar con sus problemas legales.

— Nada concluyente. Todo está bajo secreto. Y deberías dejar de meterte en líos, eso ciertamente no te ayudará si el proceso realmente está en marcha.

— ¿Y cuáles son los siguientes pasos ahora? —pregunta mientras me mira, pero pronto desvía sus enormes ojos hacia el sundae que acaban de servir.

Ella sumerge la cuchara en el sundae, saboreando cada bocado con una sonrisa provocativa. Me encuentro observándola, a pesar de mi voluntad. Elora Drouhart es hermosa, realmente lo es, no tendría argumentos en contra de eso. Observo cómo una gota de salsa cae en su barbilla y ella la retira delicadamente con el dedo, luego la lame lentamente, haciendo que tenga pensamientos involuntarios.

¿Qué estás haciendo, Demétrios? ¿Estás perdiendo la cabeza?

Sacudo la cabeza rápidamente antes de responder:

— No haré nada. Derivaré tu caso a algún abogado amigo mío para que lo analice con más detalle. Me hubiera gustado recopilar más información para tratar el caso con mayor precisión; por eso vine aquí, pero desafortunadamente fue inútil.

— ¡No! —exclama y suelta la cuchara abruptamente, llevando su mano a la mía. —Por favor, necesito ayuda, tu ayuda.

Retiro rápidamente mi mano, sintiendo el peso del contacto físico que me dio, y aparto la mirada de sus ojos suplicantes.

— No dije que no te ayudaré. Dejaré tu caso en manos de alguien competente; no tienes por qué preocuparte.

Frunce el ceño, descontenta con mi respuesta. Parece que Elora no está acostumbrada a lidiar con alguien que no se rinde a sus encantos o peticiones impulsivas.

— Eres el tipo más competente. Investigación exhaustiva sobre ti, Demétrios. Te graduaste con honores, te convertiste en juez con solo 34 años, uno de los más jóvenes del país; eres implacable y conoces la ley de cabo a rabo, y sobre todo, no puedes ser comprado. Además de ser increíblemente rico, eres honesto, y Loretta nunca podrá comprarte de ninguna manera. Eres el competente que necesito, cualquier otro está expuesto a Loretta, no conoces a esa mujer ni lo que es capaz de hacer. Necesito de ti, Demétrios.

Elora pronuncia las palabras y sus ojos se encienden, un fuego lleno de fuerza que irradia. De repente, la joven espirituosa desaparece y da paso a una mujer fuerte y decidida. La miro por un momento, reflexionando sobre sus palabras. Parece determinada, y es difícil ignorar la intensidad en sus ojos. Suspiro antes de responder.

— Elora, no puedo simplemente abandonar mi vida y asumir tu caso. Tengo responsabilidades y compromisos.

Ella revuelve los ojos, claramente insatisfecha con mi respuesta.

— No te estoy pidiendo que abandones tu vida, solo que me ayudes. Eres inteligente, Demétrios, sabes que puedes conciliar las cosas. Y, admite, alguien como tú, que ha llegado hasta donde ha llegado, con todos los méritos, solo puede disfrutar de algún desafío.

Ella está negociando conmigo, no puedo negar que es astuta y realmente sabe leer a las personas como ella misma había dicho. Elora tiene razón, si hay algo que me motiva es el desafío, también tiene razón en cuanto a mi habilidad para conciliar las cosas. Después de todo, mi reputación se ha construido sobre eso. Detesto que ella esté tan segura sobre mí. Respiro hondo y toco ligeramente mi frente antes de responder:

— Consideraré tu solicitud, Elora. Pero no puedo hacer promesas.

Veo una sonrisa de oreja a oreja formarse en su rostro y un leve gruñido de felicidad salir de sus labios.

— ¿Por qué estás reaccionando como si hubiera aceptado? —pregunto desconfiado por su reacción.

— Porque esa respuesta tuya es lo máximo que puedo sacarte ahora y estoy completamente satisfecha con ella. —Ella vuelve a tomar una cucharada de su sundae despreocupadamente antes de continuar: —Y también, porque sé que vas a aceptar.

Estrecho los ojos y la veo divertirse con mi reacción.

¡Vaya chica presuntuosa!

CAPÍTULO 6

Elora

— ¡No puedes hacer eso, Elora! — escucho la voz de Liv advirtiéndome.

— ¿Y quién va a impedirme? — pregunto, terminando de escribir la última palabra de la nota. — ¡Listo, ahora solo falta enviarla! — digo satisfecha.

— Mis padres aún no te han perdonado por el coche, y si envías eso, se pondrán aún más furiosos contigo y, de paso, también conmigo. — ella dice mientras se muerde una uña de su mano izquierda.

— No hay forma de que se enfaden más contigo de lo que ya están, y en cuanto a mí, no me importa en lo más mínimo lo que piensen o dejen de pensar sobre mí.

— Elora, no seas imprudente. No veo cómo eso podría ayudarme con la situación del bebé.

— No seas tan prudente tú, Liv. Hay momentos en la vida en los que hay que luchar y este es uno de ellos, ¿o vas a permitir que tus padres te quiten a tu hijo y lo arrojen a un orfanato? ¿O peor aún... si te obligan realmente a deshacerte de tu hijo?

— No, no lo soportaría. — ella dice sujetando firmemente su vientre.

— ¡Pues entonces! Déjame enviar la nota, te garantizo que ayudará.

— No lo sé, Elora... casi no retiraron la denuncia en tu contra, solo lo hicieron porque insistí mucho y eso... Dios mío, no lo perdonarán.

Respiro profundamente mientras doblo la nota y la meto en el bolsillo de mi falda del uniforme. Tomo las manos de Liv y la hago sentarse en la cama de la habitación que compartimos desde que llegué aquí.

— Tus padres no retiraron la denuncia porque tú lo pediste, Liv. Lo hicieron porque sabían que yo revelaría a todos sobre tu embarazo y prefirieron no correr el riesgo.

Ella respira hondo y aparta la mirada hacia la ventana desde donde tendría la vista de Claude, que ya no trabaja aquí. Después de que Olivia le contó toda la verdad, Claude propuso que se fugasen, pero de alguna manera sus padres descubrieron en un tiempo récord y exigieron el despido de Claude del internado. Todo sucedió tan rápido, no pasó más de un día y medio para que la vida de Liv diera un giro de 180 grados.

Sospecho que quienes filtraron la información fueron las víboras que circulan por el colegio, esas que tienen ojos y oídos en todas partes. No dudo que hayan exagerado la historia, convirtiendo una decisión de amor en un acto irresponsable e imperdonable. Por eso rayé el

coche de los padres de Liv, no es que eso vaya a ayudar mucho, pero fue lo que se me ocurrió en ese momento.

— Deja que yo envíe la nota, Liv. Tal vez eso pueda ayudar, ¿qué perderías? — digo mientras miro a los ojos en forma de almendra y color esmeralda de mi amiga.

— Está bien. Confío en ti, Elora. — Dice al respirar pesadamente, pero parece convencida.

— Todo saldrá bien, ya verás. — digo, apretando su mano contra la mía.

— Espero que sí. — responde con pesar.

Me levanto y antes de salir de la habitación, le doy un beso en la frente a Liv y la veo devolverme una sonrisa antes de que salga por la puerta. Liv solo tiene dos años menos que yo, pero de alguna manera, me siento como su hermana mayor. Liv es una criatura dulce y adorable, y ni siquiera le haría daño a una cucaracha que estuviera sobre su comida. Y es precisamente por eso que siento que debo protegerla. Merece ser feliz, merece amar y ser amada, y sobre todo, merece poder criar a su bebé en paz.

Salgo de la habitación decidida a enviar la nota. Sigo con pasos firmes; sin embargo, mientras doblo una esquina, termino chocando con una verdadera muralla humana. Mi cuerpo choca contra el pecho firme de alguien, y solo entonces levanto la mirada para encontrarme con los ojos más azules que he visto nunca: los ojos de océano del juez pedernal de hielo, mirándome.

— Ten cuidado por dónde andas. — Resopla, ofreciéndome ayuda para recuperarme del impacto. — ¿Estás bien? ¿Te has lastimado?

Veo cómo Demétrios se agacha y recoge la nota que voló con el impacto.

— Supongo que esto es tuyo... — hace una pausa en su discurso, y siento que todo mi cuerpo se enfría. — Pero, ¿qué es esto? — pregunta con su típica expresión ceñuda, sosteniendo la nota entre los dedos.

— No es asunto tuyo. — digo, tomando la nota de su mano y viéndolo bufar ligeramente.

— Tienes que dejar de meterte en líos. Si no, será imposible ayudarte.

— Esto no tiene nada que ver con mi caso, tranquilo.

— La última vez que dijiste eso, estabas esposada en una comisaría.

— Pero salí ilesa, ¿no es así? Deberías tener más fe en mí.

Él se prepara para responder, pero antes de que pueda hacerlo, digo:

— No hay nada sucediendo aquí, tranquilo.

— Pude leer una parte de lo que está escrito aquí, Elora. Sé que de una nota que

comienza con "Creo que es mejor que hagan lo que digo" no puede salir nada bueno.

— ¿Qué estás haciendo aquí, en realidad? — cambio de tema para poder desviar la atención.

— Estoy aquí para hacerte una propuesta. — responde, ajustando su traje con un movimiento rápido y eficiente. Sus ojos azules continúan fijos en mí.

¿Qué podría ser?

— ¿De qué se trata? — Arqueo una ceja, desconfiada.

— ¿Podemos? — dice señalando hacia el ala este del internado, donde rara vez me veo.

Su expresión seria y profesional no da ni un minuto de tregua. Salimos del corredor transitado en dirección a la sala en el ala este. Demétrios avanza con calma, como si cada paso fuera calculado milimétricamente. Su traje impecable contrasta con la impaciencia que siento palpitar en mis venas. Al llegar a la sala, él se acomoda con una elegancia estudiada en uno de los sillones, mientras yo permanezco de pie, ansiosa y curiosa.

— Entonces, ¿cuál es esa supuesta propuesta? — pregunto sin rodeos, intentando descifrar la expresión impenetrable en el rostro de Demétrios.

Él me mira por un momento antes de finalmente hablar.

— Sería mejor que te sentaras. — dice.

— Estoy bien así.

— Insisto. — afirma, y algo en su tono de voz y en su mirada me dice que no abrirá la boca hasta que esté bien sentada frente a él.

Me acomodo en el sillón contrariada y lo miro, esperando que empiece.

— Según tengo entendido, cumplirás años dentro de tres meses, ¿verdad? — pregunta con calma.

— Sí, así es, será cuando cumpla 21 años y finalmente podría tomar posesión de mi herencia.

— Entiendo... y necesito decirte algo, no puedo ser tu abogado... — comienza, y siento que mi ansiedad quiere explotar.

— Ya hemos hablado de esto, ¿vas a echar marcha atrás de nuevo? — digo al levantarme.

— Pero puedo estar a tu lado, evaluando y dando asesoría a un abogado de mi confianza. — dice, continuando la frase como si no hubiera dicho ni una palabra.

Siento que mi cuerpo cae en el sillón nuevamente, esperando que continúe hablando, lo cual no hace.

— ¿Y cómo sería eso? — pregunto curiosa.

— No sé si lo considerarás viable, pero entre las posibilidades que tenemos, esta es la más rápida y efectiva.

— ¿Cómo? Explícame eso bien, porque no entiendo nada. Por cierto, ¿por qué no puedes ser mi abogado?

— Porque soy un magistrado, un juez. Ya no puedo ejercer como abogado, pensé que lo supieras.

— No lo sabía...

— De esta manera, podemos hacer una solicitud para adelantar tu herencia, acelerando el caso, jugando nuestras cartas y no siguiendo el proceso que inició tu madre.

— ¡Ya te dije que ella no es mi madre!

— Loretta... — él continúa. — No sería capaz de darle seguimiento al proceso que ya se inició, y como solo será por tres meses, podemos hacer que el proceso sea lo más lento posible para que puedas obtener tu herencia antes de que ella siquiera pueda pensar en probar algo en tu contra.

Aún perpleja, intento procesar la propuesta.

— Ella tiene mucha influencia, puede conseguir agilizar las cosas.

— Con mi nombre, y con tu aceptación, podemos hacer esto rápidamente. Además, con los contactos y la reputación que tengo, puedo acelerar todo el proceso judicial. En cuestión de semanas, podemos resolver la burocracia y asegurarte el acceso a tu herencia incluso antes de que cumplas 21 años.

Su expresión seria y profesional contrasta con la sorpresa aún estampada en mi rostro. Demétrios continúa, mostrando los beneficios de esta solución.

— Esto no interferirá en tu día a día. Seguirás con tu rutina en el internado, mientras yo me encargo de los aspectos legales. Es una solución rápida y efectiva para garantizar que tu transición hacia la independencia sea lo más suave posible.

La idea comienza a solidificarse en mi mente, y empiezo a ver las ventajas prácticas de esta propuesta. Sin embargo, una duda persiste.

— ¿Por qué harías esto por mí? — pregunto, mirando directamente a sus ojos azules profundos.

— Hay pocas cosas que me irriten tanto como la injusticia, señorita, y no me gustaría verte perjudicada por esta mujer que dice ser tu madre. Conozco todo el mal que te ha hecho a ti y a tu hermana. Como juez, estoy comprometido a asegurar la justicia.

— Pero antes no pensabas así, ¿qué te hizo cambiar de opinión?

Veo claramente cuando él se levanta y ajusta su traje.

— Simplemente cambié de opinión. Ahora piénsalo. Y, si decides aceptar, podemos comenzar el proceso de inmediato. Mi prioridad es asegurarme de que tengas el apoyo necesario. Solo necesito que me avises lo antes posible, ya que necesito volver a Nueva York lo más rápido posible.

Asiento mientras lo veo alejarse con la misma elegancia y determinación que lo caracterizan. Me quedo sola en la sala del ala este, reflexionando sobre la propuesta que podría moldear mi futuro.

¿Qué diablos lo hizo cambiar de opinión?

CAPÍTULO 7

Demétrios

— Desafortunadamente, ella tendrá que trasladarse a América para iniciar el proceso. — escucho la voz de Kanidas, mi fiel amigo y primo, que también es uno de los mejores abogados de Manhattan.

Respiro profundamente, manteniendo mi expresión imperturbable mientras proceso la información. Lo último que quiero es tener más complicaciones relacionadas con este caso.

— Esa no es una opción. Permanecerá en el internado en Francia hasta que todo esté resuelto. — respondo, con voz firme e inflexible. Estoy dispuesto a ayudar, pero no hasta el punto de agregar más complicaciones a mi vida.

Kanidas suelta un suspiro audible al otro lado de la línea.

— Demétrios, como juez, sabes que los asuntos internacionales llevan mucho más tiempo. Traer a Elora a los Estados Unidos facilitaría todo el proceso.

¿Cómo pude ignorar algo tan básico? ¿Cómo pude ser tan descuidado con un asunto tan primordial? Kanidas tiene razón en sus palabras. ¡Maldición!

— Entonces, agiliza lo que sea posible, pero ella permanece en Francia hasta que la documentación esté completa.

Hay una breve pausa antes de que Kanidas acceda a regañadientes.

— Está bien, haré lo que pueda. Pero ten en cuenta que esto podría retrasar significativamente el proceso de apertura, lo que podría dejar a Loretta con libre acceso.

— No necesito que me informes sobre nada, Kanidas. — digo entre dientes.

— ¿Nunca vas a cambiar ese temperamento tuyo, verdad? — responde. — Ah, y otra cosa, Loretta realmente ha iniciado un proceso para declarar a Elora incapaz, está ocurriendo en secreto.

— ¿Quién es el juez responsable?

— Aún no lo sé, estoy tratando de averiguarlo.

— Entonces, avísame en cuanto lo sepas.

— De acuerdo.

Cuelgo el teléfono con un gesto brusco, irritado por las circunstancias que parecen conspirar en mi contra. La situación ya es lo suficientemente delicada como para añadir más

variables.

¡Maldición! ¿Por qué decidí involucrarme en esto?

De repente, Elora viene a mi mente. Recuerdo cómo me miró, cómo me desafió. ¿Fue la visión de fuerza en sus ojos, esa chispa de altivez y vivacidad que nunca he visto en nadie más? ¿O fue simplemente un impulso momentáneo, quizás una ilusión de que podría marcar la diferencia en su vida? ¿Y por qué demonios debería importarme? ¡Maldición! ¿En qué lío me he metido?

Lo más prudente es dejar las cosas como están. No creo probable que Loretta logre demostrar que Elora es incapaz de gestionar su fortuna, y todo seguirá su curso natural sin que necesite involucrarme más en nada de esto.

Pero, al mismo tiempo, algo en mí vacila en abandonar completamente la idea de ayudarla. Esa llama que vi en sus ojos no ha desaparecido, y me siento compelido a preservarla de alguna manera. Es una contradicción interna, una lucha entre el deseo de mantener las cosas simples y la necesidad de no abandonar a alguien que parece haber encendido algo dentro de mí.

Encendido algo dentro de mí.

He visto a Elora Drouhart solo unas pocas veces, ¿cómo podría haber encendido algo en mí?

Es una idea difícil de digerir, especialmente porque no he encontrado a ninguna otra mujer atractiva desde la muerte de mi esposa. Parece que todas las mujeres simplemente desaparecieron de la faz de la tierra, convirtiéndose en sombras pálidas en comparación con los recuerdos que guardo. Pero Elora... ella... ¿qué es?

Hermosa. Seguramente, Elora Drouhart es hermosa.

Desato el nudo de mi corbata y sirvo un Bourbon. Estoy cansado de esta habitación de hotel y tal vez por eso estoy volviéndome loco y pensando en estas cosas ridículas.

Veo mi teléfono vibrar y rápidamente reviso el mensaje de texto que acaba de llegar de Kanidas.

"Acabo de recibir respuesta de una fuente mía, Demétrios. El juez responsable es Gunnar Floyd, y temo que el proceso esté mucho más avanzado de lo que imaginábamos, tú sabes muy bien cómo se las gasta Gunnar. ¿Quién dijo que no podía empeorar?"

Siento una oleada de rabia subir dentro de mí al ver el nombre de Gunnar Floyd en la pantalla de mi móvil. La mera mención de ese nombre es como encender una mecha en un barril de pólvora. Gunnar Floyd, un juez corrupto, la escoria de la profesión. Este tipo no tiene un ápice de ética en su cuerpo, y ahora está a cargo del caso de Elora. ¡Maldición!

Mis puños se cierran involuntariamente, y siento la tensión recorrer cada fibra de mi ser.

Gunnar Floyd es el tipo de juez que se vende al mejor postor, el que manipula las leyes a favor de los más poderosos, no importa cuán injusto sea el resultado. Es una mancha en la integridad del sistema judicial.

No puedo permitir que la rabia me guíe en este momento, necesito actuar con frialdad y estar un paso por delante del maldito. Si pensaba que podía salir de esto, esta noticia me demostró lo contrario. Dejar a Elora bajo el dominio de Gunnar es casi como arrojarla a la boca del lobo, y nunca me perdonaría por eso.

El sonido agudo de mi móvil interrumpe el tenso silencio de la habitación de hotel, interrumpiendo mis pensamientos tumultuosos. Miro el móvil y veo que parpadea el nombre de Elysia en la pantalla, indicando una videollamada.

Contesto la llamada y el radiante rostro de mi pequeña Lili llena la pantalla. Sus ojos, una mezcla de los míos y los de su madre, brillan con la inocencia y la alegría típicas de una niña de siete años.

— ¡Papá! —exclama, con su sonrisa contagiosa.

— Elysia, ¿cómo está mi princesa? —pregunto.

— ¿Cuándo vas a volver a casa, papá?

— Dentro de unos días, te lo prometo, princesa.

— ¿Y has conocido a alguien por ahí, papá? ¿Una chica bonita?

— Ya hemos hablado sobre eso, Lili —digo, intentando sonar más autoritario, pero parece que no logro el efecto esperado.

Ella simplemente sonríe y anuncia:

— ¡Papá, te hice un dibujo! —sostiene un papel colorido frente a la cámara.

Observo el dibujo con una sonrisa, dejándome llevar por la pureza y sinceridad de la expresión artística de una niña. Mientras ella explica cada detalle con mucha atención, veo a la niñera pasar detrás de Elysia y aprovecho para preguntar:

— ¿Cómo van las cosas allí? ¿Está todo bien?

Elysia simplemente encoge los hombros.

— Sí, pero la tía Susan no puede jugar a perseguirme, se queda sin aliento y no puede atraparme.

Intento contener la risa, sabiendo que Susan está justo detrás de Elysia, pero es difícil no reír al imaginar a una mujer de 60 años corriendo por esa enorme casa detrás de una traviesa niñita.

— Papá, voy a bañarme ahora para ir a dormir, mañana te llamo para enseñarte el dibujo

que haré en clase.

— De acuerdo, princesa, buenas noches, te quiero.

— Te quiero, papá.

Elysia acerca su pequeña boquita a la pantalla, dejándola toda sonrosada, y da un beso a la cámara que llena mi corazón de tranquilidad.

¿Qué sería de mí sin esta pequeña?

El silencio vuelve a reinar en las paredes de la habitación del hotel, y respiro profundamente al pensar que ni siquiera necesito esperar la llamada de Kanidas para saber que este proceso, al ser internacional, llevará mucho más que tres meses.

Tiempo que Elora no tiene.

Con un suspiro de irritación, cojo mi móvil y marco el número de Kanidas. El teléfono suena varias veces antes de que él conteste, y su voz resuena al otro lado de la línea.

— Demétrios, ¿dos veces en el mismo día? Nunca habíamos hablado tanto por teléfono. —bromea al descolgar.

— Por ningún motivo dejes que se filtre que estoy detrás de este caso, Gunnar no puede enterarse. Ahora, inicia el proceso, Elora irá a Estados Unidos.

— Ni siquiera necesitabas pedírmelo, odio al maldito. ¿Y respecto a que la chica venga aquí, has cambiado de opinión?

— Simplemente haz lo que te pedí. —respondo incisivamente.

Hay una pausa al otro lado de la línea antes de que Kanidas responda:

— Está bien... empezaré los trámites.

— Excelente, entonces comienza, gracias. —digo al finalizar la llamada y volver al silencio de la habitación.

¿Qué diablos estoy haciendo metiéndome en esto?

❀

Después de pasar por la portería del internado Mademoiselle Valois, me dirijo hacia el jardín que me llevará a la sala de la Madre superiora. Al acercarme, veo a Elora sentada en un banco, perdida en sus propios pensamientos. Su mirada parece distante, fija en el horizonte como si estuviera en otro mundo.

Mi primer pensamiento es lo hermosa que es, pero es algo que intento ignorar. Aunque

resulta casi imposible no admirar los rasgos tan delicados y armoniosos de su rostro.

Su cabello rubio cae suavemente sobre sus hombros, y los rayos del sol resaltan los tonos dorados. Sigo caminando con pasos firmes y decididos, tratando de ignorar cualquier mención a su belleza que surja en mi mente.

— Señorita Drouhart. —digo al hacerme notar, y la veo voltearse para mirarme.

Sus ojos extremadamente grandes se posan en mí y me miran, y poco después, una sonrisa contagiosa ilumina su rostro.

¿Está sonriendo al verme?

No sabría decir por qué, solo sé que la sensación de verla sonreír al verme no me deja indiferente.

— Estaba ansiosa por tu regreso. —comienza ella. — ¡Pero no pensé que fuera tan pronto! ¡He estado pensando en tu propuesta y definitivamente la acepto!

Respiro hondo antes de comenzar.

— Sobre eso, las cosas han cambiado ligeramente. —digo, y veo cómo su sonrisa desaparece casi inmediatamente de su rostro.

— ¿Has renunciado a ayudarme? —pregunta ella.

— No es eso, es el abogado del caso...

— ¿Qué quieres decir con el abogado?

— Ya hemos hablado de esto, señorita Elora. Yo no puedo ser tu abogado, así que quien está a cargo es un primo, un gran amigo mío, Kanidas, y como estaba diciendo, para poder abrir el proceso a tiempo, es necesario que te mudes a Estados Unidos.

— ¿Estados Unidos? —pregunta ella, y veo cómo la sonrisa vuelve a su rostro, ¡y eso me hace... feliz?!

— Exactamente.

— Oh cielos, no he pisado Estados Unidos desde que tenía nueve años. ¿Y cómo sería eso?

— Bueno, si aceptas...

— ¡Acepto! —me interrumpe ella.

— En ese caso... tendrás que firmar algunos documentos y mañana mismo podremos ir.

— ¿Tan rápido?

— Legalmente, llevas siendo adulta desde hace algunos años, señorita Elora. Supongo

que no te habrás ido de este internado por decisión propia, ya que tu herencia solo estaría en tus manos a los 21. Pero ahora, si decides irte, no hay ataduras que te lo impidan y no podemos darle más tiempo a Loretta para que consiga lo que quiere.

Ella asiente pensativa.

— Tienes razón. Mi otra opción era vivir con Loretta y eso siempre lo abominé. — responde finalmente. — ¿Y dónde viviré?

— En casa de tu hermana o en la mía, lo que sea más conveniente.

— En la tuya. —dice abruptamente.

Me siento desconcertado, pues pensé que querría quedarse con su hermana.

— ¿Puedo preguntar por qué?

— Mi hermana acaba de casarse, Aurora, su hija, todavía es un bebé que requiere mucha atención, y acabo de conocer a mi hermana, no quiero meterme en su vida así de repente. Prefiero cultivar nuestra amistad poco a poco y no entrometerme en su vida. Si no te importa, prefiero quedarme contigo, así agilizamos lo máximo posible el caso.

Solo asiento.

— No creo que sea una buena idea.

— Por favor... apenas notarás que estoy allí, y estando cerca podemos trabajar aún más en mi caso.

La miro, veo sus enormes ojos mirándome de una manera que preferiría que no me afectara tanto, respiro hondo antes de responder:

— ¡Está bien!

— Gracias. —dice con un leve grito de celebración.

De repente, sus ojos se abren como si se le hubiera ocurrido una idea.

— Pero antes, siéntate aquí. —Dice al tocar mi mano y hacerme sentar a su lado en el banco. Al sentir su contacto, siento un hormigueo en mi piel y rápidamente corto el contacto.

— ¿Tienes alguna duda, señorita?

Asiente con la cabeza.

— Entonces, pregunta.

— ¿Cuántos años tienes? —me pregunta mirándome.

— Acabo de cumplir 35. Pensé que lo sabías, dado que investigaste exhaustivamente sobre mí. ¿Pero qué tiene que ver eso con tu caso?

— Y yo lo sé. —dice rodando los ojos ligeramente. — Solo estoy tratando de reforzar mi punto aquí. Pronto cumpliré 21 años, así que no tenemos tanta diferencia de edad. ¿Podrías, por favor, dejar de llamarme señorita como si fuera una niñita de primaria?

Me siento desconcertado por sus palabras.

— Creo que 14 años es una diferencia bastante considerable, señorita Elora.

La veo volver a revolotear con sus inmensos ojos verdes-azulados.

— Después de cierta edad, ya no hace tanta diferencia. Y realmente no me gustaría quedarme en la misma casa con alguien que me trate así.

— ¿Y cómo preferirí... — pauso la frase al ver su mirada clavada en mí. — ¿Cómo te gustaría que te llamara?

— Vamos, Elora... ¿de qué otra manera sería? Tengo un bonito nombre, y eso es una de las pocas cosas por las que puedo agradecerle a Loretta.

— Está bien, Elora. ¿Algún otro requerimiento?

— ¿Requerimiento? Ninguno. Estoy más que contenta con este arreglo... solo me pregunto cómo te pagaré por esto. — dice al apartar la mirada y parecer pensativa.

— Eso no será necesario. — digo antes de que continúe.

— Sí, lo sé... eres tan rico como yo voy a ser, de hecho, sospecho que mucho más, considerando tu fortuna personal además de la heredada de tu familia. El punto aquí no es el dinero, sé que tienes de sobra.

— Entonces, ¿por qué estás hablando de pagos?

— El dinero no lo es todo en la vida, Demétrios. Estoy segura de que hay algo que puedas desear, que no tenga que ver con transacciones monetarias.

— No hay nada que desee, Elora. Mi intención es ayudarte sin esperar compensación a cambio.

Me mira con una mezcla de incredulidad y determinación.

— Todos desean algo. Y te garantizo que encontraré algo que pueda interesarte.

Suspiro, tratando de no mostrar mi frustración ante su terquedad.

— No es necesario. Mi decisión está tomada. No quiero nada a cambio.

Ella sonríe de manera traviesa.

— Hagamos esto... si encuentro algo que te interese o te agrade y pueda hacerlo por ti, ¿aceptarás sin dudarlo y así quedamos en paz, qué te parece?

— Ya dije que no hay nada.

— Y ya lo escuché. Pero si encuentro algo, ¿aceptarás? — Dice al extenderme su mano.

Respiro hondo ante su insistencia. Seguramente, Elora sería una excelente abogada; tiene determinación.

— Está bien. — digo al tocar su mano y la veo sonreír satisfecha. — Pero si fuera tú, no me haría muchas ilusiones.

Ella sonríe como si supiera más de mí que yo mismo.

— Sé que todos tienen un punto débil, algo que desean o necesitan. Puede que no sepa cuál es el tuyo, pero lo descubriré. Y cuando lo haga, no tendrás más opción que aceptar. Después de todo, hicimos un trato y sé que eres un hombre de palabra.

Decido terminar el tema antes de que tome mayores proporciones.

— Sea como sea, no busco nada a cambio. Ahora, debemos apresurarnos con los preparativos para tu mudanza. Me encargaré de los detalles con la Madre Superiora, y te aconsejo que empieces a preparar tus cosas y te despidas de quien necesites. — digo, levantándome y ajustando mi traje.

Elora asiente y se pone de pie. Se acerca con una sonrisa radiante, sus ojos verdes brillando con gratitud. Levanta el rostro hacia el mío, sus labios se acercan y depositan un suave beso en mi mejilla. Siento una leve electricidad en el lugar del contacto, una sensación que no puedo ignorar.

— Gracias, Demétrios. Estás haciendo algo increíble por mí, y realmente lo aprecio.

Con un gesto suave, se aleja, dejándome allí, perdido en mis propios pensamientos. El toque de sus labios aún quema en mi piel.

Intento continuar mi camino, pero mis ojos y mi cuerpo apenas cambian de dirección hasta que Elora desaparece de mi campo de visión.

¿Qué demonios de sensación irritante es esta que estoy sintiendo?

Elora es hermosa, lo sé... eso no puedo negarlo. Pero nunca me he dejado llevar por eso; mujeres bellas entran y salen de mi vida a montones. Entonces, ¿por qué estoy sintiendo esta sensación tan peculiar en presencia de Elora?

A pesar de la joven edad de Elora, muestra una madurez sorprendente. Su mirada penetrante denota una inteligencia aguda, y su lengua afilada revela una perspicacia poco común, que raramente veo por ahí. Ella es valiente, corajuda y no teme enfrentar desafíos de frente. Algo en ella irradia fuerza, al mismo tiempo que una fragilidad que me impulsa a ayudarla.

Es imposible no notar cómo dirige nuestras conversaciones, argumentando con firmeza y determinación, demostrando una confianza que va más allá de lo que se espera de una joven que

ha vivido toda su vida encerrada en un internado. Es una cualidad que, en un contexto diferente, incluso podría admirar. Pero ahora, mientras se prepara para mudarse a mi casa, me doy cuenta de que debo mantener una línea clara y distinta entre la apreciación de sus habilidades y cualquier posible atracción personal.

Las semanas que pasará bajo el mismo techo que yo exigirán disciplina y control emocional. Me he comprometido a ayudarla, y eso es en lo que debo enfocarme. Después de todo, el hecho de que sea hermosa y talentosa no debe influir en mis decisiones o sentimientos. La pérdida de mi esposa ya me enseñó a mantener una barrera emocional, y no puedo permitir que se derrumbe ahora.

Sea cual sea el motivo de esta admiración que comienza a surgir en mí, tendrá que ser olvidado rápidamente.

CAPÍTULO 8

Elora

Estoy frente a mi modesta maleta abierta, examinando las opciones de calcetines que debo llevar. Parece un detalle trivial, pero las únicas prendas personales que poseo viviendo en un internado son mis calcetines. Claro, todos ellos son solo para mi uso cuando no llevo uniforme, porque es necesario seguir los colores de la paleta de Mademoiselle Valois, pero estos aquí, los que uso para dormir, son todos de mi elección.

— Seguro que este irá. — digo al coger mi calcetín de pingüino. — Pero ¿dónde está su pareja?

La hermana Laura entra en mi habitación con su habitual mirada gentil y sonrisa acogedora. Siempre ha sido una presencia reconfortante en este internado, una figura maternal que aprendí a respetar y apreciar.

— Elora, la Madre Superiora desea hablar contigo. — anuncia, interrumpiendo mis divagaciones sobre calcetines.

— Ya voy. — digo al dejar mis calcetines a un lado.

Al llegar a la sala de la Madre Superiora, soy recibida con una sonrisa sencilla, pero sus ojos denotan una seriedad subyacente. Siento un leve nerviosismo, pero intento mantener mi postura.

— Elora, por favor, siéntate. — La Madre Superiora indica la silla frente a mí, su semblante manteniendo la compostura habitual. Yo obedezco, acomodándome en la silla mientras observo atentamente a la monja que siempre ha representado autoridad y compasión.

— Estoy al tanto de lo que el Señor Nikopoulos tiene planeado. — Ella comienza, sus ojos fijos en los míos, evaluando mi reacción.

Respiro hondo, intentando contener la ansiedad que comienza a surgir en mí.

— Me explicó detalladamente los motivos por los cuales es viable el cambio y sobre su proceso para adquirir la herencia que le corresponde por derecho. Y aunque he notado que no tengo muchas opciones, ya que puedes irte de aquí cuando quieras, él pareció lo suficientemente educado como para pedirme comprensión sobre los hechos. Necesito preguntar: ¿realmente estás consciente de lo que vendrá después?

— Sí, Madre Superiora. — Respondo, manteniendo mi voz firme. Ella asiente, como si esperara esa confirmación.

— Entiendo que esta transición es significativa para ti, Elora. Mudarte del internado para

vivir bajo la tutela del Señor Nikopoulos y entablar un proceso contra tu madre trae consigo desafíos y responsabilidades que, hasta ahora, no has tenido que enfrentar. Y Dios sabe lo espirituosa que eres, pero todo será diferente a partir de ahora. — La Madre Superiora hace una pausa, observándome atentamente. Sus ojos expresan una mezcla de preocupación y aprecio. — No dudo de las buenas intenciones del señor Nikopoulos, aunque sea un hombre serio y de pocas palabras, puedo ver bondad en sus acciones, pero ¿entiendes que este cambio alterará todo lo que tienes hoy? Tus responsabilidades y, de alguna manera, la red de apoyo que siempre te ha rodeado aquí en el internado?

— Sí, Madre superiora. Estoy al tanto de los cambios que vendrán. — Respondo, manteniendo mi mirada firme, procurando transmitir mi determinación. — Pero no es nada que no enfrentaría en breve. No pasará mucho tiempo hasta que alcance la edad en la que pueda reclamar mi herencia, lo que estamos haciendo ahora es simplemente para evitar que Loretta se apropie de lo que es mío, antes de que pueda hacerlo yo.

La madre asiente y parece pensativa.

— No podré disuadirte, ¿verdad?

Muevo la cabeza negativamente.

— No, madre, no podrás.

La monja me mira fijamente por otro momento, como si buscara algo más profundo en mis palabras. Su mirada, sin embargo, se suaviza un poco, revelando un rastro de compasión.

— Ya eres una mujer, Elora. — dice al suspirar profundamente. — No solo en tu cuerpo, sino también en tu mente, y no sé cuándo ocurrió este cambio, fue tan rápido, de repente ya eras esta mujer llena de deseos y determinación. Y sabía que este internado ya se había quedado demasiado pequeño para ti.

— ¿Quieres decir que das tu bendición?

Ella suspira asintiendo con la cabeza.

— Quiero que sepas que siempre estaré aquí para ofrecerte apoyo, consejos y, sobre todo, oraciones. Emprendimientos como este pueden ser desconcertantes, pero es importante que mantengas tu integridad y valores.

— Gracias, Madre. — digo al levantarme y abrazarla llena de besos. — Gracias, gracias, gracias.

Ella sonríe, una sonrisa maternal que transmite comprensión y ánimo.

— Que la providencia divina te guíe, mi querida. Que tu camino sea bendecido y que encuentres fuerza para superar los desafíos que se presenten.

❀

Salgo de la sala de la madre sintiéndome completamente renovada. Aunque seguiría mi camino de cualquier manera, me deja mucho más tranquila seguir con su aprobación. Desde que llegué aquí, ella ha sido como un ancla, como una abuela, que me dio regaños, consejos y amor, y me sentiría completamente desolada de dejar este lugar con su desaprobación.

Pero ahora, tengo otro problema que resolver, uno antes de partir de aquí. Estoy buscando a Olivia, camino por los pasillos, paso por la capilla y por el comedor, donde algunas novicias todavía están terminando sus comidas. Mi mirada ansiosa recorre cada rincón, hasta que finalmente diviso a Olivia ayudando a la hermana Laura en el huerto, entre las filas de verduras y flores coloridas.

Sin pensarlo dos veces, me acerco a ella. Al llegar, tomo la mano de Olivia y la llevo apresuradamente lejos del bullicio del huerto, hacia un lugar más tranquilo.

— Elora, ¿qué está pasando? — pregunta Olivia, con curiosidad reflejada en sus ojos color esmeralda.

Respiro hondo antes de revelar la noticia.

— Voy a salir del internado antes, Olivia. Voy a vivir con Demétrios Nikopoulos durante estos días previos a mi cumpleaños y me mudaré a Estados Unidos mañana. — Digo toda la noticia de una vez y la veo palidecer.

— ¿Q-qué? — son las únicas palabras que salen de ella.

— Ya estábamos preparadas para nuestras despedidas y no durará mucho, pronto estaremos juntas de nuevo. Pero lo importante es que no pude enviar la nota, con toda la confusión yendo y viniendo del juez de hielo aquí. Y ya no tendré tiempo para hacerlo, así que necesitarás hacerlo tú misma.

— ¿YO? — protesta exasperada.

— Sí, tú Liv. — Digo incisivamente.

— ¿Y cómo voy a hacer eso?

— Es simple, todos los miércoles el cartero viene a recoger la correspondencia de aquí, solo necesitarás tomar uno de los sobres de la Madre, poner la nota e incluir las cartas del día.

— Dime otra vez, ¿por qué no podemos enviar un correo electrónico? ¿Como cualquier persona del siglo XXI?

— Ya hablamos sobre eso Liv, enviar un correo electrónico podría dejar rastros digitales si uso cualquier dispositivo de aquí, pueden rastrear la dirección IP, descubrirán de dónde vino el mensaje. En el sobre, necesitas poner esta dirección como remitente. — digo al señalar el papel garabateado. — Es una fábrica textil cercana, que el cartero también visita, ni siquiera se dará

cuenta y mezclará toda la correspondencia.

Olivia me mira con preocupación, pero finalmente parece entender la gravedad de la situación.

— Debemos ser discretas, Liv. No podemos correr el riesgo de que descubran antes del momento adecuado. Las cartas son una forma más segura, especialmente en este caso.

Ella asiente, aún con una expresión aprensiva, pero lista para seguir el plan.

— ¿Crees que funcionará? — pregunta con aprensión.

— Estoy segura de que sí. Tan pronto como tus padres se enteren de que alguien en las cercanías ya sabe sobre tu situación con Claude y el embarazo, se adelantarán y lo contarán todo antes de que estalle la prensa.

— ¿Cómo puedes estar tan segura de que lo harán? ¿Y si simplemente lo niegan?

— Porque tus padres son así. Saben que no pueden contener un rumor ni ceder al chantaje, que las cosas siempre se filtran de alguna manera. Cada vez que algún escándalo intentó sobrevolar su hermosa casa, fingieron que no era un escándalo y simplemente seguían con la vida cotidiana. Ese es su modus operandi y debo admitir que funciona y que será genial para ti.

— ¿Qué voy a hacer sin ti aquí, Elora? — pregunta mientras toca mis manos.

— Prepararte para la llegada de tu bebé, alimentarte bien y no estresarte, pronto también saldrás de aquí y podremos tener una vida mínimamente normal.

— ¿Mínimamente? — pregunta levantando una ceja.

— Bueno, totalmente normal tampoco es mi estilo, Liv. Sabes que necesito algo de emoción en mis días para no morir de aburrimiento.

Escucho una risita salir de la nariz de Liv.

— Te quiero, Liv. Voy a echarte de menos.

— Yo también. — dice, abrazándome fuerte.

— ¡Pero basta ya! Sin lágrimas, ¿vale? — digo intentando contener las lágrimas que comienzan a amenazar con salir de mis ojos.

Olivia asiente levemente con la cabeza.

— De acuerdo. — dice, también con los ojos llorosos.

Ella tira suavemente de una cadena que lleva alrededor de su cuello, revelando un pequeño colgante en forma de corazón.

— ¿Recuerdas esta cadenita? — pregunta, sosteniéndola en la palma de la mano.

Asiento con una sonrisa, recordando el momento especial en que le di ese regalo.

— Llévala contigo, Elora. Así, dondequiera que estemos, tendremos un pedacito de la otra.

Toco la cadenita con gratitud, sintiendo la conexión simbólica que representa.

— La llevaré, Liv. Y te recordaré siempre que la mire.

Veo una lágrima rodar por los ojos de Liv y pronto una cae de los míos también.

— ¡Vale, ya está bien de esto! — digo con la voz entrecortada.

— De acuerdo, de acuerdo. — dice ella, limpiándose la cara. — Pero dime, ¿vas a vivir con el Juez delicia?

— ¿También te has dado cuenta, verdad? — pregunto.

— ¿Que es un bombón de los grandes? Claro, Elora. El hombre parece haber salido directamente de un cuento de hadas de Disney.

Suspiro profundamente.

— Es aún mejor sin camisa. — confieso y veo a Liv abrir mucho los ojos.

— ¿Cómo? ¿Cómo lo viste sin camisa? — Fue un accidente... larga historia, pero la moraleja es solo una: es muy atractivo. Bastante gruñón a veces, y muy estricto, parece que la vida es blanco y negro para él todo el tiempo, pero aún así es un bombón.

— ¿Crees que se llevarán bien? Si él es blanco y negro, tú no podrías ser la persona más colorida de este mundo.

— Bueno, no creo que vayamos a llevarnos mal. Incluso tiene un mínimo sentido del humor, y es completamente correcto, y eso me gusta, siento que puedo confiar en él, y es más de lo que puedo pedir.

— Espero que tengas razón, Elora. — Liv dice con una ligera preocupación.

— Lo tengo, después de todo, serán solo unos días, ¿qué puede pasar en un período tan corto?

— Nada, supongo... — dice titubeante.

— ¡Exacto! — Digo con una sonrisa confiada.

Nada demasiado catastrófico puede suceder en un plazo tan breve.

CAPÍTULO 9

Demétrios

“Nada catastrófico puede suceder en apenas unos días, nada catastrófico puede suceder en apenas unos días, nada catastrófico puede suceder en apenas unos días”, repito mentalmente tantas veces que ya ni sé contar, mientras Elora baja las escaleras del jet privado de los Nikopoulos.

No pasa mucho tiempo antes de que entremos y trate de sentarme. Mientras el motor ruge, observo el paisaje por la ventana, fijo mis ojos en el horizonte cuando escucho la voz suave de Elora:

— No eres muy habladora, ¿verdad? — Elora pregunta, acomodándose en el asiento delantero.

Mantengo mi mirada seria y respondo de manera directa:

— No suelo desperdiciar palabras si no son necesarias.

— ¿Cómo puedes decir eso? Las palabras siempre son necesarias, así es como conocemos a los demás o expresamos nuestros sentimientos, nuestro afecto o nuestro desagrado.

— Estoy segura de que tú sacas mucho provecho de tu habilidad en la oratoria, pero yo las prescindo.

Elora parece intrigada, pero no se rinde.

— ¿Y tu casa? Debe ser impresionante, considerando quién eres.

Suelto un suspiro antes de responder, pero no aparto mi mirada del horizonte.

— Es grande.

— ¿Grande? ¿Puedes darme más detalles? ¿Cuántas habitaciones? ¿Jardín? ¿Piscina? — Ella pregunta, sin dejarse detener, persistiendo con su curiosidad.

— Nueve habitaciones. Jardín. Piscina. — Respondo de forma sucinta.

— ¿Nueve habitaciones? ¿Cuántos? Supongo que muchos empleados.

Asiento simplemente, coincidiendo con su afirmación.

— No recuerdo mucho de la época que viví con mis... — ella pausa la frase. — Con Loretta y Joseph, pero recuerdo sentirme diminuta en esa casa, y los empleados no hablaban mucho conmigo. Espero no sentirme muy sola. — ella suspira alto. — Estoy acostumbrada a

convivir con muchas personas.

Permanezco impasible ante las preguntas incesantes de Elora, observándola atentamente antes de responder.

— Elysia, mi hija, también vive allí. — informo, cortando su línea de pensamiento momentáneamente.

Los ojos de Elora se iluminan con sorpresa y emoción.

— ¿Elysia? ¿Tu hija? ¿Cuántos años tiene?

Mi expresión permanece seria mientras respondo, manteniendo el tono monótono que caracteriza mi comunicación.

— Siete años.

Elora parece extremadamente emocionada, como si le hubiera contado algo realmente interesante, y parece ansiosa por más información, pero yo sigo reservado, ofreciendo solo lo esencial. El silencio se cierne por un momento antes de que ella continúe interrogando.

— ¡Esa edad es adorable! Estoy deseando conocerla. — sigue emocionada. — Pero no llevas anillo, ¿tuviste a tu hija fuera del matrimonio? Debería haber sabido que un hombre tan guapo como tú solo podría ser un gran mujeriego.

— Mi esposa falleció. — respondo rápidamente.

Elora abre los ojos sorprendida, y la veo avergonzada por lo que acaba de decir. Se queda en silencio y parece absorber la información con una mezcla de compasión y sorpresa. Su expresión delicada revela la sensibilidad que intenta ocultar bajo una capa de persistente curiosidad.

— Siento mucho tu pérdida. ¿Cómo sucedió?

Mantengo mi mirada fija en el horizonte, mi expresión inalterada.

— Cáncer.

Ella parece darse cuenta de que este es un tema delicado y decide no insistir más en él. En su lugar, desplaza la conversación a terreno más seguro.

— Y ¿cómo te las arreglas con una niña tan pequeña? Debe ser un desafío.

— Soy completamente capaz de cuidar de una niñita.

Mi respuesta seca no la detiene para seguir preguntando.

— Y tú, Demétrios? ¿Cómo lidias con la ausencia de su madre?

— Hago lo que sea necesario.

Elora suspira, como si estuviera tratando de descifrar la complejidad detrás de mis respuestas cortas.

— Debe ser difícil para una niña crecer sin la presencia de su madre. ¿Te pregunta por ella?

— No recuerda mucho a su madre.

La conversación parece empezar a perder fuelle, pero Elora persiste, decidida a extraer más información.

— ¿Y cómo lo llevas tú?

— Me ocupo.

El silencio cae de nuevo, pero ahora Elora parece más reflexiva que curiosa. La observo cuidadosamente, reflexionando sobre lo que podría estar pensando. Finalmente, rompe el silencio.

— Debe ser solitario para ti. Criar a un niño solo, sin la compañía de una pareja. — Suspira, y sus ojos parecen pesados de sueño. Elora se acomoda en el asiento y cierra los ojos antes de decir: — Para alguien que no habla mucho, fue una buena conversación, Demétrios.

La vibración del jet y el constante zumbido del motor llenan la atmósfera, mientras mi mirada permanece fija en el rostro de Elora. Se queda dormida rápidamente ante mis ojos, y su respiración tranquila se mezcla con el monótono ruido de la aeronave.

Poco a poco, una extraña sensación comienza a insinuarse en mi pecho. Observo a Elora, que descansa serena en el asiento, y, de manera involuntaria, un destello de ternura se manifiesta en mi mirada. Esta mujer curiosa y persistente, que habla más palabras en una hora de las que yo uso en una semana, de alguna manera, ha desencadenado algo, ¿algún... sentimiento? ¡No! ¡Estoy volviéndome demasiado blando, eso es todo!

Con un movimiento sutil, me quito el saco y, cuidadosamente, lo coloco sobre Elora como si fuera una manta. Mi expresión permanece imperturbable, pero no puedo resistirme a observar los detalles de ella. Elora tiene un rostro redondo y femenino, y emana mucha feminidad en sus gestos e incluso en la forma en que ahora está dormida. Respiro profundamente y sacudo bruscamente la cabeza. No puedo dejarme llevar por tales pensamientos.

Me acomodo en mi asiento, manteniendo la postura rígida y los ojos fijos en el horizonte que se extiende ante nosotros. La suave luz de la cabina del jet resalta la delicadeza de los rasgos de Elora mientras ella descansa, ajena a mi discreta observación.

Su cabello cae suavemente sobre los hombros, una cascada de mechones sedosos que bailan con suavidad con la vibración del avión. Las líneas de su rostro revelan una belleza clásica, una combinación equilibrada entre la dulzura y la determinación. Las largas pestañas descansan suavemente sobre las mejillas, añadiendo un toque encantador a su expresión tranquila.

La forma en que se ha acomodado en el asiento, las suaves curvas de su cuerpo, es una imagen imposible de apartar la mirada. La observo con cautela silenciosa, resistiendo la tentación de ceder a cualquier atisbo de emoción.

¿La estoy volviendo a mirar? ¿Qué tipo de hombre soy yo para quedarme observando a una mujer dormir? ¡Para ya, Demétrios, ahora! Otra vez esto...

Respiro profundamente y vuelvo mi mirada al horizonte. El vuelo continúa, y la luz del sol comienza a teñir el cielo con tonos anaranjados, indicando que la llegada está cerca.

El avión aterriza suavemente, interrumpiendo mis divagaciones. Elora despierta, aún envuelta en mi saco, y me mira con gratitud.

— Hemos llegado —informo, mi voz volviendo a su habitual frialdad.

Elora se estira, soltando un suave bostezo, mientras se recupera del sueño. Sus ojos se abren lentamente, revelando un destello momentáneo de desorientación antes de volver a acostumbrarse a la realidad del jet privado. Ella retira la prenda de vestir y me la devuelve, y yo la recibo como si recuperara mi coraza, con un asentimiento de cabeza.

Ella mira por la ventana y observa la imagen exterior. Luego, extiende su mano y toca mi brazo, mirando la hora en mi reloj.

— No puedo creer que ya sea tan tarde. Elysia ya debe estar dormida a estas horas.

El contacto, la forma en que es espontánea al tocarme, al acercarse, me desconcierta.

— Yo... —digo, un poco distraído. —Bueno, ¡mañana podrás conocerla!

— Si no hay otra opción —responde ligeramente contrariada. —¿Y cómo reaccionó ella al enterarse de mi llegada?

— Ella aún no lo sabe.

— ¿Qué? —pregunta exasperada.

— No he tenido tiempo de contarlo, pero no tengo ninguna duda de que disfrutará de tu compañía.

— ¿Y por qué estás tan seguro?

— Porque las dos tenéis más palabras en la boca que un loro.

Elora suelta una risa sincera y sonora.

— Tienes un sentido del humor que me contagia, Demétrios.

— No estaba intentando ser gracioso.

— ¡Exacto! Eso es lo que lo hace aún mejor —dice mirándome fijamente.

Muevo la cabeza y me levanto del asiento.

— Vamos, o se nos hará demasiado tarde.

Ella simplemente se levanta, y la sigo, pero en un movimiento rápido y errático, Elora se gira abruptamente para decir algo, pero las palabras se pierden en el viento. Su rostro está muy cerca del mío, y nuestra respiración se mezcla; aparto la mirada hacia su boca, ahora entreabierta.

El instante parece congelarse, y una sutil electricidad recorre la piel donde nuestros cuerpos casi se tocan. Siento el calor emanando de ella, como si el aire a nuestro alrededor estuviera cargado de una energía vibrante. Sus ojos, intensos y penetrantes, capturan los míos, creando un vínculo invisible entre nosotros.

En apenas un segundo, solo un maldito segundo de cercanía, siento que cada parte de mi cuerpo vibra. La miro casi hipnotizado, y todo en lo que puedo pensar es en cómo quiero besarla.

El corazón late descontrolado, resonando en el tenso silencio que se ha instalado. Hay algo en el aire, una tensión palpable que envuelve cada movimiento, cada respiración.

¿Quiero besar a Elora Drouhart? ¡No! No puedo querer besarla.

Pero aún así, lo quiero.

CAPÍTULO 10

Elora

El escalofrío causado por mi repentino movimiento recorre mi espalda cuando me encuentro cara a cara con él. Su rostro está tan cerca del mío que puedo sentir su respiración, y por un instante, el mundo a nuestro alrededor desaparece, quedando solo nosotros dos y un calor que realmente nunca había sentido antes.

Siento la cálida respiración de Demétrios contra mi rostro; no se aleja, al contrario, veo cómo sus ojos se deslizan hacia mis labios y percibo un destello de deseo en ellos. Su mirada intensa me clava, y mi corazón parece querer salir disparado de mi pecho a un ritmo acelerado. El simple contacto visual con Demétrios, la fuerza que emana al contemplar mis labios de esa manera, hace que sienta un calor casi inmediato entre mis piernas.

Demétrios se mueve ligeramente, y sus labios están tan cerca que puedo sentir el calor que emanan. Mi mirada es inevitablemente atraída hacia su boca, y la tentación se vuelve abrumadora. En un segundo de debilidad, mis labios se entreabren, ansiosos por una conexión que parece inevitable.

Mis ojos vuelven a encontrar los suyos, y el silencio entre nosotros parece gritar, y me pregunto si Demétrios siente lo mismo que yo. Su rostro, normalmente imperturbable, ahora parece apenas contenido, como si estuviera librando una batalla en su mente.

Pero antes de que pueda procesar completamente la situación, Demétrios se aleja abruptamente. El momento, tan intenso como efímero, se rompe. Su mirada fría e imperturbable vuelve, como si nada hubiera sucedido.

— Vamos, o será demasiado tarde —dice de nuevo, su voz recuperando su habitual frialdad.

Con un nudo en la garganta, lo sigo, intentando entender lo que acaba de pasar.

Nunca me he sentido así, nunca he estado cerca de experimentar esa sensación que acabo de sentir. Y en mis muchas escapadas del internado, he tenido experiencias con hombres, no puedo decir que sea completamente inocente en esa área, pero aún así, ninguno de ellos se acercó siquiera a la sensación que Demétrios me provocó con una simple mirada y su cercanía.

❀

Salimos del avión privado y fuimos recibidos por el chófer de Demétrios, un hombre de pocas palabras cuya expresión seria revela una lealtad inquebrantable a su jefe. Saluda a Demétrios con un simple gesto de cabeza y abre la puerta de la limusina negra que nos espera en

la pista de aterrizaje privada.

Demétrios y yo entramos en el vehículo, y el silencio inicial solo es interrumpido por el suave ronroneo del motor. Observo el paisaje a través de la ventana mientras la limusina se desliza por las calles impecablemente pavimentadas. Hace mucho tiempo que no veo la civilización de esta manera. Crecí en un pequeño pueblo donde el lugar más elegante era la plaza con la fuente gigante. No pasa mucho tiempo antes de que la mansión de Demétrios aparezca en el horizonte, majestuosa e imponente.

Llegamos a la entrada principal, y la vista de la grandiosa propiedad es impresionante. La arquitectura clásica y los jardines bien cuidados crean una atmósfera de elegancia y sofisticación. El chófer detiene el coche, y Demétrios abre la puerta, indicándome que salga primero.

Al pisar el inmenso vestíbulo, una sensación de opulencia impregna el ambiente. La enorme escalera frente a nosotros conduce a los pisos superiores, y la lámpara colgante del techo ilumina la sala con una luz suave. Es entonces cuando veo a la niña, bajando corriendo por las escaleras, con los rizos dorados saltando mientras se acerca.

— ¡Papá! — exclama Elysia al acercarse, sus ojos curiosos fijos en mí. — ¿Quién es ella?

— ¿Qué haces despierta a estas horas, Lili? — pregunta él mientras la levanta en sus brazos y le da un cariñoso abrazo.

— ¡Si no es tan tarde, papá! — responde ella, y al verlo fruncir el ceño, continúa: — Fue solo hoy, echaba de menos, no iba a poder esperar hasta mañana. — dice haciendo pucheros.

Suelto una risita al observar la escena.

¡La niña tiene gracia!

Intento no mostrar demasiado, pero debe ser perceptible para cualquiera que me mire. Mi cuerpo está lleno de ternura al ver cómo parece estar dedicado a su hija. Más aún siendo un hombre tan reservado y reflexivo.

— Elysia, esta es Elora. Elora, mi hija, Elysia.

— Hola, Elysia. Estoy encantada de conocerte por fin, he oído mucho sobre ti. — digo al acercarme.

Elysia rápidamente se libra de los brazos de su padre y se pone de pie frente a mí, extendiendo sus manitas hacia mí haciendo un gesto para que me agache, y así lo hago.

— Es un placer conocerte, señorita Elora. — dice en un tono casi formal y me da dos besitos en las mejillas, uno en cada lado, como saludo. — Puedes llamarme Lili. — continúa.

— Disculpa, ha estado viendo demasiadas películas... — dice Demétrios, pareciendo ligeramente avergonzado.

— ¡No seas tonto! — digo, reprendiéndolo rápidamente y volviéndome hacia ella. — Ya eres toda una señorita, debes saludar como tal, ¿verdad, Lili? — digo al parpadear y verla sonreír.

— ¿Quieres ver mi colección de muñecas? — pregunta, llena de emoción.

— ¡Claro que sí!

— Tal vez mañana, Lili. — interviene Demétrios, y la niñita vuelve a hacer pucheros en su favor.

¡Pillina!

— No sirve de nada hacer pucheros, ya es hora de dormir, vete y prepárate que iré en unos minutos.

— ¿Vas a leer "Baleia Azul y os 4 Pintinhos"? — pregunta emocionada.

Demétrios parece ligeramente avergonzado.

— Tal vez. Ahora vete, que iré enseguida.

Ella simplemente asiente y sube rápidamente las escaleras, dejándonos nuevamente solos.

— Es una monada —digo, soltando una risita.

— Tiene personalidad —él dice, ajustando nuevamente su traje ligeramente arrugado por Elysia.

— Entonces, ha sacado eso de alguien.

Demétrios arquea ligeramente la ceja.

— Ven, te mostraré la habitación donde te quedarás. He pedido que la preparen para ti, no es gran cosa, pero creo que servirá —dice haciendo un gesto para que suba primero las escaleras.

— ¿No me mostrarás la casa antes?

— Mañana habrá tiempo para eso, ahora creo que debemos descansar.

Asiento simplemente y comienzo a subir las escaleras, sintiendo su presencia a mi lado. Ascendemos por la escalera y Demétrios me guía por los amplios pasillos hasta que llegamos frente a la puerta de la habitación que será mía.

Al entrar, me envuelve una sensación de calma y elegancia. Las paredes están revestidas con un papel pintado sutil, con un patrón floral que añade un toque de delicadeza al ambiente. La cama, enorme debo decir, está estratégicamente ubicada bajo una ventana amplia que permite que la luz de la luna ilumine suavemente la habitación.

El mobiliario es clásico, con piezas de madera oscura talladas con detalles intrincados. Una alfombra mullida y suave se extiende por el suelo, brindando una sensación de confort bajo mis pies. La chimenea en la esquina emana un calor acogedor, decorada con adornos que reflejan el gusto refinado de Demétrios.

— ¿No es gran cosa? —pregunto, aún sorprendida por el espacio.

Abro las cortinas y veo una vista impresionante de los jardines iluminados por la luz plateada de la luna. El silencio del entorno, roto solo por el suave murmullo de las hojas, crea una serenidad deliciosa.

— Hay habitaciones más grandes en la casa, pero como te lo avisé a última hora, Odette no pudo prepararlas a tiempo y solo quedó esta —dice, claramente disculpándose.

— ¿Qué? ¿Más grande que esto? Yo compartía habitación con Liv desde que tengo memoria, aquí hay espacio para al menos seis pares de nosotras dos.

— No exageres —dice rascándose ligeramente la cabeza.— No actúes como si no hubieras visto habitaciones como esta en toda tu vida, después de todo, eres una Drouhart.

Revuelvo ligeramente los ojos.

— Pero he vivido toda mi vida encerrada en el *Mademoiselle Valois*. Y allí no se vive una vida de lujos, como puedes imaginar.

— ¿Eso te resiente? —pregunta, y no puedo evitar notar que esta es la primera pregunta personal que me dirige.

Niego con la cabeza mientras coloco mi pequeña maleta sobre la cama.

— En realidad, para nada. Agradezco, de verdad. Haber crecido solo con lo esencial me ha hecho valorar las cosas que realmente importan, y hoy en día no permito que la avaricia o el dinero me muevan.

— Pero aún así, no quieres dejar tu herencia a Loretta —observa.

— ¡Por supuesto que no! Jamás dejaría tanto dinero a una víbora tan venenosa como ella; sería preferible tirarlo todo al mar o quemarlo en un granero de gallinas.

Demétrios levanta ligeramente la ceja de nuevo.

— Sin las gallinas, claro. —continúo, y lo veo soltar una risa.

¿Se rió? ¿Yo lo hice reír? Sí, lo hice reír. ¿Y por qué me gusta tanto eso?

— ¿Pensaste que mataría a las pobres gallinas? —pregunto, desconfiada.

— Ni por un momento. —finalmente responde él. — Pero sobre Loretta, creo que tu punto es completamente razonable.

— Sé que lo es.

Veo a Demétrios mirar a los lados y finalmente enfrentar la maleta que coloqué hace unos minutos sobre la cama.

— ¿Solo trajiste eso?

— Sí, ¿cuánta ropa además de mi uniforme crees que tengo?

Él se rasca la cabeza, pensativo.

— No lo sé, más de la que cabría en esa mini maleta, supongo.

— Pues estás equivocado. —respondo.

— ¿Y cómo piensas vestirte durante este tiempo?

— Bueno, ¿cuánta ropa se necesita para pasar tan poco tiempo? No más que algunos vestidos y camisolas, supongo.

— ¿Y qué llevarás al tribunal? No creo que un traje haya entrado en esa maleta.

Entrecierro los ojos y me doy cuenta de que tiene razón.

— ¿Y por qué tendría un traje? Nunca he necesitado uno.

— Mañana nos ocuparemos de eso.

— ¿Cómo? Todavía no tengo acceso a mi dinero y dudo mucho que Loretta quiera darme algo ahora. De hecho, ella debe estar descubriendo en este momento lo que estamos haciendo, y mi suposición es que ya haya gritado a todas las criadas de la casa, pobrecitas.

— Me ofendes de esta manera, Elora. — dice con los ojos entrecerrados.

— Sé que eres rico, Demétrios, y que un traje no hará ni cosquillas en tu bolsillo gordo, pero no voy a permitir que compres cosas para mí. Ya es suficiente con lo mucho que me estás ayudando.

— Me alegra que tengas esa dignidad, Elora. Pero es inútil ahora, simplemente acéptalo como un regalo.

Respiro hondo y lo miro fijamente, Demétrios devuelve la mirada con su típica expresión imperturbable, y yo simplemente asiento derrotada.

— Está bien, pero después te pagaré con intereses.

— ¡Por el amor de Dios, chica! ¿Puedes al menos una vez no dar la última palabra? — pregunta exasperado.

Respiro profundamente.

— Está bien, está bien. —digo levantando la mano en señal de rendición. — Aceptaré el traje. Pero solo el traje, ¿vale? Nada más.

— De acuerdo. —suspira profundamente. — Ahora voy a poner a esa traviesa a dormir, y si necesitas algo, habla directamente conmigo. Las criadas ya están descansando, mañana te las presentaré.

Solo asiento y me quedo... ¿admirada? Por su respeto hacia quienes trabajan para él.

— Buenas noches. —dice dirigiéndose hacia la puerta.

— ¡Demétrios! —lo llamo y lo veo voltearse.

— ¿Sí?

— Gracias. —digo mirándolo y lo veo asentir ligeramente.

Gracias. Es la única palabra que ronda en mi cabeza al pensar en Demétrios, y simplemente decírselo no sería realmente suficiente.

CAPÍTULO 11

Elora

Me muevo inquieta en la cama y veo el reloj digital en la mesilla marcando irritantemente las horas. Son las tres de la madrugada, y mi estómago ronca como un león hambriento. Toda la casa parece estar en silencio, así que decido que es hora de satisfacer mi apetito nocturno.

Después de todo, ¿estoy en otro huso horario, así que es normal tener falta de sueño y hambre, no?

Me pongo un albornoz que encuentro en el armario, una prenda de tela suave y cálida que me envuelve cómodamente. Abro la puerta de la habitación y me deslizo por el pasillo, guiada únicamente por la suave luz que emana de las lámparas ornamentadas. Encuentro la escalera y bajo los escalones con cuidado, tratando de no hacer ruido. Al llegar al final de la escalera, me encuentro con el único lugar conocido por mí en toda la casa: el vestíbulo.

— ¿Dónde estará la cocina? ¿A la derecha? ¿O quizás a la izquierda? —susurro para mí misma.

Miro a mi alrededor y no encuentro ninguna pista.

— Derecha. Siempre elige la derecha, Elora. —susurro de nuevo.

Decido confiar en mi intuición y sigo hacia la derecha. Mis pasos silenciosos resuenan en el suelo de madera, pero la casa sigue tranquila. A medida que avanzo, noto la presencia de una puerta entreabierta frente a mí. Una débil luz escapa por su rendija. Silenciosamente, empujo la puerta y entro, encontrándome finalmente con la cocina, pero no solo con ella, sino también con Demétrios, que está de espaldas, llevando solo unos pantalones de pijama grises, con la espalda completamente desnuda.

¡Dios mío, qué hombre es este!

El delicioso aroma de las especias envuelve el ambiente. Estoy petrificada por ambas cosas: el aroma y Demétrios sin camisa frente a mí.

— ¿No puedes dormir? —pregunta él, sin detenerse en sus actividades en la cocina.

— Mi estómago decidió despertarse y molestarme. Creo que necesito algo para comer. — respondo, acercándome.

Demétrios se gira hacia mí, con una mirada evaluativa.

— Siéntate. Voy a prepararte algo.

Sigo sus instrucciones y me acomodo en una de las sillas de la espaciosa cocina. Él se mueve con habilidad entre los utensilios, cogiendo ingredientes de manera eficiente. Mientras

observo, me doy cuenta de que él parece estar cómodo aquí, como si la cocina fuera su refugio personal.

— ¿También tienes hambre? —pregunto, tratando de romper el silencio.

— También estoy desorientado por el cambio de huso horario, al igual que tú.

— ¿Siempre cocinas tú?

Él encoge los hombros antes de coger otra sartén del armario.

— Me las arreglo, tuve que aprender. Elysia tiene un paladar muy refinado.

— Pensé que alguien como tú tendría empleados para todo esto.

— Y los tengo, pero no me gusta molestar fuera del horario de mis empleadas, así que fue útil aprender a apañármelas.

No pasa mucho tiempo hasta que Demétrios se gira y pone un plato delante de mí, lleno de algo que parece una mezcla irresistible de sabores.

— Tortilla de queso con hierbas frescas. No es una comida gourmet, pero debería saciar tu hambre nocturna.

— Vaya. Esto parece delicioso, gracias.

Doy el primer bocado y lo veo sentarse frente a mí con su plato. El silencio entre nosotros es cómodo, y me doy cuenta de que es la primera vez que estamos solos sin la presencia formal de choferes, asistentes de vuelo o en un entorno público.

— ¿Cómo te las arreglas para cocinar tan bien? —pregunto, curiosa.

— No exageres. Es solo una tortilla —dice sin pretensiones.

— Es la mejor tortilla que he probado en mi vida y eso que he probado algunas.

— ¿En el internado?

— No —digo mientras limpio mi boca con una servilleta.

— ¿En tus salidas no autorizadas? —pregunta arqueando una ceja.

— ¿Por qué preguntas si ya lo sabes? —encogí los hombros.

— Todavía me queda algo de esperanza en la humanidad, supongo.

— Esa es una gran cualidad para un juez —digo mientras doy otro bocado al plato.

— Supongo que sí.

Dejo que mi mirada se pose en su cuerpo; es casi como si mis ojos tuvieran vida propia y

no pudieran dejar de mirar lo musculado y viril que está.

— Disculpa por la exposición. ¿Quieres que me ponga algo? —Demétrios pregunta, notando mi mirada vagando por su pecho musculoso.

— No te preocupes. Estoy bien así —respondo rápidamente, apartando la mirada y tratando de disimular el rubor que amenaza con aparecer en mis mejillas.

Él simplemente asiente y vuelve a su comida.

— ¿Cuándo crees que podré ver a mi hermana? —pregunto, intentando cambiar rápidamente de tema.

— Mañana mismo si lo deseas.

— Sí, me gustaría mucho.

— Entonces así será —dice mientras se levanta y termina su plato. — Prepárate por la mañana, tenemos muchas cosas que tratar. —Demétrios coloca los utensilios en el lavavajillas y se prepara para salir cuando mi boca insiste en soltar palabras no solicitadas:

— Demétrios... — dejé escapar las palabras al viento.

— Sí, Elora.

¿Por qué le llamé? ¿Qué quiero decir? Maldita sea, ¿por qué fui tan impulsiva? Fue casi como un instinto primitivo al verle levantarse y alejarse; deseaba un poco más de su compañía, pero ahora, con él mirándome esperando que diga algo, parece que las miles de palabras que suelen estar en la punta de mi lengua han desaparecido.

— Gracias por la tortilla. — finalmente encuentro mi voz.

Él simplemente asiente y luego desaparece por la puerta. Y, por alguna razón, siento mi corazón encogiéndose dentro de mi pecho al verle desaparecer.

¿Qué diablos me está pasando? Y ¿qué diablos de calor es este al ver a Demétrios?

Sacudo mi cabeza, tratando de apartar el enfoque de los sentimientos que intentan apoderarse de mí.

— ¡Estás cansada! Ve a dormir y deja de pensar tonterías. — murmuro para mí misma mientras dejo mi plato en el lavavajillas y me dirijo a mi habitación.

CAPÍTULO 12

Elora

Me despierto y escucho pasos suaves acercándose, abro mis ojos aún adormilada. La puerta se abre, revelando la figura imponente de Demétrios. Su mirada fija en mí es intensa, y una ola de calor recorre mi cuerpo.

— Elora... — murmura mi nombre, su voz grave resuena en la habitación.

Siento mi corazón acelerarse y veo cómo Demétrios se acerca lentamente, como si el tiempo se ralentizara a su alrededor. Sus ojos clavados en los míos, levanta la mano para acariciar suavemente mi rostro.

— No he podido dormir... — Su voz es calmada, y el ambiente se impregna con el aroma del envolvente perfume que emana de él.

Siento la suavidad de sus dedos acariciando mi piel, dejando un rastro de calor a su paso. No sabría decir de dónde proviene todo este calor, pero puedo afirmar que Demétrios tiene algo que ver con él; cada toque suyo parece encender una llama dentro de mí, y mi cuerpo reacciona a su contacto de una manera que apenas puedo comprender. Sus ojos continúan escudriñándome, como si buscaran descifrar cada pensamiento que atraviesa mi mente.

Inclina levemente la cabeza, acercando sus labios a los míos. Mi pulso aumenta, y comienzo a sentirlo en mis oídos. Es todo lo que escucho, mi corazón golpeando mi pecho a medida que se acerca.

La fragancia del perfume de Demétrios envuelve todo el espacio que nos rodea, creando una atmósfera embriagadora. Sus labios encuentran los míos suavemente, como si estuvieran destinados a unirse desde que puse los ojos en él; siento por primera vez su sabor, y es delicioso. La sensación es eléctrica, una corriente que recorre mi cuerpo y hace que cada célula despierte. Demétrios me despierta, despierta cada parte de mí.

Su beso es placentero, cálido y a la vez dulce.

Demétrios recorre mi cuerpo con sus manos y me presiona contra su pecho desnudo, siento su cuerpo firme y musculoso mientras intensifica el beso, haciéndome jadear.

Es completamente delicioso, su aroma es hipnotizante... oh cielos, estoy perdida en cada una de las sensaciones que él me hace sentir.

— No deberías estar despierta a esta hora. — Su voz es ronca, susurrando entre el beso. — Pero me alegro de que lo estés.

Siento el calor recorrer todo mi cuerpo y instalarse entre mis piernas. Demétrios me jala para que me siente sobre su regazo y pueda sentirlo excitado debajo de mí. Meto la mano entre sus cabellos y bailo con él, feroz y sensualmente en sus labios, en un beso húmedo, caliente y desvergonzado. Comienzo a chupar su lengua y veo cuánto le gusta eso, lo que me excita aún más. Nuestro beso es como una necesidad, como si ya no pudiera resistir más, como si estuviera bebiendo agua muriéndome de sed.

Sus manos acarician mi espalda y empieza a desatar el fino lazo de mi camisón haciéndolo caer, dejando mis pechos al descubierto y contra él. Demétrios desliza su boca hasta ellos y comienza a lamerlos con la misma intensidad que lo hacía en mi boca, arqueo de deseo, gimiendo alto.

¡Dios mío!

Me muevo contra él y siento debajo de mi cadera su erección cada vez más fuerte y pulsante contra mí.

— ¿Qué estás haciendo conmigo, Demétrios? — digo en un susurro.

— Estoy haciendo lo que he deseado desde que te vi por primera vez.

Me arroja sobre la cama y coloca el peso de su cuerpo sobre mí, Demétrios se encaja entre mis piernas y me hace suspirar alto de deseo.

— ¿Y qué querías hacer? — pregunto atrevida.

— Tocarte. — dice al forzar su cadera contra mí, haciéndome sentir aún más su miembro sobre la ropa. — Besarte, lamerte... y comer...

Escucho un ruido abrupto y me levanto, dándome cuenta de que la puerta se cerró sola con el viento. Todo se desvanece como humo. La realidad invade mis sentidos y me doy cuenta de que estoy tumbada en mi cama, sola.

Estoy bañada en sudor sobre la cama, sintiendo todo mi cuerpo temblar de placer y deseo. Toco mi rostro y un suspiro involuntario escapa de mis labios mientras intento procesar la decepción de que todo eso haya sido solo un sueño. La sensación del beso, el tacto y el olor de Demétrios están en mí como si todo realmente hubiera sucedido.

¿Qué fue eso? ¿Qué está pasando conmigo?

Me arrojo en la cama y coloco la almohada sobre mi rostro.

Fue tan real, tan intenso... tan placentero. Suspiro alto contra la almohada.

— ¡Ahh! ¿Por qué estoy teniendo sueños eróticos con Demétrios Nikopoulos? — digo para mí misma exasperada.

CAPÍTULO 13

Elora

Abro los ojos y percibo que la habitación aún está sumida en la oscuridad.

Estiro mis brazos en la cama, sintiendo la suavidad de las sábanas a mi alrededor. El reloj digital ya no marca las horas de manera irritante; en cambio, anuncia que son las 7:33 de la mañana.

— ¡Treinta y tres minutos tarde, qué feo, Elora! ¡Las hermanas del internado desaprobarían esto! — murmuro divertida.

De repente, recuerdo a Demétrios y el sueño más que picante que tuve durante la noche.

El canto de los pájaros se vuelve más nítido, y entiendo que la mañana finalmente ha llegado. La luz del amanecer comienza a colarse por las rendijas de las cortinas, llenando la habitación con una luminosidad suave.

Al sentarme en la cama, me froto los ojos y suspiro. Mi mente vuelve a la escena de la cocina, a la deliciosa tortilla, a Demétrios... al sueño.

Demétrios.

Pero qué hombre más... más...

Bufé en voz alta para mí misma.

— Ni siquiera sé cómo describirlo. Es lo que es, no hay palabras adecuadas para un hombre como él. Me dejo caer de nuevo en la cama y me revuelvo ligeramente.

— ¿Y por qué demonios es lo primero que me viene a la mente al despertar?

Recuerdo su cálido y delicioso aliento contra el mío en el jet, y luego la visión de él sin camisa en el baño y después en la cocina, y siento todo mi cuerpo estremecerse, y el calor apoderarse de mí de nuevo.

— ¿Cuál es su problema? — digo más alto de lo debido. — ¿Por qué no es un juez calvo y panzón? ¡Sería mucho más fácil para mí! Pero no... él tuvo que ser simplemente el hombre más atractivo, educado y deliciosamente malhumorado que he conocido en mi vida.

Cojo un cojín y lo golpeo contra la cama, dando pequeños golpecitos al colchón. Me levanto bruscamente y vuelvo a sentarme.

— Cálmate, Elora. Él solo te está ayudando, siendo... siendo... — pierdo las palabras en el aire. — ... siendo completamente delicioso. — digo, abrazando nuevamente el cojín. — ¡Basta! Cálmate. Concéntrate en el objetivo principal de todo esto, que seguramente no es babear por el juez de hielo que ni siquiera ha mostrado el menor interés en ti.

Dejo el cojín a un lado, junto con mis divagaciones sobre Demétrios, y me levanto con determinación. Me dirijo al armario casi vacío, donde guardé mis pocas opciones de ropa. Observo los vestidos y camisones que traje conmigo, y elijo un vestido sencillo, pero cómodo, de color azul marino.

Mientras me cambio, intento apartar de mi mente las imágenes y sensaciones que Demétrios provocó. Respiro profundamente, enfocándome en el objetivo principal de esta empresa, que no es nada fácil: obtener libre acceso a mi herencia y acabar con Loretta después. No puedo dejarme llevar por sentimientos confusos.

Al bajar las escaleras, el aroma del café fresco llena el aire. Decido tomar un café rápido en la cocina antes de enfrentar el día. Al entrar, me encuentro con Demétrios ya sentado a la mesa. Trago saliva al verlo de nuevo; está igual que en mi sueño, completamente irresistible, y me pregunto si podré disimular el calor de la vergüenza que me sube a las mejillas. Está hojeando algunos documentos; al levantar la mirada, se sorprende y casi se atraganta con el café.

— ¿Qué pasa? —pregunto, sin entender la razón del susto. Miro mi vestido y compruebo si no me he dejado ningún botón abierto, o si lo tengo enganchado en la ropa interior. No, todo está bien.

— Es solo... tú... —empieza hasta carraspear. — Te ves diferente sin la corbata y la falda plisada.

— ¿Y no me ves bien? —digo dando una ligera vuelta con el vestido. — Ese uniforme era completamente desagradable.

Demétrios sigue mirándome durante unos segundos antes de apartar la mirada de nuevo hacia sus papeles, moviendo ligeramente la cabeza.

— ¿Qué estás mirando? —pregunto sirviéndome café fresco de la cafetera.

— Tu proceso. Tu madre realmente está moviendo un proceso para incapacitarte.

— ¡Esa víbora! —digo sentándome frente a él. — Pero de eso no tenía dudas.

— ¿Y tú? ¿Qué haces despierta tan temprano? —pregunta, arqueando levemente la ceja.

— ¿Temprano? Estoy acostumbrada a despertar mucho antes que esto.

— Eso es algo que no se asocia fácilmente con una heredera.

— No soy una heredera común.

— Eso no puedo negarlo. —dice tomando un sorbo de su café.

Lo miro con desconfianza mientras entrecierro los ojos.

— ¿Eso es un elogio?

— Para ti, definitivamente lo es.

Me siento a la mesa, observando a Demétrios por un momento antes de dar un sorbo a mi café recién servido. El silencio reina durante unos segundos, roto solo por el ligero sonido de las páginas siendo pasadas.

— ¿Dónde está Lili? —pregunto untando mantequilla en el extremo de la tostada y mordiendo.

— Tu cuidadora debería bajar con ella en breve.

— Y entonces, ¿cuál es el plan? —pregunto untando nuevamente mantequilla en el extremo de la tostada que quedó y mordiendo.

Demétrios evalúa mis movimientos antes de responder:

— Iremos hasta la oficina de Kanidas, y él te dará más detalles sobre tu caso, pero primero necesitaré pasar por el tribunal y avisar que me tomaré unos días más de licencia.

— ¿Y por qué? No necesito una niñera, puedo arreglármelas perfectamente sola. — Digo mientras unto la mantequilla en el resto de la tostada y la termino para coger la siguiente.

— ¡Por Dios, mujer! ¿Por qué no untas la tostada entera de una vez en lugar de hacerlo por partes?

— ¿Siempre eres tan meticuloso con las cosas?

— Yo no soy "meticuloso" —dice haciendo comillas con la mano de manera aburrida—. Simplemente no veo motivo para tanto desperdicio de tiempo.

— Yo no lo veo como un desperdicio de tiempo, puedo decidir en medio de la tostada que quiero cambiarla por mermelada, o quizás por queso crema, ¿y qué haría si ya la hubiera untado entera?

— Siempre tienes una respuesta para todo ¿verdad? —bufa—. Está bien, como quieras. —dice, rodando ligeramente los ojos—. Y sobre la licencia, no es porque quiera ser una niñera, sino porque quiero comprometerme por completo con esto, de lo contrario, no podré hacerlo bien. El juez que tiene tu caso es un mediocre de la peor clase, y sé muy bien cómo opera, necesito dedicarme al máximo a esto.

Estoy a punto de responderle cuando escucho unos pasos apresurados entrar como un torbellino en la habitación. Lili se lanza a los brazos de Demétrios, quien la recibe con una sonrisa cariñosa.

— ¡Papá! ¡Papá! —exclama ella, abrazándolo con entusiasmo.

Demétrios ríe, envolviéndola con ternura. Siento que mi corazón se calienta al presenciar ese lado más suave y afectuoso de él, tan diferente de la imagen rígida que normalmente proyecta.

— Buenos días, mi princesa, ¿cómo estás hoy? —pregunta Demétrios, besándole la frente.

Lili sonríe, mostrando un huequito en medio de su sonrisa. Observo la escena, incapaz de contener una sonrisa ante la adorable interacción entre padre e hija.

— Buenos días, Lili. ¿Cómo pasaste la noche? —saludo, intentando seguir la ligereza que la presencia de la niña trajo al ambiente.

Elysia se gira hacia mí, con los ojos brillando de curiosidad.

— Buenos días, hoy ¿vendrás a ver mis muñecas conmigo, verdad? —pregunta, con una sinceridad infantil.

— Claro que sí, apenas pude dormir anoche de la ansiedad por verlas.

— Papá acaba de darme a la Princesa Dorada, ¿la conoces?

— No, pero estoy segura de que debe ser increíble. —respondo, viéndola mirarme con una emoción contagiosa.

— Sí que lo es, te va a encantar. Y tú, papá, ¿vamos a jugar hoy? —pide, emocionada.

— Claro, cariño. Pero primero, vamos a desayunar. —dice Demétrios, colocándola suavemente en una silla.

La dinámica familiar ante mí es sorprendentemente acogedora. Todavía estoy acostumbrándome a la idea de que Demétrios sea más que simplemente el juez austero y malhumorado que conocí inicialmente.

Mientras disfrutamos del desayuno, el ambiente en la mesa se vuelve más relajado. Lili está emocionada contando historias sobre sus muñecas, y Demétrios parece tranquilo en presencia de su hija, respondiendo pacientemente a cada una de las numerosas preguntas que ella le hace, y me encuentro sonriendo genuinamente al observarlos.

El desayuno transcurre de manera agradable hasta que la cuidadora, una mujer mayor con una expresión ligeramente ansiosa, se acerca a Demétrios.

— Disculpe, señor. ¿Puedo hablar con usted en privado por un momento?

Demétrios asiente y se levanta, siguiendo a la cuidadora hacia la sala de estar contigua. Lili continúa entretenida con sus historias, ajena a la conversación discreta que se desarrolla, y mi curiosidad me impide evitar escuchar. Pero no logro captar mucho, solo algo como "lo siento" y "enferma", pero todo me parece demasiado vago para discernir con claridad. Finalmente, la cuidadora termina de hablar, visiblemente emocionada por las palabras que Demétrios acaba de

pronunciar, y que no escuché en absoluto.

Ella lo abraza y aparentemente le agradece varias veces. Demétrios, con su semblante serio y reservado, corresponde en la medida de lo posible y luego se dirige a la pequeña estantería, toma su talonario de cheques, lo firma y lo entrega.

¿Qué está pasando?!

La cuidadora se despide y abandona la sala, veo a Demétrios girarse y regresar a la mesa, mientras me doy cuenta de que Lili sigue hablando, intento retomar el hilo de lo que dice.

— ...por eso, Belinda dijo que es imposible nacer dorada y que la princesa dorada no es más que un producto hecho para que nuestros padres gasten dinero, ¿qué piensas de eso, Elora? —pregunta, con sus grandes y verdes ojos clavados en mí.

— Y tú, ¿qué piensas? —pregunto, y sus expresiones se vuelven pensativas.

— Yo adoro a la princesa dorada.

— Bueno, Lili, creo que cada persona tiene su propia opinión sobre estas cosas. Algunas personas disfrutan coleccionando muñecas, mientras que otras prefieren jugar con amigos o explorar otras actividades. Creo que lo más importante es que te diviertas con lo que te gusta, sin preocuparte demasiado por lo que dicen los demás.

Ella frunce el ceño, pensativa, como si estuviera procesando mis palabras.

— Creo que me gusta más ella porque me recuerda a mi mamá y no puedo recordarla bien. —responde justo en el momento en que Demétrios regresa a la mesa.

Lo miro fijamente y veo claramente la conmoción que las palabras de Elysia provocan en sus sentimientos. No parece estar preparado ni parece que vaya a poder pronunciar una palabra ante las palabras de su hija, así que decido intervenir:

— ¿Tu mamá era una princesa entonces? Seguro que era bellísima.

— Sí, como tú. —Ella extiende sus brazos y toca mi cabello—. Ella tenía el cabello rubio como el tuyo, pero el suyo era cortito.

— Y la princesa dorada, ¿tiene el cabello cortito?

Lili niega con la cabeza mientras bebe de su vaso.

— Entonces deberíamos cortarle el pelo, ¿qué te parece?

— ¿Podemos? —pregunta emocionada con un bigotito de leche.

— Claro que sí. —digo sonriendo.

Lili dirige su mirada al padre, que aún permanece en silencio, solo observándonos.

— ¿Podemos, papá? —busca su confirmación.

— Por supuesto, querida. —dice con voz apenas audible.

— ¡Yuhu! —se levanta y, sin despedirse, sale corriendo, probablemente en busca de la muñeca.

— ¿Está todo bien? —pregunto.

Veo a Demétrios seguir con la mirada a la niña hasta que desaparece.

— Sí. Susan, la cuidadora de Lili, tiene una hija enferma en Oregón y tendrá que dejar el trabajo. Acaba de avisarme.

Asiento ligeramente con la cabeza, y las palabras "lo siento" y "enferma" ahora tienen sentido, pero ya no parecen ser lo más importante en este momento.

— Y respecto a Elysia, ¿cómo estás? —pregunto, observando su mirada perdida encontrarse con la mía.

— Ella nunca ha hablado de su madre de esta manera, ni siquiera la menciona conmigo. —confiesa, visiblemente afectado.

— Los niños son impredecibles, Demétrios, pero ella no parece estar sufriendo.

— Aun así...

— Lo entiendo, no debe ser fácil para ti lidiar con esto. Y ahora necesitarás una nueva niñera, supongo.

— Sí. —suspira derrotado—. Y debo decir que no fue nada fácil encontrar a Susan, comenzaré de nuevo la búsqueda.

— ¡No es necesario! —digo rápidamente.

— ¿Cómo así?

— Puedo ser la niñera de Lili. ¡Eso es! Lo que necesitas que pueda darte sin necesidad de pagar. —digo emocionada.

— ¿Pagar sin pagar? —pregunta confundido.

— Sin dinero, ¿recuerdas? Hicimos un trato, y si encontraba algo que realmente necesitaras y pudiera hacer, ¿aceptarías sin poder rechazar?

— No voy a dejarte cuidar de mi hija solo por un acuerdo, Elora.

— Me gusta ella, ella me gusta a mí... al menos creo, y no tendré absolutamente nada que hacer aquí. Será genial para nosotras pasar tiempo juntas, no digas que no. Es la salida perfecta, que acaba de caer en nuestras manos. Así que, además de pasar mi tiempo, no te debo

absolutamente nada.

— ¿Es tan terrible para ti deberle algo a alguien?

— He aprendido a la fuerza que no es bueno deberle nada a nadie, o el cobro llegará cuando menos lo esperas.

— No te voy a cobrar nada, Elora.

Suspiro profundamente antes de responder:

— Y te creo, pero está arraigado en mi ADN, casi como si hubiera sido moldeada de esta manera. Entonces será mejor para mí... di que aceptas, por favor. ¿O no eres un hombre de palabra?

Él entrecierra los ojos y me fulmina con la mirada.

— Está bien, está bien —digo al levantar mis manos y soltar una risita—. Exageré.

— Está bien. Mientras no encuentre una niñera, podemos hacer una prueba.

Suelto una risita de victoria que se interrumpe rápidamente:

— Una prueba, solo una prueba, Elora.

— ¡Entendido! —digo al rodar ligeramente los ojos.

CAPÍTULO 14

Demétrios

Observo desde lejos a Elora manejando con delicadeza el cabello de Lili. Está trenzando cuidadosamente el pelo de la niña. Sus dedos ágiles se deslizan hábilmente por los mechones, como si no fuera ni la primera ni la segunda vez que lo hace.

Mi expresión seria, conocida por muchos como una barrera impenetrable, se suaviza ante esta encantadora escena. Mi corazón, a menudo oculto tras una coraza de seriedad, se derrite con las sonrisas compartidas y la evidente complicidad entre estas dos, que apenas se han conocido.

¿De dónde sacan tantos temas de conversación? ¿Y por qué se ríen tanto?

— Mira, papá. —me llama Lili. — Hizo una trenza de raíz en mí, nadie lo había hecho antes, mira qué bonita quedó. —dice emocionada mientras toca su cabello.

— Estás preciosa, mi princesa. ¿Ya le has dado las gracias?

— Muchas gracias, Elora. —agradece con su voz nasal e infantil.

— No ha sido nada, pequeña. —dice Elora mientras acaricia suavemente el mentón de Lili y sonríe sinceramente. — Estás hermosa.

— Mira, papá, también le cortamos el pelo a la Princesa Dorada, ahora está igualita a mamá, ¿no crees?

— Sí lo está. —respondo, y es lo único que logro decir.

— Voy a enseñarle a Edgar mi pelo, se morirá de envidia. —dice levantándose de la silla y corriendo por el jardín.

Elora suelta una risita extremadamente femenina y me mira con curiosidad:

— ¿Quién es Edgar?

— Edgar es el gatito...

— ¿Gatito? ¿Hay un gatito aquí? —pregunta emocionada, antes incluso de que termine la frase.

— ...de peluche. —termino de hablar. — ¿Por qué nunca me dejas terminar de hablar?

Ella suspira fuerte, decepcionada.

— Y ¿por qué no le diste un gatito de verdad a la niña? ¿Dejas que se conforme solo con

los de peluche?

— Bueno, pero es más que suficiente... los gatos... los gatos, los gatos son... ¡yo no me llevo bien con los gatos! —digo finalmente y veo a Elora soltar un sonido de sorpresa y llevar ambas manos a la boca.

— ¿Qué pasa? — pregunto.

— ¿Cómo es posible que no te gusten cosas tan monas, oliendo tan bien, tan dulces...?

— Demasiados "inhas", ¿no crees?

— El punto es: los gatos son criaturas adorables.

— Puede que lo sean, pero lejos de mí.

— ¡Eres un monstruo! —dice de manera teatral.

— ¿Podemos ir? —pregunto, tratando de desviar el foco de la situación.

— ¿Con quién se quedará Lili?

— Con Susan, ella estará con nosotros hasta mañana.

— Ah, claro. —dice, pareciendo entender—. Entonces, ¿a dónde vamos primero?

— A mi despacho, luego nos ocupamos de tu ropa y, por último, si quieres, puedo llevarte a casa de tu hermana.

— ¡Por mí está genial!

Entramos en el coche, y el conductor inicia el trayecto hacia mi despacho. Elora observa el paisaje por la ventana, curiosa y encantada con cada detalle de la ciudad. El silencio prevalece por un tiempo, hasta que sus ojos brillan al ver una tienda colorida al borde de la calle.

— ¡Oh, mira esa tienda! ¿Podemos parar un momentito, por favor? —pide Elora, con los ojos brillando de emoción.

Mantengo mi expresión seria, pero un suspiro escapa. Realmente tiene una habilidad única para de repente encontrar algo que le interese tanto, que sería casi un crimen negárselo.

— Tenemos compromisos que cumplir, Elora.

Ella dirige su mirada suplicante hacia mí, los labios formando un adorable puchero.

— Por favor, Demétrios. Juro que solo echaré un vistazo rápido, no tardaré mucho.

Respiro hondo, intentando ignorar su insistencia. Sin embargo, esa expresión irresistible me hace reconsiderar. Miro al conductor, que espera pacientemente, y luego suelto un suspiro resignado.

— Está bien, pero sé rápida.

Elora suelta un gritito emocionado, como un niño que acaba de recibir un dulce. El coche se detiene frente a la tienda, y ella sale saltando hacia la puerta. Entro justo detrás de ella, aún manteniendo mi postura, pero no puedo decir que soy indiferente a la energía de Elora. Sus ojos brillan ante los productos, y ella examina cada estante con entusiasmo. La observo desde lejos, tratando de resistir al encanto de ese momento.

— Demétrios, ¡mira estos accesorios! —me llama, sosteniendo un par de pendientes coloridos.

— No necesitas accesorios en el tribunal.

Me mira con ojos suplicantes, pero antes de que pueda responder, sus ojos se fijan en un vestido delicado que está en exposición.

— Por favor, déjame probar este vestido. Nunca he estado en una tienda como esta, nunca he estado en un probador... Prometo que seré rápida.

Sus argumentos me dejan sin respuesta, suspiro de nuevo, cediendo a su persistencia.

— Pero solo el vestido, nada más.

Elora suelta un gritito de alegría y corre hacia el vestido deseado. Mientras está distraída, observo la tienda con una mirada crítica. Todavía no entiendo el fascinio por estas cosas, pero ver a Elora tan feliz parece aligerar el ambiente.

Al salir del probador, Elora da vueltas, exhibiendo el vestido en todo su esplendor.

— ¿Qué te parece, Demétrios? —pregunta, con los ojos brillando.

Ella está preciosa.

Deliciosamente perfecta.

¡Maldición!

Elora está simplemente hermosa, como una diosa amazona. Su cabello está ligeramente desordenado y suelto de manera rebelde, contrastando con la delicadeza del vestido rosa claro que parece haber sido hecho para cubrir sus curvas. Me está mirando y en sus ojos hay una chispa, una dulzura mezclada con lujuria.

Ella sabe lo hermosa que es, Elora no es de esas mujeres que no tienen idea de su belleza, ella sabe exactamente el efecto que tiene en los hombres, puedo verlo en su mirada. La pregunta es: ¿sabe cuánto la encuentro hermosa? Dudo mucho que tenga la menor idea.

— ¿Y bien? ¿Te gusta?

Aclaro mi garganta, sin saber cuánto tiempo estuve petrificado solo mirándola, luego respondo:

— Te queda bien.

Ella sonríe ampliamente, girando una vez más, y la luz de la tienda se refleja en sus ojos emocionados. Mis ojos siguen cada movimiento suyo, aunque intente disimular, siento que no tengo ningún control.

— ¿De verdad crees? —pregunta, mordiéndose levemente los labios, pensativa.

Asiento con la cabeza.

Elora es salvaje, de una manera completamente atractiva, no es hipócrita, ni mucho menos falsa... ¿qué es exactamente?

— Deberías comprarlo. —respondo, tratando de mantener el tono lo más impersonal posible.

Elora está de acuerdo, su entusiasmo aún brilla en sus ojos. Vuelve al probador, y cuando se da la vuelta, no puedo evitar notar cómo el vestido realza cada una de sus curvas, dejando su silueta irresistible a la vista. Su trasero redondeado casi salta del tejido fino, haciendo que afloje ligeramente la corbata y desvíe la mirada.

¡Maldición! ¿Qué me está pasando?

Al salir nuevamente, ahora debidamente vestida con sus ropas originales, sostiene el vestido en sus manos.

— ¿Le gustaría ver alguna otra prenda?

— Vaya, parece que hasta disfrutaste de mi sesión de compras. —dice divertida y yo aparto la mirada. — Pero solo llevaré el vestido. Y muchas gracias por dejarme echar un vistazo aquí, Demétrios. Eres muy comprensivo.

Respondo con un gesto de cabeza, intentando mantener mi expresión sin cambios, pero por dentro, una parte de mí está satisfecha por haberla visto tan feliz. Mientras ella realiza la compra, pago por la prenda elegida, y pronto estamos de vuelta en el coche, camino a mi despacho.

Al llegar, soy recibido con un cálido abrazo de mi secretaria, Margot. Sus ojos se iluminan al verme, y sonríe con un entusiasmo genuino.

— ¡Buenos días, señor Demétrios! Estoy tan feliz de que haya vuelto.

— Buenos días, señorita Williams. Esta es la señorita Elora. —digo mientras la miro, y ella abre una sonrisa tímida. — ¿Algún novedad mientras estuve fuera? —pregunto, mientras nos dirigimos a mi despacho.

— Ya te dije que me llames Margot. —me reprende con una sonrisa amable.

— Está bien... Margot. —digo con cierta dificultad, sabiendo que la próxima vez que hablemos volveré a ser formal.

Ella me pone al tanto sobre algunos asuntos pendientes y compromisos pospuestos en mi ausencia.

Mientras tanto, siento la presencia de Elora a mi lado, pero algo parece diferente. Su entusiasmo anterior ha dado paso a una expresión más contenida, y sus ojos, antes brillantes, ahora parecen reflejar cierta insatisfacción.

Al entrar en mi despacho, Elora se sienta y parece absorta en sus propios pensamientos.

— ¿Algún problema, Elora?

— Ninguno. —responde prontamente, pero su respuesta no podría ser más extraña.

— ¿Estás segura? —pregunto desconfiado mientras continúo observando sus expresiones serias.

— Sí.

La mujer que tiene más palabras que un diccionario en la boca ha decidido ser monosilábica, por alguna razón. Preocupante es la palabra que flota sobre mi cabeza. Preocupante.

CAPÍTULO 15

Elora

Observo a Demétrios y Margot conversando, la maldita pelirroja llena de curvas se inclina tantas veces hacia él que estoy previendo que se haga daño en la espalda en cualquier momento. Respiro profundamente mientras una sensación desconocida se instala en mi pecho. No sé qué es, y la verdad es que ni siquiera tengo intención de averiguarlo.

Él está tan cómodo con ella, sonriendo... ¿sonriendo? Casi nunca he visto a este hombre sonreír, solo cuando Lili está presente, y ahora parece que se ha convertido en el señor sonrisas. La secretaria sexy Margot y él están discutiendo temas laborales, mientras yo me siento perdida aquí, como si no perteneciera del todo a este mundo.

Deslizo mis ojos por el ambiente, buscando una distracción mayor que ver la interacción entre los dos. El lugar destila elegancia y refinamiento, como si cada pieza de mobiliario fuera cuidadosamente seleccionada para componer un conjunto impecable.

El brillo dorado de los trofeos y premios adorna las estanterías, testificando una carrera ilustre y dedicada a la justicia. Diplomas meticulosamente enmarcados en las paredes. El escritorio de caoba maciza y pulida parece perfecto para él. Una estantería repleta de libros está detrás de él. Supongo que si pudiera entrar en la mente de Demétrios, seguramente sería como esta sala. El lugar irradia intelectualidad y buen gusto.

Vuelvo mi mirada hacia los dos e intento disimular, forzando una sonrisa mientras observo su interacción. Margot es tan eficiente, tan envolvente, y Demétrios parece apreciar su presencia. Claro que un hombre como él tendría una aventura con la secretaria. ¿Qué pensé? ¿Que era un puritano, o qué? Con esa cara, ese cuerpo y esa forma de comportarse, apuesto a que se acostaría con cualquier mujer de este mundo, y por supuesto que eligió el mayor cliché de todos: la secretaria.

Siento que mi cabeza quiere explotar al ver la manera en que la mujer lo mira, falta muy poco para que la saliva le gotee de los labios, y me gustaría culparla, pero no puedo. El hombre es un muro de delicia ambulante.

— Entonces creo que eso es todo, Margot. Gracias, siempre puedo contar con tu eficiencia. —Dice al levantarse y alinear algunos papeles en el escritorio.

— ¿Entonces solo nos veremos en algunas semanas? —pregunta ella, llena de familiaridad y tengo que contener las ganas de rodar los ojos que me dominan.

— Exactamente. Reagenda cualquier compromiso para esa fecha.

Demétrios se voltea hacia mí, alinea su traje y da unos pasos.

— Disculpa si te aburrí, Elora. Pero realmente necesitaba verificar cómo estaban las

cosas por aquí.

— No hay problema. —digo, preguntándome dónde han ido a parar mis palabras.

— Ya podemos ir. —abre la puerta para mí y me espera pasar.

¿Por qué tiene que ser tan educado cuando estoy deseando fulminarlo con la mirada?

Él repite el gesto amable al sostener el ascensor y esperarme a entrar.

Dios mío, me está matando con sus buenos modales.

— Voy a preguntar de nuevo, arriesgándome a ser repetitivo. ¿Estás bien, Elora?

— Ya te lo he dicho, ¿qué otras palabras debo usar para convencerte?

Él levanta ligeramente la ceja, gesto que lo hace aún más encantador, debo decir.

— Está bien, entonces.

El ascensor permanece en silencio hasta que la puerta del próximo piso se abre, y entra un hombre.

— ¿Desde cuándo estáis juntos? —pregunto, cortando el silencio.

Él se voltea para mirarme y parece ligeramente sorprendido.

— ¿Juntos? ¿De qué estás hablando?

— Tú y la secretaria sexy —digo sin rodeos.

Demétrios me mira exasperado, y justo en ese momento la puerta del ascensor se abre para que el hombre frente a nosotros salga. Ese tiempo es suficiente para que él se reponga lo suficiente como para responderme.

— ¿Margot Williams y yo juntos? ¿Crees que estamos saliendo? ¿De dónde sacaste esa idea?

— No necesitas fingir. Estaba escrito en la cara de ambos.

— No tengo razón alguna para fingir nada, Elora. Además, soy soltero, y si estuviera saliendo realmente con Margot Williams, no tendría ningún problema en confirmarlo, pero no es el caso y nunca lo será.

No puedo evitar sentir cómo toda la tensión sale de mi cuerpo.

"Y nunca lo será".

Esa combinación de palabras nunca fue tan revitalizante como lo es ahora. Me sorprende confiar en cada una de sus palabras casi automáticamente, por alguna razón... Demétrios no es un hombre que miente o disimula, dice la verdad aunque duela.

— Entonces será mejor que se lo comuniques a ella.

Él arquea nuevamente la ceja, y las puertas del ascensor se abren, pasamos hacia el vestíbulo del edificio.

— Margot Williams es una excelente profesional y nunca tendría fantasías sin sentido como esa.

— ¿Sin sentido? ¿Por qué sin sentido? Ambos sois personas extremadamente atractivas, noches y noches de horas extras y trabajo suelen llevar a esas cosas.

Solo después de que las palabras salgan de mi boca y termine la frase, me doy cuenta de que acabo de decir que Demétrios es extremadamente atractivo justo delante de él. Y no podría decir cuál fue su expresión, ya que se dio la vuelta para entrar en el coche justo después de que terminara mi fatídica frase.

— Ambos somos profesionales, Elora —dice, queriendo dar por finalizado el tema, pero no puedo contener mi lengua dentro de la boca.

— He visto lo profesionales que sois, incluso os dais abrazos apretados.

Él se gira para encararme. Sus ojos azules, intensos como el océano, con toda su atención centrada en mí.

— Lo diré por última vez, Elora: nada ha pasado, ni pasará entre la señorita Williams y yo, y puedes tomar mi palabra como suficiente.

Asiento apenas, sintiendo todo el peso de su mirada sobre mí. Puedo imaginarlo en el tribunal y en la cama; de ambas maneras, esa mirada intensa y esa voz penetrante deben tener éxito. Veo cómo Demétrios vuelve a acomodarse en el coche, y mi mente comienza a divagar.

¿Cómo debe ser Demétrios Nikopoulos entre cuatro paredes? Seguramente feroz, pero al mismo tiempo puedo imaginarlo siendo dulce y gentil. No es como si tuviera mucha experiencia en el campo. Los pocos idiotas con los que he estado eran apenas aceptables, y nunca llegué a acostarme con ninguno de ellos. Pero algo dentro de mí, algo que grita, me dice que Demétrios no es como ellos. Demétrios es un hombre de verdad y debe hacer que la mujer afortunada que esté en sus brazos se vuelva loca.

— ¡Elora! — lo escucho llamarme y sacudo levemente la cabeza, aturdida.

— Sí, perdón.

— Tu cinturón está suelto —me advierte, completamente ajeno a los pensamientos inapropiados que le estoy dedicando.

— Oh, sí... claro.

Intento abrocharme el cinturón de seguridad, pero por alguna razón no quiere hacer clic y se suelta.

— Permíteme que te ayude —dice Demétrios al notar mi dificultad.

Asiento con la cabeza y lo veo acercarse. Su rostro pasa cerca del mío y percibo el delicioso aroma que emana de su piel. Sus manos llegan al cinturón, y lo veo presionar ligeramente hasta que hace clic. Y tan rápido como vino, vuelve a su posición, dejándome con el calor de su cuerpo deseando que el dichoso clic hubiera tardado un poco más en llegar, solo para prolongar el momento.

— ¿Estás bien? —pregunta, y siento su leve roce en mi mejilla.

¿Estoy sonrojada? Por favor, que no sea así.

— Sí, estoy bien, gracias.

En realidad, no lo estoy, porque eres un maldito atractivo que me está haciendo parecer una virgen cachonda.

— Con permiso —dice Demétrios al ver que su celular suena y contesta.

Es todo un caballero, pidiendo permiso incluso para contestar el teléfono... ¡qué hombre!

Ey, ey, ey, cálmate, Elora, deja de ser tan lasciva.

— De acuerdo. ¡Genial! Mantenme informado, gracias, Kanidas —habla con la persona al otro lado de la línea.

Demétrios cuelga el teléfono y me mira.

— Buenas noticias, Kanidas ha presentado tu caso sin complicaciones y ha solicitado el cambio de juez para tu caso. Ahora solo necesitaremos esperar.

— ¿Es posible eso? ¿Solicitar el cambio de un juez?

— No es algo fácil de lograr, pero hay varias razones por las que un abogado puede solicitar el cambio de un juez, incluyendo preocupaciones sobre imparcialidad, conflictos de intereses, cuestiones de conducta judicial u otras razones legítimas. Y hemos presentado muchas razones para esta solicitud.

— ¿Y no íbamos al despacho de Kanidas?

— Ya no será necesario, podemos ir directamente a casa de tu hermana.

— Sois realmente eficientes por aquí.

— Hay pocas cosas que el nombre Nikopoulos no agilice por aquí, Elora.



Llegamos a casa de Pérola, mi hermana, y de Stefanos, el hermano de Demétrios. Lo cual es, como mínimo, algo peculiar, que nuestros hermanos estén casados entre sí. ¿Eso nos convierte de alguna manera en parientes? ¡Espero que no!

La residencia es majestuosa, rodeada por un amplio jardín impecablemente cuidado. El suave sonido del agua fluyendo desde una fuente agrega una atmósfera serena al entorno. Mientras el conductor estaciona el coche, no puedo dejar de notar la elegancia de la fachada, con su arquitectura clásica y detalles refinados.

— Mi hermanita tiene buen gusto, de eso no hay duda. —susurro para mí misma.

— ¿Has dicho algo?

— No, no ha sido nada.

Demétrios asiente, sus ojos azules ahora más suaves. La expresión mínimamente gentil reemplaza a la intensidad anterior.

— ¿Lista para conocer a tu sobrina? —pregunta, y casi automáticamente sonrío al escucharlo.

Sonrío, en parte porque realmente quiero conocer a Aurora, y en parte porque él tuvo la delicadeza de preguntar. Demétrios es un hombre multifacético, sin duda alguna.

Él sale del coche y da la vuelta para abrirme la puerta, demostrando nuevamente su gentileza. Juntos, caminamos hacia la entrada de la casa, donde nos reciben Stefanos y Pérola.

— ¡Demétrios! ¡Qué alegría verte! —exclama Stefanos, abrazándolo calurosamente.

— ¿Qué haces aquí, hermano? Pensé que estarías trabajando.

— En un día normal, estaría, pero cuando supe que vendrían ustedes, no pude perder la oportunidad. ¿Qué te parece si tomamos algo?

— Cuñadito... ¡hermana! Debo decir que ya te echaba de menos. —Los saludo con una sonrisa cálida, abrazándolos en secuencia. —Esta casa es realmente deslumbrante.

Stefanos sonríe, agradeciendo el cumplido, mientras Pérola, con su estilo animado, me tira del brazo.

— ¡Ven, Elora, tienes tantas cosas que contarme! —exclama, conduciéndome hacia la sala contigua.

La sala es acogedora, decorada con colores suaves y muebles elegantes. Pérola me hace sentar y me mira con una traviesa chispa en los ojos.

— ¿Qué pasa? —pregunto frunciendo el ceño.

— ¿Cómo que qué pasa? ¡Suelta todo de una vez, quiero saberlo todo!

— ¿Todo qué? —pregunto desconfiada.

— ¿Cómo conseguiste la hazaña de vivir en la casa del hombre más reservado de la historia?

Antes de que pueda responder, escucho risas provenientes de la sala principal, donde Demétrios y Stefanos, probablemente, están disfrutando de un buen momento juntos. Pérola nota mi mirada y sonríe.

— Siempre han sido muy cercanos, desde la infancia. Es maravilloso verlos aún tan conectados. De hecho, todos los Nikopoulos, nunca vi hermanos más unidos que ellos.

— Debe ser genial para ellos... —digo, y siento la melancolía sobre nosotras.

Estoy segura de que Pérola y yo, si hubiéramos tenido la oportunidad y no nos hubieran separado, seríamos como ellos: unidas.

— Todavía tenemos tiempo, no te preocupes, Elora. —Pérola dice al tocar mi mano y percibir el motivo de mi melancolía.

— Sí, lo tendremos, pero la maldita Loretta pagará por lo que nos hizo.

Pérola aparta la mirada y parece preocupada por mis palabras. A diferencia de mí, ella ya ha dejado claro que no quiere perder nuestro tiempo sintiendo odio por Loretta. Pero yo no soy como ella, no puedo perdonar... solo podré hacerlo cuando la vea pagar.

— Pero cuéntame, ¿cómo fue que terminaste viviendo allí? ¿Y por qué no viniste a quedarte conmigo? —pregunta, tratando de retomar el tema principal.

— Las cosas simplemente sucedieron, cuando me di cuenta, estaba despertando con los pájaros animados del jardín de Demétrios. Y sobre venir aquí... no me parecía correcto, Pérola. Invadir así la vida de dos recién casados.

Ella mueve la mano como diciendo "tonterías".

— Siempre serías bienvenida aquí, Elora.

— Lo sé, pero no me sentiría cómoda.

Ella suspira, derrotada. Mi hermana, a pesar de haber convivido poco, aprendió rápidamente que no soy el tipo de mujer que se deja convencer fácilmente. Pérola y yo somos muy parecidas físicamente, eso es innegable, pero nuestra personalidad no podría ser más diferente. Ella es dulce, amable y tiene la elegancia de una princesa recién salida del castillo; mientras que yo soy torpe, habladora, impaciente y... vengativa. Pero eso no importa, porque desde que nos conocimos nos llevamos muy bien.

— Sin mencionar que apuesto a que apenas tienes tiempo libre entre cuidar de Aurora... y cuidar de Stefanos. —digo, guiñando un ojo.

— La verdad es que no lo tengo. —dice riendo. — ¡Stefanos ni siquiera me da ni un día

libre!

— Eso suena bien.

— Excelente. El hombre fácilmente podría conseguir cualquier cosa de mí, solo con mirarme.

Nos reímos juntas y no puedo evitar pensar que Demétrios seguramente lleva la sangre de su hermano.

— Ahora llévame a la pequeña Aurora. Necesito llenarle la carita de besos.

Pérola me guía por el pasillo con una sonrisa radiante, y yo la sigo ansiosa por conocer a mi sobrina. Cada vez que ella me visitaba en el internado, estaba embarazada. Y después del nacimiento de Aurora, solo vino ella sin la niña, ya que llevar a un bebé en un viaje largo era complicado. Estaba contando los días para venir a visitarlos, y ahora el día realmente ha llegado. Mi corazón late más rápido con la expectativa de ver el rostro angelical de la pequeña Aurora, a quien solo he visto en fotos.

Al llegar a su habitación, Pérola empuja suavemente la puerta entreabierta, revelando un escenario encantador. La suave luz de la habitación resalta los tonos suaves de rosa y blanco en la decoración. La cuna, decorada con detalles delicados, ocupa el centro del cuarto. Pérola avanza con pasos ligeros, y yo la sigo, ambos con la mirada fija en la pequeña Aurora acostada serenamente en la cuna. Sus rasgos son adorables, y su respiración tranquila indica un sueño profundo.

— Shhh, está dormida. —Pérola susurra con una sonrisa amorosa, como si quisiera preservar la paz que envuelve la habitación.

Me acerco más, inclinándome para tener una mejor vista de la adorable criatura. Mi sobrina es una visión de pureza, y no puedo evitar soltar un suspiro de encanto. Aproximándome con cuidado, observo cada detalle delicado del rostro angelical de Aurora. Sus largas pestañas descansan suavemente sobre las mejillas rosadas, y la curva de sus labios pequeños promete futuras sonrisas.

— Es increíblemente hermosa. —Comento en un susurro, temiendo perturbar el tranquilo sueño de la pequeña.

Pérola asiente, aún sonriendo, y luego me observa con expectación. Siento un nudo en la garganta al darme cuenta de que esta es la primera vez que vemos a Aurora juntas. Una emoción cálida se extiende dentro de mí, una mezcla de felicidad por este nuevo ser que se ha convertido en parte de nuestra familia y tristeza por todos los momentos perdidos.

Apenas ha abierto los ojos y me mira, una sonrisa brota espontáneamente en su rostro y no hay ni rastro de un posible llanto. Solo sus mejillas rosadas sonriendo hacia mí.

— Mira qué niña tan buena. Se despertó para ver a la tita. —Dice Pérola al tomarla en brazos. —Elora, sujétala. —Pérola ofrece, extendiendo cuidadosamente a la pequeña Aurora en

mis brazos.

Recibo con delicadeza el precioso regalo, sintiendo el calor y la ligereza del cuerpecito del bebé. Sostengo a mi sobrina con ternura, como si estuviera hecha de porcelana. La conexión inmediata es palpable, y mi corazón se llena de un amor que trasciende el tiempo que perdimos.

— Bienvenida a la familia, Aurora. —Murmuro, depositando un suave beso en su frente.

La pequeña responde con una risa sonora y un movimiento de sus piernas y brazos.

— Creo que le has gustado.

— Y yo a ella. —digo, aún mirando a la pequeña criatura.

Siento el dulce aroma de Aurora envolviéndome, la abrazo contra mi cuerpo y comienzo a darle varios besitos.

Hasta hace poco no sabía que tenía una hermana, ahora la tengo y una sobrina, y parece que finalmente tengo una familia, finalmente tengo personas a mi alrededor a las que puedo amar y cuidar.

— Estoy tan feliz de que estés aquí, Elora. —Dice Pérola, con su voz aterciopelada y su amable sonrisa al mirarme.

— Yo también.

CAPÍTULO 16

Elora

No tuve tiempo para disfrutar del feliz momento de conocer a mi sobrina, que aún resonaba dentro de mí, hasta que llegué nuevamente a la casa de Demétrios y vi la nuca de la mujer que más odio en mi vida, sentada cómodamente en la sala.

La reconocería a kilómetros de distancia.

— Señor, esta señora llegó hace poco y dijo que no se iría hasta ser atendida, se sentó y no importaba lo que dijera, no movió ni un músculo para irse. —Nos avisa ansiosa Odette, la ama de llaves, tan pronto como entramos en la casa.

— Está bien, gracias, Odette. —La tranquiliza Demétrios, y ella asiente aliviada.

Luego dirige su mirada hacia mí.

— Me encargaré de esto, Elora. Si quieres, puedes subir a la habitación. Debe haber sido notificada del proceso que Kanidas está iniciando en tu nombre.

— De ninguna manera. —exclamo—. Agradezco tu gesto, pero realmente quiero mirar a la cara de esa víbora.

— Eso no es lo más prudente. —aconseja él.

— Nunca fui muy prudente de todos modos. —digo dando pasos decididos hasta llegar a la amplia sala principal de la casa de Demétrios, seguida por él, y finalmente mirar el rostro de Loretta Drouhart, la serpiente venenosa que durante tantos años se hizo pasar por mi madre.

— ¿Quería verme, tu serpiente? ¿O estás aquí solo para visitar al juez guapo? —pregunto al mirarla y ver la sonrisa cínica surgir en sus labios.

— Oh, parece que has crecido mucho desde la última vez que nos vimos, pero sigues tan insolente como siempre. —dice al levantarse.

— ¿Qué quieres aquí?

Ella se encoge de hombros tranquilamente y todos mis instintos son de abofetear su cara arrugada, pero me controlo porque aunque no sea una jueza sé que eso no sería bueno para mi caso.

— Solo una visita de reconocimiento. —dice al acercarse y la sangre hierve dentro de mí con su cercanía—. Y advertir, por supuesto.

— ¿Advertir qué? —digo entre dientes.

— Advertir que puedo usar todo, absolutamente todo, en tu contra. Y sería más prudente que no intentaras hacer nada que pudiera perjudicarnos.

— No tienes nada que puedas usar en mi contra, Loretta. No utilices esta artimaña barata para intimidarme.

Ella se encoge de hombros nuevamente, como si tuviera todo el control de la situación.

— Quien avisa, amigo es, querida mía.

— No soy como mi hermana, Loretta. No voy a dejar que te vayas impune por las cosas que has hecho.

— ¡Mira nada más, ya está llamando a la bastarda de hermana! Qué necesitada eres, Elora. Siempre lo has sido, ¿verdad? Buscando atención, buscando amor, buscando... buscando... y nunca teniendo. ¿Y sabes por qué? Porque eres insoportable. ¿O crees que la bastarda de Pérola te ama? Solo te aguanta porque es demasiado buena para rechazarte, pero la verdad es que nadie puede soportar estar contigo por más de un día.

Siento cómo mi estómago se revuelve, las lágrimas queriendo salir de mis ojos, pero las detengo. Impido que esta mujer sepa cuánto poder tiene sobre mí. Respiro profundamente, tratando de contener cualquier rastro de lágrimas que intente caer de mis ojos, y levanto ligeramente la cabeza, tomando el control de la situación.

— Oh... ¿te he herido? A veces, la verdad duele, ¿verdad? ¿O crees que tu inútil madre te habría amado si te hubiera conocido? Lo dudo mucho.

Siento que no puedo soportarlo, y la explosión de rabia, dolor y angustia se apodera de mí. Levanto mi mano y estoy lista para golpear su rostro venenoso cuando siento la mano firme de Demétrios sujetándome.

— No hagas eso, Elora. Es exactamente lo que ella quiere. —dice él, y lo miro, sintiendo que mis energías se renuevan mínimamente al enfrentarme a sus ojos azules como el océano, profundos.

— Salga ahora mismo de mi casa, señora Drouhart. O emitiré inmediatamente una orden de protección tan rigurosa a favor de Elora que ni siquiera podrá estar en el mismo estado que ella. —Demétrios usa el tono de voz más sombrío que jamás le he oído, sus ojos están fijos en ella y su mandíbula está tensa como si estuviera a punto de morderla.

Loretta desvía su mirada hacia mí, y aunque tiene una expresión irritantemente cínica, veo que sus ojos vacilan ligeramente.

— No creo que un juez que se dice tan justo y correcto use su propia influencia para emitir órdenes para ganancias personales. —provoca.

Demétrios sonríe levemente y veo cómo sus ojos brillan con el desafío.

— Si yo fuera tú, no apostaría por eso.

— Veo que has pescado un pez demasiado grande para tu red, Elora. Tienes un cuerpo y un rostro bastante atractivos. ¿De qué favores sórdidos estás haciendo uso con él?

— No te lo diré dos veces. —Demétrios gruñe hacia Loretta, quien respira profundamente y toma su bolso del sofá.

Hay tanta ira contenida en la mirada de Demétrios, como si fuera completamente capaz de estrangular a Loretta con sus propias manos, al mismo tiempo que parece lo suficientemente consciente para mantenerse completamente educado. Es una dualidad que nunca he presenciado en la vida, un hombre tan brutalmente enojado y controlado en la misma medida.

Después de que Loretta se va, dejo que mi cuerpo caiga sobre el sofá, y veo a Demétrios arrodillarse ante mí. No lo había notado, solo sentí cuando una lágrima cayó en mi pierna.

Estoy llorando, y solo ahora soy consciente de ello. Demétrios está arrodillado ante mí, ofreciendo un pañuelo que sacó de su traje.

— Toma esto. — dice él.

— Gracias. — digo al cogerlo y empapar completamente el paño con las lágrimas que siguen brotando de mí. — Yo... — digo y siento que mi voz falla. — No quería que ella tuviera tanto poder sobre mí, no quería sentirme tan débil en su presencia. — digo con la voz entrecortada por el llanto.

— No te tortures, Elora. Pensabas que esta mujer era tu madre durante toda tu vida, es de esperar que te sientas así.

— La odio. — digo entre dientes.

— Y te entiendo. Pero tendrás que confiar en mí y no estar más en su presencia, solo en el tribunal.

— ¿Crees que tiene algo que pueda usar en mi contra? ¿Para confirmar que no soy apta?

— No, no lo tiene. Es precisamente por eso que está desesperada por conseguir algo.

— ¿Cómo sabes eso?

— De lo contrario, no se habría expuesto tanto viniendo aquí, vino a recopilar pruebas, vino a sacarte de quicio y verte sucumbir a sus palabras.

— ¿Y ahora qué haremos? — pregunto, notando que las lágrimas han cesado.

— Bueno, en realidad es bastante simple. Ella es la que tiene que hacer algo para demostrar que no eres apta para administrar la fortuna, y nosotros simplemente nos defenderemos. El proceso para adelantar tu fortuna está avanzando paralelamente y probablemente ralentizará las cosas para ella.

— Esto me parece arriesgado. — digo al sonarme la nariz.

— En realidad no lo es. El triunfo de Loretta era permanecer oculta, contigo en Francia, con el proceso en marcha de manera confidencial, con el maldito juez comprado, sería fácil para ella. Pero ahora, con mi intervención y con Kanidas al frente, no tiene ninguna oportunidad.

— ¿Y por qué estás tan seguro de eso? Si pudo comprar a ese juez, puede comprar a otro.

— Porque ningún otro juez en este país será tan insensato como para entrar en una pelea personal conmigo. Sacando a Gunnar Floyd, ningún otro sería imprudente a este nivel, ni siquiera Gunnar lo sería, si supiera de mi implicación.

Mis ojos lo miran y lo analizan.

¿Pelea personal? ¿Yo soy personal?

Parece notar mi mirada curiosa y se levanta abruptamente y endereza su traje.

— Después de todo, eres la hermana de mi cuñada. — continúa.

Ah, claro. Por supuesto que es por eso, ¿qué más podía esperar?

— Sube y descansa un poco, ha sido un día lleno de emociones. — dice y yo solo asiento con la cabeza. — La cena se sirve a las siete, si quieres comer en tu habitación, solo avísale a Odette.

— No. — digo rápidamente. — Quiero cenar con ustedes, si no es molestia.

— Como quieras.

Me dirijo lentamente hacia las escaleras y las subo, sintiendo que la mirada de Demétrios está sobre mí, pero no podría confirmarlo. No tengo el coraje de girarme y encontrarme con sus ojos. No ahora... no ahora que me siento lo suficientemente frágil como para demostrar, solo con mi mirada, que lamentablemente está afectándome mucho más de lo que debería.

CAPÍTULO 17

Demétrios

Recordar la forma en que esa mujer hablaba con Elora hace que cada parte de mi cuerpo se tense, y si no fuera porque es mujer, seguramente no podría controlarme. Ahora, mientras espero a Elora para cenar, intento dejar de lado los pensamientos que intentan dominarme, aunque sé que tendré que hacer algo contra esa mujer... el poder de la justicia tiene que caer sobre ella, no puedo dejarla impune de esta manera. Respiro profundamente, tratando de no dejar traslucir mi rabia. Lili ya está en la mesa cuando la veo entrar.

Su cabello está elegantemente recogido en un moño, resaltando delicadamente su cuello esbelto. La luz suave que permea el ambiente realza la suavidad de su piel, iluminando su presencia como si fuera la propia luz. Sus ojos, profundos e intensos, encuentran los míos, y una suave sonrisa se forma en sus labios.

Dios, qué hermosa es.

Elora se sienta a mi lado y le dirige una pequeña sonrisa a Lili, quien la mira fijamente.

— Cuando sea grande, quiero ser tan bonita como tú, Elora. —dice Lili, y Elora suelta una media sonrisa avergonzada.

— Serás mucho más. —responde Elora.

— ¿Y oler tan bien también, qué perfume estás usando? —pregunta curiosa, casi sacando las palabras de mi mente.

— Oh... —Elora parece ligeramente desconcertada—. No estoy usando perfume, debes estar hablando de mi champú.

— ¿Y de qué es?

— De rosas.

— Mmm... —dice Lili pensativa y luego se gira hacia mí—. Papá, ¿me compras un champú con olor a rosas?

— Tal vez cuando seas un poco mayor.

— ¡Soy demasiado pequeña para hacer cualquier cosa!

Elora suelta otro risito al ver el pequeño puchero que forma Lili con los labios.

— Veo que te estás divirtiendo. —digo mirándola, y ella cesa rápidamente la risa, poniendo cara de ofendida.

— Hay tiempo para todo en esta vida, Lili. —Elora retoma su compostura.

Sirven la cena y antes de que empecemos a comer, Elora toca mi mano y la sostiene. Soy invadido por una oleada de electricidad al sentir su contacto, y por un segundo no sé qué hacer, no entiendo qué está pasando y me siento completamente sin reacción. Elora sonríe gentilmente mientras sostiene mi mano, y Lili se une a nosotros, formando un breve lazo de manos unidas.

— Demétrios, espero que no te importe, pero me gustaría hacer una pequeña oración antes de empezar a comer. ¿Puedo?

Mi mente duda por un momento, sin saber cómo lidiar con esta situación poco común para mí. Las miradas serenas de Elora y Lili parecen esperar pacientemente mi respuesta. No quiero parecer grosero o irrespetuoso, así que, aunque vaya en contra de mi naturaleza reservada, asiento con la cabeza.

— Sí, puedes, si eso es importante para ti.

Elora sonríe agradecida, manteniendo su mano sobre la mía, cierra los ojos, y veo a Lili seguir el mismo gesto, así que los sigo, haciendo lo mismo.

— Agradecemos hoy por esta comida y por tanta abundancia, pero sobre todo agradecemos la compañía mutua en esta noche. Que el Señor siempre nos guíe para hacer no solo lo mejor para nosotros mismos, sino también para cada uno que cruce nuestro camino, amén.

— Amén. —dice Lili sonriendo.

— Amén. —digo casi en un susurro.

Poco a poco, abro los ojos después de la breve oración, y me doy cuenta de que Elora aún sostiene mi mano con suavidad. Su mirada ahora lleva una serenidad que contrasta con la intensidad y electricidad que generalmente la acompañan. Nunca había visto este lado de Elora, de hecho, ni siquiera imaginé que existiera. Elora es como una caja de sorpresas frente a mis ojos.

— Siempre rezamos antes de cenar, así es en el internado desde que llegué allí. — explica, y simplemente asiento.

Sus movimientos son delicados al tomar los cubiertos, y su sonrisa, aunque aún encantadora, lleva consigo una tranquilidad que me sorprende.

— Siempre me ha gustado eso, siempre me sentí agradecida por estar allí y no con Loretta, así que al principio siempre agradecía por no tener que estar con ella. Pero luego me di cuenta de que había muchas más cosas por las que estaba agradecida, y se convirtió en un hábito.

— Es un hábito muy bonito, no hay muchas personas agradecidas por ahí.

Esta nueva dimensión de ella me intriga, y siento curiosidad por descubrir más sobre esta mujer que, de alguna manera, trasciende las expectativas que creé en mi mente.

— He notado que tienes un jardín muy bonito por aquí. —dice cambiando completamente de tema.

— Sí... lo tenemos. —respondo, sabiendo que Elora no solo está haciendo conversación y probablemente tiene algo más que decir.

— Pero no he visto ni una sola flor plantada en él.

— Las flores dan mucho trabajo.

— ¡Oh! Pero valen la pena, le dan una belleza inestimable al lugar.

— ¿Por casualidad eres jardinera?

Elora encoge los hombros mientras se lleva un bocado a la boca.

— Un poco. —responde finalmente.

— ¿Cómo que un poco?

— En el internado, nosotras mismas nos encargábamos de los jardines, la huerta y cosas así... solo teníamos un jardinero que se ocupaba de las plantas más grandes y pesadas.

— ¿Un único jardinero para esa inmensidad de lugar? —pregunto incrédulo.

— Sí, ¡pero era uno de los buenos! De todos modos, nosotras éramos las que hacíamos la mayor parte de las cosas... —dice mientras da otro bocado despreocupado.

— ¿Cómo se cuidan las florecitas, Elora? —le pregunta Lili, curiosa.

— Bueno... es bastante simple, en realidad. Solo necesitas darles mucho cuidado, amor y cariño, y ellas inevitablemente florecerán y te lo agradecerán con lindos botones sanos y floridos.

— ¿Podemos plantar flores, papá? —pregunta Lili.

— Las flores dan mucho trabajo, sería mucho pedir para la señorita Elora. Te aseguro que cuando esté menos ocupado, buscaré un buen jardinero para las flores.

Lili asiente comprensiva. Mirando a mi hijita, pienso en algo por lo que también estoy agradecido: estoy agradecido por ella, tal y como es. Elysia nunca fue una niña obstinada y llena de caprichos; para todo lo que quería, siempre me preguntó, y aunque se sintiera molesta si la respuesta era no, nunca dejó que eso se saliera de control. Es una niña especial.

— ¡Pero no sería ningún trabajo para mí! Yo podría, junto con Lili, plantar algunas plántulas.

Dirijo mi mirada a Elora y luego a Lili, ambas me miran con ojos suplicantes. Pero sé que no puedo resistir la mirada suplicante de Lili, y ahora empiezo a notar que ni siquiera puedo resistir el encantador sonrisa de Elora. Aunque una voz interior trate de argumentar sobre la practicidad y el tiempo que esto llevaría, cedo ante la alegría que veo en sus ojos.

— Bueno, tal vez unas pocas plántulas no hagan daño, después de todo. Pero solo algunas, nada demasiado extravagante. —digo, intentando mantener una expresión seria, pero noto que su entusiasmo es contagioso.

Lili suelta un grito de alegría, y Elora me lanza una mirada agradecida. La verdad es que, aunque quiera mantener una apariencia de control, la idea de tener un jardín más colorido y vibrante parece traer cierta emoción al ambiente.

— ¡Es increíble, papá! Prometo que voy a ayudar mucho a Elora, ¡estoy tan feliz de que haya venido a vivir con nosotros! —exclama Lili, dando un pequeño salto en su silla.

Elora simplemente sonríe, mostrándose igualmente entusiasmada con la idea. No puedo evitar sonreír ante su emoción.

— Está bien, pero hagámoslo de forma organizada, ¿eh? Nada de convertir el jardín en un bosque.

Ellas asienten animadas, y durante el resto de la cena, la conversación gira en torno a los tipos de flores que podríamos plantar y cómo cuidarlas. No hablo mucho, solo observo la forma en que ambas interactúan entre sí y siento algo palpitar dentro de mí.

¿Qué será esto? ¿Qué sensación es esta?

No es fácil admitir, ni siquiera para mí mismo, que Elora está conquistando un espacio que va más allá de su relación con Lili. Su presencia, su sonrisa encantadora y la serenidad que emana parecen tocar algo dentro de mí que preferiría mantener dormido. Durante la cena, me encuentro mirando a Elora de manera diferente. Sus gestos delicados al hablar sobre las flores, el brillo en los ojos cuando Lili expresa su felicidad. Intento disimular, manteniéndome reservado y controlado, pero es innegable que algo está cambiando.

De repente, Penelope, mi difunta esposa, viene a mi mente. No puedo permitir que nada en mí cambie, ¡no puedo permitir que alguien en tan poco tiempo tenga este efecto en mí! No puedo permitirlo... Juré amor eterno a una sola mujer, y aunque ella ya no esté entre nosotros, una promesa es una promesa, y no puedo romperla, jamás.

¡Jamás!

CAPÍTULO 18

Elora

Siento una gota de sudor recorrer mi frente y la limpio con mi brazo antes de dejar escapar un suspiro profundo de mis labios. Ya es el decimotercer agujero que cavo en el parterre debajo de la ventana de Demétrios, que fue elegido para recibir a las nuevas huéspedes de esta mansión. No estoy seguro de cuántos más tendré que cavar, pero estoy planeando al menos una docena más. Estoy aprovechando que Lili está en el colegio para hacer el trabajo duro antes de que regrese, dejando solo la parte más divertida para hacer juntas.

— ¿Quieres una limonada, niña? —Odette se acerca con un vaso bien frío en las manos y parece haber leído mi mente.

—Desde luego que eres una bruja. —digo al quitarme los guantes y prepararme para coger el vaso de sus manos.

—¿Bruja? —dice ella arqueando las cejas. —¿Me estás llamando bruja, niña?

—¡No! —digo rápidamente. —Quise decir que leíste mi mente como una bruja.

—Dices cada cosa... —dice ofreciéndome también una servilleta.

—Gracias, Odette, está deliciosa. —digo al tomar el primer sorbo grande y casi terminar la limonada de una vez.

—Dime... —digo, aprovechando su cercanía. —¿Hace mucho tiempo que falleció la esposa de Demétrios?

Sé que no debería meterme así en su vida, pero mi curiosidad es mucho mayor que cualquier otra cosa.

—Ya han pasado tres años desde que se fue, pero estaba muerta en vida, niña. —dice y veo cómo su semblante cae significativamente.

—¿Cómo así? —pregunto siguiéndola hacia un pequeño banco situado en el jardín.

—La señora Penelope padeció lentamente un cáncer muy agresivo e incurable.

—Oh... no tenía idea de que hubiera sido tan prolongado.

—Pasaron casi tres años luchando, el señor Demétrios movió cielo y tierra para salvar a su esposa, pero el dinero no pudo comprarle la vida.

Sostengo con más firmeza el vaso en mi mano, pensando en el daño que eso puede causar a alguien. Ver morir a quien amas delante de tus ojos.

—Lo peor es la niña... Elysia no tiene ningún recuerdo donde su madre no estuviera postrada en la cama.

— No puedo imaginar lo difícil que debe haber sido para ambos.

— Elysia siempre preguntaba por su madre y cuándo volvería, pero con el tiempo dejó de hacerlo, pero el señor Demétrios... oh Dios, cómo ha cambiado.

— ¿Cambió? ¿Cómo?

— Demétrios era el más feliz de sus hermanos, siempre fue cálido y muy receptivo, pero después de la muerte de su esposa, se cerró al mundo y se convirtió en un hombre distante, callado y de pocas palabras.

— ¿Crees que todavía la ama? ¿Aunque ella ya no esté aquí?

Veo a Odette negar con la cabeza.

— Creo que con el tiempo se permitió liberarse del dolor que llevaba. Sabe que no había nada que pudiera hacer por Penelope y que hizo todo lo que estuvo a su alcance, pero lo que yo pienso es que no soportaría volver a amar.

— ¿Miedo? Demétrios no parece un hombre que tendría miedo de nada.

— Pero lo tiene, niña. No cree que pueda enamorarse de nuevo, simplemente porque le dolería demasiado perder a alguien otra vez. Bueno, al menos eso pienso yo, aparte de que nunca más se relacionó con ninguna mujer.

— ¿Ninguna? ¿Durante todos estos años? ¡No puede ser! Un hombre como él tan...

— Guapo, rico y extremadamente honorable. Sí, su tipo es raro de encontrar. Pero te aseguro que el señor Demétrios nunca más se involucró con ninguna mujer, y decidió centrarse solo en el trabajo y en su hija... al menos hasta que llegaste aquí.

— ¿Yo? —digo sorprendida. —No tenemos nada, de hecho... él está siendo muy amable al acogerme en su casa, pero no hay nada entre nosotros.

Odette suelta una risa, divirtiéndose con mi reacción.

— Lo sé, todavía, niña.

— ¿Todavía?

— Nunca lo he visto mirar a ninguna mujer de la manera en que te mira a ti, en todos estos últimos años, y han habido muchas mujeres hermosas detrás de él en este tiempo, y él las miraba como si fueran hombres delante de él.

— Usted debe estar viendo cosas, sé que le gusta y que querría que él fuera feliz, por eso ve...

— Escucha la voz de la sabiduría, niña. —me advierte. —Sé cuándo un hombre se siente atraído no solo por el exterior de una mujer, sino también por su interior, y eso es exactamente lo que sucede con el señor Demétrios cuando te mira a ti y tú a él.

Sentirme atraída por el interior de alguien es exactamente lo que siento al mirar a Demétrios, claro que físicamente es el hombre más guapo, sexy y deliciosamente atractivo que he visto, pero no es solo eso... es algo más, es como si mi alma se alegrara más cuando está cerca.

Siento mis mejillas ruborizarse al escuchar sus palabras. ¿Será tan evidente la forma en que miro a Demétrios?

— No tienes por qué sentirte avergonzada, niña. Enamorarse de alguien es lo más bonito del mundo.

— Aunque estés equivocada, lo sé que no...

La veo mover la cabeza ligeramente con una sonrisa.

— Como tú misma has dicho, Demétrios no se ha involucrado y parece que no quiere involucrarse con nadie más después de la muerte de su esposa.

Odette se levanta y coge el vaso de mi mano, una sonrisa cómplice surge en sus labios antes de alejarse y decir:

— Eso fue antes de que llegaras aquí. — dice sonriendo mientras se retira y desaparece tras la puerta.

Respiro profundamente, intentando apartar los pensamientos tumultuosos que la conversación con Odette ha traído a la superficie. Me centro de nuevo en el suelo bajo la hoja de la pala, sintiendo la tierra ceder bajo la presión del instrumento. Cada movimiento de la pala es un intento de enterrar también las palabras de Odette, pero persisten, como semillas no deseadas que brotan en la mente.

¿Sería realmente posible? ¿Sería realmente posible que Demétrios se sienta, aunque sea mínimamente, atraído por mí?

Excavo el décimo cuarto agujero, las gotas de sudor ahora se mezclan con la tierra en mi rostro. La imagen de Demétrios, con sus ojos profundos y penetrantes, invade mis pensamientos. No puedo negar la conexión que surge entre nosotros, pero Odette está equivocada, o al menos quiero creer eso, de lo contrario comenzaré a fantasear con cosas imposibles.

Excavo más profundo, como si pudiera enterrar no solo los agujeros, sino también las emociones que amenazan con desbordarse. El sol se pone en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos anaranjados, pero la penumbra que se instala en mi alma no se disipa por la belleza del atardecer. Al terminar el décimo quinto agujero, dejo la pala a un lado y me siento en el banco del jardín. El viento juega con mi cabello cuando veo a la pequeña Lili correr hacia mí con la bolsa, casi más grande que ella.

— Lóra, Lóra, Lóra. — grita con su voz dulce e infantil mientras corre. Y no puedo evitar sonreír, en parte porque parece tan feliz de verme y en parte porque nunca nadie me había puesto un apodo en la vida.

— Ve con cuidado, Lili, puedes lastimarte. — Demétrios, que viene detrás de ella, advierte.

Demétrios se acerca, con una sonrisa discreta en los labios, y por un breve momento me pierdo en la profundidad de sus ojos. Siento que mis mejillas se sonrojan involuntariamente, una reacción que intento disimular al apartar la mirada hacia la pequeña Lili, que ahora está a mi lado.

— Lóra, Lóra, mira lo que papá me dio. — Lili muestra orgullosa un guante de jardinería colorido que sostiene con cuidado. Su emoción es contagiosa, y me encuentro sonriendo genuinamente hacia ella.

— ¡Guau, Lili, ahora serás una excelente ayudante! — Hago un esfuerzo por cambiar mi enfoque y admirar el trabajo de la pequeña, tratando de apartar los pensamientos tumultuosos sobre Demétrios.

— ¿Podemos empezar ahora?

— Todavía no tenemos plantitas ni semillas, pequeña. Mañana, como no tienes colegio, estaba pensando en buscar un lugar aquí cerca y elegir juntas, ¿qué te parece?

Asiente rápidamente con la cabeza, emocionada.

— ¿Tú también vendrás, verdad papá? — pregunta mirándolo.

— Si no os importa... — responde.

— ¡No, claro que no! Será genial.

— Bueno, ¡entonces está decidido! Vamos adentro, Lili, necesitas darte un baño y creo que la señorita Elora también... — dice mirándome, probablemente viendo tierra por todas partes en mi ropa, cabello y rostro.

— ¿Estás insinuando que estoy sucia? — pregunto con los ojos ligeramente entrecerrados.

Lili suelta una risita, divertida.

— ¿Insinuando? No, lo estoy diciendo claramente. ¡Cielos, cómo ha llegado tierra a tu párpado, mujer!

Al escucharlo, toco el párpado móvil de mis ojos y trato de frotarlo, pero él rápidamente me advierte, sujetando ligeramente mi brazo para impedirme.

— No hagas eso, terminarás metiéndotela en los ojos. Déjame ayudarte.

Demétrios se acerca con calma y siento su suave toque en mi brazo, sujetándolo delicadamente para evitar que me frote los ojos. Mi respiración parece detenerse por un momento y mantengo mis ojos cerrados mientras él retira cuidadosamente la tierra de mis párpados.

Siento la textura áspera de la tierra siendo retirada, una sensación que contrasta con la suavidad de sus dedos. Cada toque es preciso, y la cercanía de Demétrios hace que mi corazón lata más rápido. El sutil perfume de tierra y plantas se mezcla con el aroma amaderado que siempre lo acompaña.

Sus movimientos son hábiles y me encuentro imaginando la expresión en su rostro, concentrado en ayudarme. Una ola de calor recorre mi cuerpo cuando finalmente aleja sus manos, y me resisto a abrir los ojos, saboreando por unos segundos más la sensación de tenerlo tan cerca.

Al abrir los ojos, me encuentro con los suyos, azules e intensos, capturando mi atención. Hay algo allí, algo más allá de las palabras que intercambiamos o de la tierra que ahora está ausente de mis ojos. Me doy cuenta de que nuestros rostros están más cerca que antes y la distancia entre nosotros se reduce.

— ¡Bésala ya, papá! — dice Lili, haciendo notar su presencia.

¡Cielos, ella estuvo aquí todo el tiempo! Siento que mis mejillas quieren arder en mi rostro y no puedo articular ni una sola palabra.

Demétrios finalmente se aleja, una sonrisa tierna juguetea en sus labios, y me encuentro sonriendo de vuelta, avergonzada. Aún puedo sentir la electricidad en el aire, el recuerdo de su toque en mi piel. El momento pasa, pero la sensación permanece, resonando en mi pecho como una suave melodía.

— Listo. Creo que logré quitar toda la tierra. — Él rompe el silencio, su voz controlada, pero puedo percibir un nerviosismo en ella. — Y tú, deja de imaginar cosas y ven, Odette te acompañará al baño.

— Pero quiero que Lili venga conmigo. — protesta, y Demétrios me mira tratando de leer mis pensamientos.

— Elora está cansada, Lili, deja que descanse.

— ¡No! — digo rápidamente. — Soy la niñera de Lili, después de todo... ¿no es así? Y las niñeras ayudan con estas cosas, ¿o me equivoco?

— Ya te dije que no necesitas seguir con esta historia, Elora.

— ¡Pero quiero! — digo con firmeza mientras tomo la mano pequeña y suave de Lili. — Vamos, Lili...

Ella me sigue orgullosa y le sonríe a su padre dando un pequeño saludo.

Mientras me alejo, aún siento que mi corazón quiere salir de mi pecho solo por sentir el

suave toque y la cercanía de Demétrios en mí nuevamente.

Oh Dios, estoy perdida... me estoy enamorando de Demétrios Nikopoulos.

CAPÍTULO 19

Demétrios

Observo cómo Elora se aleja con Lili, sintiendo aún el suave roce de su piel resonando en mí. La brisa del jardín parece más fresca ahora, pero mi interior está lleno de una inquietud que ni siquiera logro entender completamente.

Estoy acostumbrado a mantener mis emociones bajo control, pero la presencia de Elora desafía esa barrera. Ella es más que alguien a quien estoy ayudando por mi familia; es una fuerza que despierta sentimientos que desconocía que estaban dormidos.

Mientras camino hacia la casa, reflexiono sobre la cercanía de nuestros rostros momentos atrás. La electricidad en el aire, el calor que parecía emanar de ella, todo eso me tomó por sorpresa. No puedo negar que Elora me afecta de una manera que va más allá de la lógica.

¡Maldición! No puedo permitir que las cosas sigan así.

Entro en la sala y, aunque estoy solo, no puedo contener un suspiro profundo. El aroma de la tierra y las plantas todavía está presente en mis manos, un recuerdo físico del contacto con ella. Desde la primera vez que la vi, desde que ella me echó café en aquella cafetería en el interior de Francia, es como si una chispa se hubiera encendido dentro de mí, y desde entonces he estado tratando de entender cómo controlar esta llama que parece crecer sin freno alguno.

Sentándome en el sofá, me permito cerrar los ojos por un momento. Siento que mi corazón late más rápido de lo normal, como si intentara seguir el ritmo acelerado de mis pensamientos. Elora es una incógnita en mi vida, una presencia que ha despertado algo para lo cual no estaba preparado.

Al abrir los ojos, me doy cuenta de que estoy sonriendo involuntariamente. Una mezcla de nerviosismo y emoción recorre mis venas.

¡Quizás sea hora de que todo esto termine! ¡Quizás sea hora de que Elora salga de nuestras vidas!

❀

Reviso los documentos sobre el caso de Elora en mi mesa, intentando mantener el foco en el trabajo que requiere mi atención y buscando una solución para finalizarlo lo más rápidamente posible, con el fin de conceder la herencia correspondiente a Elora y así volver a mi vida como era antes. El papel ante mí permanece vacío en mi mente, ya que mi concentración es constantemente desviada por pensamientos no deseados.

— ¡Maldición! — gruño, soltando los documentos de una vez sobre la mesa.

Estiro mi cuerpo tenso en la silla y cierro mis ojos, apretándolos en un vano intento de eliminar cualquier pensamiento sobre Elora que intente entrar en mí.

Es inútil. Al cerrar los ojos, solo la veo a ella.

Es entonces cuando escucho el leve toque en la puerta y veo a Elora frente a mí. Está deliciosa y completamente irresistible con una falda negra y una blusa con la tira ligeramente caída.

— ¿Puedo entrar? — pregunta, y yo solo asiento levemente, apartando la mirada de la tentación que representa.

— Bañé a Lili y la acosté a dormir; es la niña más fácil de tratar de esta tierra. — dice, sentándose frente a mí y apoyando sus brazos en mi mesa.

— Realmente es una niña increíble.

— ¿Qué estás haciendo? ¿Trabajando en mi caso? — pregunta, tomando una de las hojas que tiene su nombre escrito.

Solo asiento con un leve movimiento y la veo leer las letras que hace poco yo estaba leyendo.

— No entiendo ni una palabra de lo que se dice aquí. ¿Por qué ustedes, del ámbito jurídico, se empeñan en complicar las frases?

— El lenguaje jurídico utiliza términos precisos y técnicos para garantizar claridad, evitar ambigüedades, evocar precedentes, referenciar normas y regulaciones, mantener la imparcialidad y preservar la integridad del sistema legal. — respondo, y la veo revolverse levemente los ojos.

— Ves, hablas como ellos. — comenta, divertida.

Elora se levanta de la silla, dejando escapar un suspiro. Se mueve hacia mi lado de la mesa, quedando lo suficientemente cerca para leer los documentos, pero no tanto como para desconcentrarme. Intento mantener mi mirada fija en el papel frente a mí, resistiendo la tentación de desviar la atención hacia ella.

— Entonces, ¿qué dicen exactamente estos papeles? — pregunta Elora, mirándome con una expresión de curiosidad.

— Básicamente, estamos trabajando para resolver el tema de la herencia lo más rápido posible para que puedas recibir tus derechos legales antes de que Loretta te declare incapaz. — explico, manteniendo un tono profesional.

Ella suelta un leve suspiro y, sin ceremonia, arrastra la silla a mi lado para sentarse. Soy consciente de la proximidad entre nosotros, pero intento no dejar transparecer lo mucho que el aroma a rosas que emana de ella me atrae peligrosamente.

— Solo quiero que todo esto termine pronto. Todo esto... — dice, inclinándose para examinar más de cerca los documentos.

Mientras ella se concentra en las palabras impresas, aprovecho la oportunidad para observarla discretamente. Sus ojos siguen las líneas del papel, su expresión alternando entre confusión y frustración. Un mechón de cabello cae sobre su rostro, y ella lo aparta delicadamente detrás de la oreja. Es difícil ignorar su presencia, la forma en que ilumina la sala incluso en momentos de tensión.

— ¿Siempre te ha gustado esto o en algún momento te despertaste de repente queriendo aprender sobre ello? — pregunta, mirándome.

— Bueno, desde joven, siempre he tenido una inclinación por el ámbito jurídico. Mi padre, además de empresario, era abogado, y creo que eso influyó en mi elección. — respondo, apartando la mirada de los papeles para enfrentar a Elora.

La forma en que ella mantiene su atención en mí, sus penetrantes ojos verdes, es hipnotizante. Mi mente comienza a divagar, capturando cada detalle de ella: los labios delicados, el aroma a rosas que emana de su piel, una fragancia que parece encender una llama dentro de mí.

— Esta no es realmente una profesión que me atraiga. — dice al acercarse un poco más a mí inocentemente.

Su brazo roza el mío y la veo mirarme. Hay algo que sucede cuando Elora está tan cerca de mí, como si ambos entráramos en una especie de esfera, una esfera que se comprime y nos atrae el uno al otro. Ella me está mirando fijamente, y veo cómo sus ojos bajan ligeramente a mis labios.

— Elora, yo... — intento articular alguna objeción, pero las palabras quedan atrapadas en mi garganta cuando ella acerca aún más su rostro al mío. Su dulce perfume inunda mis sentidos, y la proximidad entre nosotros parece crear una tensión eléctrica en el aire.

Sus labios están tan cerca que siento la tentación irresistible de ceder. Mi mente, que estaba enfocada en los documentos y en la resolución del caso, parece haber sucumbido al magnetismo de Elora. Cualquier objeción sobre por qué no debería besar a Elora ahora se desvanece rápidamente, reemplazada por una urgencia palpitante.

No tuve ni siquiera tiempo de pensar, de repente, Elora se acerca y sus labios encuentran los míos en un beso impetuoso. La sensación es abrumadora, como si una chispa hubiera encendido una llama que arde dentro de mí. Por un momento, me permito sumergirme en el beso, dejando que el deseo que despertó en mí por Elora fluya libremente.

Ella es deliciosa, su sabor es exquisito.

Intensifico el beso y alejo cualquier otro pensamiento de mi cabeza, cualquier otro que no sea Elora y su lengua caliente explorando mi boca. Ella suelta pequeños suspiros que me vuelven aún más loco, llevo mis manos a su cintura y la siento en mi regazo, presionándola contra mí.

Elora suspira.

Elora gime.

Elora muerde ligeramente mis labios.

No puedo separarme, no puedo sacarla de mí, quiero más, la deseo por completo. Se entrega al beso mientras se mueve suavemente en mi regazo y siento que voy a explotar de deseo por ella.

No puedo...

Necesito parar...

No puedo. La deseo. No puedo dejar este beso.

— Oh... Demétrios... — gime entre mis labios y eso solo me enciende más.

Mi mano comienza a recorrer las deliciosas curvas de Elora que tanto he deseado tocar.

No puedo...

Necesito parar... No puedo.

La quiero. La deseo... Maldición, la deseo.

Elora sigue entregándose al beso, y lleva una de mis manos a sus generosos pechos, los aprieto y la veo gemir suavemente contra mí. Es la mezcla de fuego, impetuosidad y dulzura.

Es deliciosa.

Pronto, coloco ambas manos en su espalda, haciendo que sus senos rocen contra mi pecho y siento sus latidos descontrolados contra mí. La beso como si fuera a devorarla, como si cada parte de mí estuviera sedienta por ella. Se entrega cada vez más, frotando todo su cuerpo contra el mío, deseosa y ansiosa. Sus movimientos son salvajes y nada programados, la siento perderse en mis labios y eso me excita muchísimo.

En un movimiento rápido, la coloco sobre mi mesa y me posiciono entre sus piernas, no dejo que ningún pensamiento invada mi mente mientras toco sus hombros, su piel suave y cálida. Bajo la tira de su blusa junto con su sujetador y los bajo, revelando por primera vez sus senos, sus pezones están erectos y excitados y desvío mi mirada hacia ella, que está mordiendo ligeramente sus labios.

Su mirada está llena de fuego y deseo.

Sin decir una palabra, tomo sus pezones en mi boca y la veo gemir de placer, los chupo con ansias mientras presiono mi miembro entre sus piernas, lamo, muerdo y escucho cómo gime suavemente mientras se mueve contra mi cuerpo completamente fuera de control. Sigo presionándome contra ella y subo mis labios hacia su cuello.

Quiero sentir el sabor de su piel, quiero sentir su cuerpo completo.

Mi mano recorre sus pechos, su cintura, sus muslos, hasta llegar al centro de sus piernas y la toco, está tan húmeda que está empapando su ropa interior, siento cómo mi deseo domina cada parte de mí como si fuera un animal. Quiero sumergirme en Elora, quiero hacerla gemir mi nombre, quiero poseerla.

— Demétrios... — dice Elora y la miro, su rostro parece ligeramente preocupado por algo.

De repente, un destello de conciencia invade mi mente por primera vez desde que sentí sus labios sobre los míos, como si hubiera salido de un trance momentáneamente y me aparto bruscamente. Ambos jadeantes, veo la boca de Elora roja por la intensidad del beso que acabamos de compartir, sus pechos aún al aire, sus piernas abiertas sobre la mesa; solo mirarla así hace que mi miembro palpite, mi cuerpo se estremezca, aparto la mirada.

No puedo mirarla, no resistiría, casi poseo a quien está bajo mi protección, la cuñada de mi hermano, ¿qué tipo de canalla soy? Debo de haber enloquecido.

— No podemos, Elora. — digo, y son las únicas palabras que puedo articular.

Ella permanece en silencio, y no estoy seguro de qué está pasando por su cabeza. Elora ajusta su blusa recomponiéndose mínimamente y se acerca a mí, ignorando mi intento de resistencia. Sus ojos, aún reflejando la llama del momento anterior, encuentran los míos, buscando respuestas a la negación que acabo de expresar.

— ¿Por qué, Demétrios? — su voz es suave, pero lleva un toque de desafío. No acepta fácilmente mis palabras. Por supuesto que no, ella es Elora Drouhart.

Esa resistencia, esa llama que hay en ella es parte de lo que me hace sentir tan atraído por ella. Es fuerte y dulce, es cálida e impetuosa.

Siento cómo mi corazón se acelera mientras aparto la mirada, incapaz de enfrentar la intensidad de su expresión en sus ojos. Aun así, puedo sentir su mirada persistente sobre mí, como si intentara penetrar en mi alma en busca de una verdad que yo mismo no comprendo completamente.

— No podemos, Elora. — repito, pero mi voz vacila, traicionada por la incertidumbre que me invade, aunque me repongo rápidamente. — Estás bajo mi protección y no es prudente.

Siempre he sido un hombre decidido, siempre he estado seguro de cada una de las decisiones que he tomado. Incluso cuando se trató de la muerte de mi esposa, sé que tomé todas las decisiones que pude y por eso la culpa de su muerte no me dominó. Pero aquí, frente a Elora Drouhart, no estoy seguro... no estoy seguro de ninguna de las palabras que acabo de decir. Solo sé que la intensidad de lo que ella me hace sentir no debe ser prudente... no debe ser prudente estar cerca de ella.

Ella se acerca más, puedo sentir su aliento delicioso, siento sus labios ahora a centímetros

de los míos, desafiando la lógica que intentamos imponer a la situación. Sus ojos no vacilan, y los miro consciente de que estoy a punto de caer en la tentación irresistible de besarla, nuevamente. Elora no se rinde ante mi vacilación.

— ¿Y quién decide eso? — susurra, sus labios rozando ligeramente los míos.

Mi respiración se vuelve irregular, mientras el deseo y la razón libran una batalla dentro de mí.

— Sé que me deseas tanto como yo a ti, Demétrios. — su voz es un susurro, cargado de una confianza que sacude los cimientos de mi resistencia. — Lo sentí por su intensidad, por la manera en que me tocó y me besó.

Tiene razón... la deseo. Cada partícula de mi ser la desea. Y el peor error que puedo haber cometido fue probarla, ahora será mucho más difícil resistir.

— ¡No podemos, Elora, eso ya está decidido! — insisto, mi tono de voz esta vez firme, aunque mi mente esté en caos.

Toda la rigidez y prudencia que he mantenido a lo largo de los años están siendo desafiadas por esta mujer de metro y medio frente a mí. Elora Drouhart, con su presencia intensa, parece dispuesta a derribar las barreras que he levantado alrededor de mi corazón.

Ella no se aleja, sus ojos fijos en los míos y la tentación de sucumbir a los deseos que ella ha despertado en mí es abrumadora, pero mantengo mi postura. El dolor de la pérdida de mi esposa fue lo peor que he experimentado en toda mi vida, y me prometí a mí mismo que no me dejaría envolver de nuevo, que no permitiría que el amor me lastimara tan profundamente otra vez. Y Elora... Elora sacude cada parte de mí de una manera que me asusta, si la dejo entrar... si la tengo en mis brazos aunque sea brevemente una vez más, temo no poder resistir.

— ¿Y quién decide eso? No me has respondido — ella susurra, desafiante.

— Yo decido. — afirmo. — Olvídate de lo que acaba de suceder aquí, es tarde, vete a dormir, mañana será un nuevo día. — pronuncio las palabras y doy unos pasos hasta llegar de nuevo a mi escritorio y mirar los papeles.

Mi mirada está fija en los documentos ante mí. Siento el ambiente cargado con la tensión que hemos creado, como una tormenta a punto de estallar. El sonido suave de sus pasos resuena en el silencio de la oficina, el crujir del suelo indica que se está alejando. Controlo mi respiración, intentando disipar la sensación del calor que aún permanece en mi piel. Sus pasos disminuyen de intensidad, como si ella dudara antes de abandonar por completo el lugar. Me doy cuenta de que, incluso sin mirar directamente hacia ella, mi cuerpo aún responde a su presencia, hasta que finalmente sale del lugar, dejándome de nuevo... solo.

CAPÍTULO 20

Demétrios

Por la mañana, el sol se filtra por las cortinas, inundando el comedor con una luz suave. Me siento a la mesa, concentrado en revisar algunos documentos mientras tomo mi café. El aroma fuerte de la bebida se mezcla con la tranquilidad matutina, creando un ambiente casi sereno. Sin embargo, esta calma es solo superficial, ya que los recuerdos de la noche anterior persisten en mi mente.

El sabor de Elora, la forma en que se entregaba al beso, sus suspiros... temo no poder sacar esos suspiros de mi cabeza.

Escucho pasos acercándose y veo entrar a Elora y Lili juntas en la sala. Elora le sonríe a mi hija, quien le cuenta algo que pasa desapercibido para mí. Lo único que logro percibir en los gestos, la voz y la sonrisa de Elora es que parece completamente normal, ligera y animada como siempre, como si nada hubiera pasado entre nosotros la noche anterior. Nuestros ojos se encuentran por un breve instante, pero ambos apartamos la mirada rápidamente.

— Buenos días, Demétrios. — saluda Elora con naturalidad, como si no hubiera tensión entre nosotros. Lili, aún ajena a lo sucedido, parece entusiasmada con el desayuno.

— Buenos días, Elora.

Elora toma asiento en la mesa, y Lili se sienta a su lado, parloteando sobre sus actividades del día anterior. Me siento dividido entre la necesidad de mantener distancia y la atracción magnética que sigue pulsando entre nosotros.

— ¡Hoy hay bagels! — exclama Lili y me hace mirarla.

— Sí, cariño, pero come solo uno.

— Está bien, papá. — responde mientras coge uno y lo pone en su plato. — Lo dejaré para el final, así lo disfruto más.

Intento suprimir los pensamientos intrusivos sobre la noche anterior. Observo a Elora, quien parece decidida a ignorar lo ocurrido, y eso debería ser bueno, yo mismo lo pedí, pero por alguna razón su naturalidad me incomoda. ¿Acaso no significó nada para ella? ¿No sintió lo mismo que yo? ¡Maldición! ¿Qué soy ahora? ¿Un chico enamorado?

Elora sigue centrando su atención en la conversación trivial de Lili. Tal vez sea solo un juego para ella, pero para mí es una lucha interna constante. Ambos evitamos miradas prolongadas, como si estuviéramos de acuerdo tácitamente en enterrar los acontecimientos de la noche anterior en lo más profundo de nuestras conciencias.

Quizás sea mejor así...

Vuelvo mi atención a Lili y a su vitalidad, que parece tener una energía infinita. La observo con una sonrisa mientras devora su cereal y conversa con Elora, con las palabras fluyendo de su boca con una rapidez impresionante. Ha hecho más preguntas de las que se puedan imaginar, y Elora, pacientemente, ha respondido a todas.

Después del desayuno, Lili me coge de la mano emocionada, ansiosa por explorar el mundo de las flores junto a Elora. No puedo negar que ver a Lili tan feliz me llena de satisfacción, y tampoco puedo negar que Elora tiene mucha responsabilidad en ello.

— Vamos, papá, date prisa. — Lili dice ansiosa mientras corre hacia la entrada de la casa.

— ¿Todavía quieres que vaya contigo, Elora? — pregunto cuando Lili ya está a una distancia segura.

Elora no me mira y sigue manteniendo la vista al frente hasta que desvía su mirada hacia mí.

— Por supuesto que sí, será genial. — responde ella con una sonrisa. Solo asiento levemente y la veo dar grandes pasos hasta llegar donde está Lili, parada frente al coche.

¿Qué significa eso? ¿Por qué Elora actúa de manera tan incongruente? Maldición, ella me confunde.

Nos dirigimos a la floristería con el conductor. El coche se desliza suavemente por las calles, mientras Lili no deja de hablar sobre los colores y formas de las flores que espera encontrar.

— ¿Crees que haya alguna flor de color arcoíris, Lôra? — pregunta inocente.

— Creo que no, querida. — responde ella amablemente y Lili baja ligeramente la cabeza decepcionada. — Pero seguramente podemos crear un bonito arcoíris en el jardín.

Lili levanta de nuevo la cabeza, emocionada. Me gusta cómo Elora es sincera con mi hija, pero aún así logra ser dulce y amable.

Llegamos a la floristería, y el ambiente está impregnado con la fragancia dulce y variada de las flores. Lili corre de un lado a otro, encantada con cada pétalo y color. Elora la guía con delicadeza, señalando diferentes especies y compartiendo su conocimiento sobre cada una.

Mientras observo a las dos, mi corazón se llena de... ¿alegría? Sí, alegría, definitivamente. La seriedad que normalmente me caracteriza parece desvanecerse ante la encantadora escena que se desarrolla frente a mí. Elora, con su paciencia, chispa y vivacidad, está convirtiendo nuestro paseo en una experiencia única para Lili, y eso me hace apreciarla aún más.

Recorremos los pasillos llenos de colores vibrantes, y Lili sostiene un pequeño ramo con

una sonrisa radiante. Elora me mira con brillo en los ojos, como si compartiéramos un momento especial y silencioso de comprensión. En este momento, me doy cuenta de que, por más silencioso y serio que pueda ser, la presencia de Elora y la alegría de Lili tienen el poder de suavizar incluso las partes más reservadas de mi naturaleza.

El carrito comienza a llenarse y levanto ligeramente una ceja, preocupado.

— ¿No crees que se están excediendo con las plantas, Elora? ¿Cómo van a plantarlas todas?

— Tranquilo, esto no es nada comparado con lo que he plantado en el internado. — responde ella mientras coloca otra planta en el carrito.

— ¿Debería presentar una denuncia por maltrato contra Mademoiselle Valois? — pregunto intrigado y veo a Elora soltar una risa divertida.

— ¡Por supuesto que no, Demétrios! Siempre fue divertido participar en esas actividades, además, era realmente gratificante ver florecer las plantitas después de un tiempo gracias a nuestros cuidados. Quiero que Lili también experimente eso.

Apenas asiento, dando un voto de confianza, después de todo, ella parece estar realmente segura de sus elecciones.

— Mira, estas serán perfectas para colocar justo debajo de tu ventana, las verás cada vez que te despiertes, cuando estén en temporada. — dice, tomando algunos sobrecitos de semillas.

— ¿Qué flores son estas? — pregunto.

— Son rosas... la *Rosa Jasmina*. Cuando florecen, adquieren un hermoso tono rosa melocotón, y tienen la forma clásica de las rosas, extremadamente delicada. La fragancia es dulce y fresca, pero muy intensa, es mi favorita. — dice con una sonrisa. — Me gustaría que tuvieras un esqueje de ella, seguro que también te encantaría.

De repente, de alguna manera, me siento más cercano a Elora, más íntimo con ella, y no lo digo por el beso ardiente que nos dimos, sino por la forma en que la siento abriéndose a mí, por la cercanía inconsciente, por su manera de hablar.

— Por tu descripción, estoy seguro de que sí.

Observo a Elora y sus detalles. Es fuerte, viva, eléctrica y al mismo tiempo dulce, amable y delicada. No podría prever nada que se refiera a ella, en cada momento muestra una nueva faceta, una que ni siquiera podría haber imaginado... y me encanta. Me encanta esa mezcla única que es Elora.

— ¡Mira, papá... gatitos! — Lili dice, y Elora y yo nos giramos inmediatamente.

Nos dirigimos hacia la parte trasera de la floristería y vemos una caja de donde se escapan maullidos suaves. Lili corre hacia adelante, sus ojos brillando con la expectativa de encontrar algo adorable. Elora y yo la seguimos, curiosos.

Al acercarnos a la caja, veo a dos pequeños gatitos encogidos y delgados. Lili suelta un suspiro de admiración.

— ¡Papá, mira qué monos! ¿Podemos quedarnos con ellos, por favor?

Elora se acerca, inclinándose para observar a los gatitos.

— Deben de haber sido abandonados aquí. — dice, con aires maternales.

— ¡No me inventéis nada!

— Por favor... — ambas se alinean y me miran con ojitos suplicantes.

— ¡No me gustan los gatos! Son criaturas independientes, impredecibles y ensucian la casa. No creo que tengamos tiempo o paciencia para cuidar de ellos. — Expreso mi reticencia, frunciendo el ceño mientras observo a los pequeños felinos.

Lili me mira con sus ojos grandes y brillantes, haciendo un puchero.

— Pero, papá, están sin su mamá, solos... Podemos bañarlos, darles de comer y mantenerlos calentitos.

Elora, siempre optimista, añade:

— Demétrios, es una oportunidad para que Lili aprenda sobre responsabilidad y compasión. Además, estos gatitos merecen una oportunidad. Podemos cuidarlos temporalmente hasta encontrarles un hogar adecuado.

Suspiro, cediendo ante su persistencia. No puedo negar que la escena de los gatitos encogidos es, como mínimo, conmovedora.

— Está bien, pero es temporal. Nada de convertir esto en una adopción permanente. — Cedo ante la presión, mientras Elora y Lili sueltan gritos de alegría.

Lili coge a uno de los gatitos, el naranja, con cuidado y lo sostiene en sus brazos, sonriendo radiante.

— ¿Van a tener nombres? Quiero llamar a este Peluche, parece muy suave como un peluche.

Miro al otro gatito, renuente, pero me doy cuenta de que ahora está fuera de mi control.

— ¡Me encanta ese nombre! Entonces será Peluche. — dice Elora al tomar al gatito negro en sus brazos y mirarlo. — ¿Y qué tal si a este lo llamamos Café?

— ¡Peluche y Café! — dice Lili sonriendo.

— Esto es temporal, ¡lo repito! No os encariñéis demasiado con estos animales. — digo, pero parece que ambas me ignoran completamente.

Me estoy volviendo loco, o ellas se están volviendo locas... o el mundo lo está. Cielos, mi vida está patas arriba.

"Temporal", repito para mí mismo, tratando de creer en eso mientras nos preparamos para llevar a los gatitos a casa.

— Necesitamos llevarlos al veterinario. — dice Elora cuando llegamos cerca del coche; vi uno aquí cerca.

— ¿Podemos, papá? — me pregunta Lili.

— Está bien... está bien. — digo, y veo a cada una con su gatito en brazos, entrar en el coche. La sonrisa satisfecha de ambas fácilmente podría iluminar Times Square por sí solas, y me pregunto si estoy preparado para que esa felicidad se vaya tan rápido como llegó.

❀

Al entrar en la clínica, nos recibe la cálida mirada de la recepcionista, que parece encantada con el dúo de gatitos. Lili está radiante y Elora mantiene su sonrisa amistosa, transmitiendo confianza. La clínica está llena de los sonidos familiares de los animales, pero mi mente está demasiado ocupada pensando en lo que estos dos harán con mi casa. Elora toma la iniciativa, hablando rápidamente y tratando de explicar la situación.

Finalmente, nos llaman para la consulta. La veterinaria, una mujer serena y dedicada, examina minuciosamente a los gatitos. Lili observa cada movimiento, absorbiendo conocimiento como una esponja. Veo cómo Elora le guiña un ojo a Lili, transmitiéndole confianza, y ella parece más tranquila a cada momento que pasa.

— Están en buena salud, solo un poco desnutridos. Recomiendo una dieta equilibrada y algunos cuidados especiales en las primeras semanas. — explica la veterinaria, mientras yo asiento, aliviado por recibir noticias positivas.

Al salir de la clínica, noto que la tensión ha disminuido. Elora y Lili intercambian miradas cómplices, y no puedo evitar sonreír ante la conexión que parece estar surgiendo entre ellas.

Ni siquiera me di cuenta de que pasó el día, y la noche ya comienza a caer sobre nuestras cabezas. No recuerdo la última vez que pasé un momento tan tranquilo en compañía de alguna otra mujer que no fuera Penélope. Y no me gustaría pensar tanto en ello, pero simplemente no puedo dejar de pensar... pensar en lo bien que me siento cuando Elora está cerca.

CAPÍTULO 21

Elora

Miro el reloj de la mesilla de noche y veo que marca la 01:37 de la madrugada; hace más de media hora que estoy removiéndome sin poder dormir. Estoy tumbada, mirando el techo, incapaz de ignorar la turbulencia de pensamientos que me atormenta.

Intenté demostrar durante todo el día que Demétrios no me afectó como lo hizo. No estoy segura de por qué lo hice, quizás por mi orgullo herido. Me rechazó, dijo que no quería seguir... y aunque imagino que sea por miedo a la intimidad, por su temor a acercarse de nuevo a otra mujer y lastimarse, aún así eso no me impide sentirme rechazada y con el orgullo herido.

Por eso decidí mostrarme natural, sin juegos, sin indirectas... solo intentar pasar el día de manera tranquila. No fue fácil; solo mirarlo me recordaba cada sensación que hizo reaccionar a mi cuerpo. Demétrios no solo tocó mi cuerpo, tocó mi alma, hizo que mis huesos vibraran, que mi cuerpo se conectara como nunca antes. Pero por alguna razón, se detuvo, cuando las cosas se volvieron más intensas decidí advertirle que era virgen, solo para que lo supiera, pero algo en mi forma de mirarlo debe haber dado el mensaje equivocado, porque después de eso se alejó de mí como el diablo huye de la cruz.

Respiro profundamente y me levanto de la cama impulsivamente, decidiendo que necesito tomar aire. Mi mente está completamente acelerada y en un torbellino; estos últimos dos días, la forma en que Demétrios me defendió de Loretta, las cosas que Odette me dijo y, finalmente, el beso que nos dimos... nada de esto me deja dormir, y aunque lo intente, no puedo evitar pensar en nada de eso.

Vistiendo solo una camisola ligera, siento la brisa nocturna acariciar mi piel mientras salgo silenciosamente de la habitación. La mansión de Demétrios es enorme y sus jardines, incluso de noche, tienen un encanto propio. Camino por los pasillos hasta llegar a la puerta que conduce al jardín.

Al abrir la puerta, soy envuelta por el aire fresco de la noche. La luna ilumina suavemente el camino de piedra que lleva al centro del jardín; la serenidad del lugar contrasta con la agitación que siento dentro de mí.

¿Por qué no puedo dejar de pensar en Demétrios? ¿Qué está haciendo este hombre conmigo?

Encuentro un banco de piedra en el centro del jardín y me siento, mirando el cielo estrellado. Las hojas de los árboles susurran suavemente, como si intentaran calmarme. Me siento agradecida por la tranquilidad que el jardín proporciona, un refugio temporal para mi mente turbada.

Mientras estoy absorta en mis pensamientos, escucho pasos suaves acercándose. Mi corazón se acelera cuando percibo la presencia de Demétrios emergiendo de las sombras del jardín.

¿Será esto un sueño de nuevo? No... no puede ser posible.

Su mirada seria, iluminada por la luz lunar, encuentra la mía, y un silencio intenso se cierne entre nosotros, como si la oscuridad de la noche nos permitiera mirarnos así.

— ¿No puedes dormir? — su voz profunda rompe el silencio, enviando un escalofrío por mi espalda.

Asiento ligeramente con la cabeza, encontrando sus penetrantes ojos fijos en mí. Vacilante, intento disimular la turbulencia que me consume.

— Supongo que sí. No encuentro paz para descansar — respondo, tratando de mantener la normalidad en mi voz a pesar de la inquietud que Demétrios despierta en mí.

Se acerca, eligiendo el banco junto a mí, pero manteniendo una distancia respetuosa. Su mirada busca la mía, como si pudiera leer los pensamientos que no me atrevo a compartir.

— Días tumultuosos, ¿verdad? — comenta, más para sí mismo que para mí.

Asiento, incapaz de apartar mi mirada del rostro esculpido que resalta bajo la luz de la luna. La cercanía de él amplifica la tensión en el aire, e involuntariamente, mi respiración se vuelve más rápida.

— Ha sido genial tenerte por aquí, Elora. — dice después de un tiempo en silencio. — Lili parece adorarte.

— Y yo a ella. Lili se ganó mi corazón desde la primera vez que me sonrió.

Demétrios me mira y simplemente sonríe. Una sonrisa que me está dedicando a mí, haciendo que mi corazón quiera salir disparado del pecho. La noche parece más silenciosa, casi como si el mundo estuviera conteniendo la respiración a nuestro alrededor. La presencia de Demétrios a mi lado es como una electricidad en el aire, una corriente que puedo sentir, pero no puedo comprender completamente.

— A mí también me agradas. — murmura, sus ojos buscando los míos, y una expresión indescifrable cruza su rostro.

Aparto la mirada, sintiéndome expuesta bajo ese intenso escrutinio. El silencio vuelve, y la serenidad del jardín parece ser interrumpida solo por nuestros suspiros.

El silencio entre nosotros se vuelve casi ensordecedor, y la tensión en el aire alcanza un punto casi palpable. Siento que mi corazón late aún más rápido, y la cercanía de Demétrios solo intensifica esa sensación. Intento apartar la mirada, pero sus penetrantes ojos continúan clavados en los míos, como si quisieran desentrañar secretos ocultos.

De repente, me doy cuenta de que la atmósfera se ha vuelto demasiado cargada, y mi inquietud alcanza su límite.

La última vez que estuve tan cerca de él de esta manera, nos besamos; fui lo suficientemente atrevida como para acercar mis labios primero a los suyos, y de nuevo siento esa compulsión, pero no puedo... no seré rechazada por él de nuevo. Decido que necesito salir de este momento, escapar de esta electricidad que parece zumb ar entre nosotros. Me levanto bruscamente del banco, sintiéndome un poco mareada.

— Yo... necesito aire. Lo siento. — Mi voz sale temblorosa, y doy unos pasos hacia atrás, alejándome del banco y de la intensidad de la mirada de Demétrios.

Antes de que pueda dar otro paso hacia la puerta, siento su firme mano envolver mi muñeca delicadamente. Mis ojos se abren con sorpresa, y cuando vuelvo mi rostro para mirarlo, él está de pie, mirándome con una expresión indescifrable.

— Elora... — Murmura mi nombre, y su voz grave resuena en el silencio de la noche.

De repente, me atrae suavemente hacia él, y antes de que tenga tiempo de reaccionar, choco contra su pecho sólido. La proximidad repentina hace que mi corazón se acelere, y siento el calor de su presencia envolviéndome, calentándome, adormeciéndome...

— Demétrios, yo... — Intento articular alguna frase, pero mis palabras quedan atrapadas en mi garganta. Su contacto es eléctrico, y mi mente está nublada por la confusión.

Sus ojos encuentran los míos nuevamente, y ahora puedo ver una llama intensa en ellos. Una llama que parece quemar cualquier resistencia que pueda tener. Antes de que pueda procesar completamente lo que está sucediendo, inclina la cabeza hacia mí, acercándose peligrosamente.

— ¿Por qué quieres huir de mí?

La adrenalina recorre mis venas, y, por impulso, intento alejarme, pero Demétrios sujeta mi rostro con ambas manos, impidiéndome escapar. La intensidad del momento alcanza su punto máximo, y siento que estoy a punto de desmoronarme.

— Elora... — Vuelve a susurrar mi nombre, pero esta vez es casi una petición, una súplica.

El tiempo parece congelarse mientras nuestros ojos se encuentran. Estoy al borde de una decisión, entre retroceder y rendirme a la corriente de este momento irresistible. Mi corazón martillea en mi pecho, y mi respiración parece haber sido robada por el mismo aire que Demétrios respira. Su aliento cálido roza suavemente mi piel, y cada célula de mi cuerpo parece estar alerta, como si estuviera sintonizada con el ritmo acelerado de mi corazón.

Su tacto es firme, pero a la vez gentil, como si supiera que está tratando con algo precioso. Siento sus manos en mi rostro, y su calor es un contraste delicioso con la brisa nocturna que me rodea. Su piel es suave, y la proximidad me hace percibir incluso la más mínima variación de temperatura.

Me pierdo en la cercanía de los labios de Demétrios, cuestionando la lógica, pero cediendo a la irresistible atracción. A pocos centímetros de lo inevitable, mi cuerpo vibra con una mezcla de nerviosismo y anticipación. Siento que cada fibra de mi ser desea que él me tome, que me bese, que sacie esta sed que hay en mí y que solo él puede saciar.

— Si hago esto, Elora... si te beso de nuevo, no habrá vuelta atrás. Serás mía. — Dice, con el calor de sus labios contra los míos.

— Bésame, Demétrios. — Susurro, y veo sus intensos ojos color océano fijos en mis labios con una intensidad que nunca antes había visto en alguien, con un deseo que me hace jadear solo de presenciarlo.

El momento parece alargarse, como si estuviéramos suspendidos en un espacio donde las reglas del tiempo no se aplican. La respiración de Demétrios se mezcla con la mía, creando una sinfonía única en el silencio de la noche.

El suave roce de los labios de Demétrios con los míos hace que el mundo a nuestro alrededor desaparezca. Una corriente eléctrica recorre mi cuerpo, cada centímetro de mi piel responde a este contacto arrebatador. Es como si su beso fuera la respuesta a la agitación que me consumía.

Sus labios son suaves, pero firmes, y la presión del beso es un equilibrio perfecto entre ternura y deseo. Mis manos encuentran instintivamente el calor de su pecho, aferrándose a la camisa que separa nuestros cuerpos. Demétrios responde intensificando el beso, sumergiéndose aún más en la profundidad del momento.

Cada movimiento, cada respiración compartida, parece crear un vínculo invisible entre nosotros. Mis piernas amenazan con ceder, y él, percibiendo mi vulnerabilidad, me rodea con sus fuertes brazos, convirtiéndose en mi punto de apoyo.

Su sabor es exquisito.

Tu fragancia es tan deliciosa.

Estoy perdida... perdida en los brazos de Demétrios.

El beso se intensifica, nuestra respiración comienza a descontrolarse. El calor recorre todo mi cuerpo, como si hubiera sido incendiado. Juego con la lengua de Demétrios con una confianza que ni siquiera sabía que tenía; él suspira deliciosamente contra mí, aumentando aún más mi excitación. El beso comenzó suave, ahora parece completamente eufórico, sediento y ardiente.

— Debemos parar, Elora. — dice entre besos, jadeante. — Si no, no podré detenerme con solo un beso.

— No... no puedes detenerte ahora. — digo, atrayéndolo hacia mí.

Demétrios abre una sonrisa traviesa cuando lo empujo hacia el banco en el que estábamos sentados y me siento sobre él.

— Eres realmente terrible, Elora. — dice al sostener mi cintura con una presión deliciosa.

Abro una sonrisa pícara y me acomodo sobre su regazo, viendo cómo aprieta su mandíbula.

— No hagas eso, Elora. — advierte en un susurro.

— ¿Por qué? ¿No te gusta? — pregunto, moviéndome un poco más.

Veo a Demétrios cerrar los ojos mientras sigo moviéndome sobre él. Su excitación es tan evidente debajo de mí, rozando y provocando una deliciosa ola de placer. Parece tan entumecido como yo en ese momento. Siento cómo agarra mi cabello, haciendo que mis labios vuelvan a encontrarse con los suyos, y esta vez parece estar completamente dominado por la lujuria.

— No tienes ni idea de cuánto deseo esto, Elora. Cuánto he deseado que hicieras exactamente lo que estás haciendo. — su voz ronca resuena contra mí. — Pero no será así como hagamos las cosas. — termina de hablar y me levanta de su regazo como si fuera una pluma, dejándome en el banco a su lado.

— ¿Qué quieres decir... no entiendo? — pregunto aturdida por la situación.

Demétrios se levanta, y puedo ver su excitación pulsando a través de su pantalón de chándal, un bulto completamente enorme, debo decir. Pero aún así, tomado por el deseo, parece completamente en control de sus movimientos.

— Te haré mía, Elora. Pero cuando eso suceda, no será en el jardín de una noche cualquiera... será de la manera correcta, como tú mereces. — dice y da unos pasos. — Hoy, intenta dormir, y prepárate, porque mañana te llevaré a un lugar especial.

Demétrios termina de hablar, con un tono deliciosamente autoritario y sexy, y luego se aleja de mi campo de visión, dejándome completamente aturdida y aún más excitada con su demostración de autocontrol.

Pero, ¿qué más podría esperar de un hombre como Demétrios?

CAPÍTULO 22

Demétrios

Mi cuerpo está electrizado, palpitando con una urgencia que apenas puedo contener. Subo las escaleras con pasos rápidos, sintiendo mi corazón latir descontrolado en el pecho. Cada escalón parece una eternidad, y la imagen de Elora, aturdida y deseosa, permanece grabada en mi mente.

Hace unos minutos, cuando la vi desde mi ventana yendo al jardín, tan rápido como eso, decidí.

Decidí que la quería para mí.

No podía racionalizar cómo o por qué alguien en tan poco tiempo me había arrebatado de esta manera. No se trata de la belleza de Elora, aunque sea exuberante, ni siquiera por el calor y la lujuria que ella provoca en mí. La quería mucho antes de besarla, mucho antes que cualquier otra cosa. Fue su esencia la que me conquistó, fue su aura brillante, su determinación e incluso su insolencia. Hay algo en Elora, que realmente no sabría decir qué es, que encaja perfectamente conmigo. Como si ambos anheláramos uno al otro desde que nos vimos.

Y después de besarla, después de sentirla... eso fue lo más intenso que he sentido en mi vida, y fue completamente imposible de olvidar. Y ahora la he probado de nuevo y es como si, de alguna manera, fuera incluso mejor.

Qué sabor tan delicioso tiene, su aroma está impregnado en mí...

Llego a la cima de las escaleras y entro en mi habitación, aún tomado por la excitación que ella me provocó. Mis manos tiemblan ligeramente al quitarme la camisa, mientras mi mente está llena de pensamientos completamente inapropiados, todos involucrando a Elora, debajo de mí.

Entro en el baño, con el agua fría ya corriendo en la ducha. Dejo caer la ropa al suelo, revelando un cuerpo listo para liberar la tensión acumulada. El agua fría golpea mi piel, y cierro los ojos, recordando el momento en que sostuve a Elora en mis brazos.

Mientras el agua cae sobre mí, me permito sumergirme en los pensamientos sensuales que dominan mi mente. Mis manos exploran mi cuerpo, siguiendo el ritmo frenético de mi corazón. No recuerdo la última vez que necesité aliviarme tan rápidamente, ni siquiera si eso sucedió alguna vez, pero solo al recordar a Elora sobre mi regazo, moviéndose para mí... maldición, ¡ella me vuelve loco!

Es precisamente cuando escucho la puerta del baño abrirse y mis ojos se encuentran con el cuerpo completamente desnudo de Elora, excepto por su ropa interior roja que aún lleva puesta, de pie en la puerta de la ducha, ni siquiera el agua fría sería capaz de contener la fuerza de la excitación que rápidamente se intensificó al verla de esa manera, exhibiéndose

completamente para mí.

— ¿Qué...? — antes de que pudiera terminar, siento el dedo de Elora tocar mis labios.

— Shhhh, puedes ser un juez mandón, que dicta reglas por ahí. Pero entre nosotros dos será diferente.

Elora se acerca mientras el único ruido presente es el del agua y mi respiración completamente descontrolada al observarla agacharse y quitarse la última prenda que me impedía verla por completo.

— Maldición, Elora. — digo, casi como una súplica.

— Puedes tener mucho autocontrol, Demétrios, pero yo no tengo ninguno y nunca he sido paciente para nada.

Elora dice mientras entrelaza sus brazos en mi cuello y deja que el agua de la ducha nos moje a ambos.

— Elora...

— No digas nada, ni intentes resistirte a esto, sé que al igual que yo, has estado deseando este momento.

Intento articular palabras, pero la cercanía de Elora y la intensidad del momento hacen que cualquier intento de resistencia sea inútil. Sus labios están tan cerca de los míos, a punto de tocarse con un leve titubeo. Siento la suavidad de su piel mojada por el agua de la ducha, y el calor que emana de ella parece coincidir con la creciente intensidad entre nosotros.

Sin esperar más, me dejo llevar por el deseo reprimido que compartimos. Mis labios encuentran los suyos en un beso ardiente, como si estuviéramos liberando toda la tensión acumulada.

Su cuerpo suave y mojado contra el mío, el sabor adictivo de su boca me hace intensificar el beso y la giro, lanzándola contra la pared y viendo una sonrisa deliciosamente maliciosa surgir en su rostro tan angelical.

— Hazme tuya, Demétrios. De la manera que desees, como quieras... — dice con un tono de voz ansioso.

La giro abruptamente de espaldas y presiono mi excitación palpitante contra su cuerpo, haciéndola gemir.

— No me provoques de esta manera o no podré controlarme, Elora. — susurro en su oído y la siento estremecerse.

— No pedí control, quiero que estés completamente libre de él. — dice al arquear su espalda y rozar contra mí, haciendo que gruña de deseo.

Elora gime suavemente al seguir frotándose contra mí, y su gemido es el sonido más

excitante que he escuchado en mi vida. Resistir a Elora requiere más energía de la que jamás imaginé.

Al diablo con el control.

Subo mis manos desde su cintura y las apoyo en sus senos redondos y voluminosos, siento, incluso con el agua fría corriendo entre ellos, ambos pezones duros y definidos de Elora revelando su excitación. Ella se gira con precisión y hace que sus senos rocen mi pecho, arqueando ligeramente la cabeza mientras una sonrisa deliciosamente traviesa adorna su rostro.

— Quiero que me quites la virginidad, ahora mismo, aquí. — murmura deseosa.

Elora es virgen.

¡Por supuesto que lo es!

Me alejo ligeramente de su cuerpo, recuperando el control que pensé haber perdido. Y antes de que pueda soltar cualquier queja, la sujeto firmemente, la levanto y la saco de la ducha para depositarla rápidamente en mi cama.

Elora está completamente mojada y desnuda, sobre mi cama llena de deseo, suplicando que la posea, y solo esa visión es suficiente para que piense en tirarlo todo por la borda y enterrarme en ella de una vez, pero en lugar de eso, me arrodillo frente a ella. Se acomoda en la cama y puedo ver cómo muerde su labio inferior con intensidad. Cojo sus piernas y las coloco sobre mis hombros, acomodándola para hacer lo que he deseado durante días. Acerco mis labios a sus muslos y la veo arquearse ligeramente y suspirar alto, deslizo mis labios húmedos hasta llegar entre sus piernas, en el centro de su placer. Lambo despacio a Elora y la veo gemir suavemente retorciéndose de deseo, lo que enciende aún más mi cuerpo y siento mi miembro palpitar. Comienzo a lamerla, separando sus tejidos sensibles, y sus caderas se mueven de placer y los susurros altos de Elora me hacen desear que este momento nunca termine.

Ella es deliciosa, y se está derramando para mí.

Mi lengua baila en su clítoris excitado y duro y la veo enterrar su cabeza en la almohada.

— Demétrios... — susurra suplicante.

Deslizo mis dedos en su entrada completamente húmeda y la veo sorprenderse con mi toque y parecer aún más perdida de placer. Sus mejillas están sonrojadas como si toda su sangre estuviera en su cabeza y está jadeante.

— Quiero más... — vuelve a suplicar.

Introduzco dos dedos en Elora y la veo arquearse y gemir alto de placer, lo que me enloquece. Vuelvo mi lengua a su clítoris sobreestimulado y comienzo a hacer movimientos rítmicos con mis dedos dentro de ella, y no pasa mucho tiempo antes de verla retorcerse por completo, apretándome entre sus piernas y gimiendo alto alcanzando su delicioso clímax.

La lamo de nuevo solo para grabar una vez más su sabor en mí y me posiciono sobre ella. Elora está con los ojos cerrados, perdida en el placer cuando susurro en su oído:

— Puedes ser obstinada, Elora, y pensar que puedes hacer lo que quieras, pero hoy solo tendrás esto de mí.

Ella abre los ojos y muerde ligeramente sus labios, me mira con una lujuria tan intensa que casi me hace retractarme de las palabras que acabo de decir, y luego me toca la cara y me besa sensualmente.

— Si llamas a esto "solo", me imagino cuando tenga todo. — dice al sonreír con atrevimiento.

Elora... cielos. Ella me vuelve loco.

CAPÍTULO 23

Elora

— ¿Más café, señorita? — oigo la voz de Odette preguntar y rápidamente vuelvo a la realidad. Aparto la mirada de Demétrios, que está sentado frente a mí en el desayuno. Él sonríe mientras remueve la taza, como si supiera perfectamente la razón de mi distracción.

Mis dedos juegan nerviosamente con el borde de la taza, evitando cualquier contacto visual prolongado con Demétrios. Anoche, todo parecía un sueño, una ensoñación prohibida que ahora me deja atrapada entre la excitación y el temor.

Odette, que parece percibir más de lo que las palabras revelan, espera pacientemente mi respuesta mientras sostengo la taza. Asiento con la cabeza, intentando mantener la compostura, y murmuro un "Sí, por favor" con una sonrisa frágil.

¿Cómo puede estar tan tranquilamente normal?

Agradezco que Lili ya haya ido a la escuela, porque seguramente me preguntaría por qué mis mejillas están tan rojas, porque están ardiendo en mi rostro.

Odette se retira de la sala con una sonrisa discreta, dejándonos solos. La tensión se cierne en el aire mientras Demétrios se acerca, girando suavemente la silla hacia él. Siento que mi cuerpo reacciona instantáneamente a su proximidad, mi corazón acelerando ante la promesa que sus ojos transmitían.

Sus labios se curvan en una sonrisa, como si leyeran mis pensamientos, y antes de que pueda articular palabra alguna, él gentilmente lleva mi rostro hacia el suyo. La suavidad del roce de sus labios contra los míos es arrebatadora, como si una llama se hubiera encendido entre nosotros. Momentáneamente olvido todo a mi alrededor, entregándome al beso apasionado que se desarrolla.

— ¿Qué estás haciendo? — pregunto jadeante después de que sus labios se separan de los míos.

— ¿Qué más sería? Estoy aprovechando que estamos solos. — responde con una sonrisa seductora.

Demétrios vuelve a sentarse tranquilamente y consulta su celular.

— ¡Genial! — exclama.

— ¿Qué pasa? — pregunto aún volviendo a mi estado normal de ánimo después del beso.

— Tu audiencia ha sido programada, ¡para dentro de dos días! ¡Finalmente!

— ¿Esto es bueno?

— Claro, después de la audiencia probablemente ya tendrás acceso a tu herencia y Loretta será solo un recuerdo en tu vida.

— ¿Antes de que cumpla 21? — pregunto.

— Estamos a punto de que cumplas años y con el proceso en marcha, probablemente te liberen.

— Estás muy seguro para mi gusto.

— Confía en mí, Elora. — dice con una mirada tan intensa.

Solo puedo asentir.

— ¿Qué es eso? — Demétrios interrumpe nuestra conversación, frunciendo el ceño mientras dirige su mirada hacia la sala contigua.

Intento mantener la calma, disimulando mi nerviosismo.

— Ah, probablemente solo sea el viento o algo así. No debe ser nada importante. — Respondo con una expresión casual, pero por dentro estoy tensa, imaginando si ha notado mi vacilación.

Sin embargo, la curiosidad de Demétrios parece aguzada. Se levanta de la silla y se dirige hacia la sala. Lo sigo, esperando que no note la ansiedad en mis ojos.

Al entrar en la sala, nota de inmediato la pequeña cama improvisada en el rincón. Demétrios me mira con seriedad, sus ojos buscando una explicación para la situación.

— Elora, lo acordado era que nos quedáramos en una habitación cerrada, no en medio de la sala. ¿Qué está pasando aquí? — Su voz suena firme, revelando una mezcla de sorpresa y descontento.

— Yo... yo solo pensé que sería más apropiado aquí. Arriba estaban solos y había demasiadas ventanas, podrían terminar cayendo.

Demétrios cruza los brazos, evaluándome con una mirada perspicaz. Se ve guapo, incluso serio... tal vez incluso un poco más así.

— Vamos, déjalos aquí, mira lo felices que parecen. — digo mirándolo con una sonrisa amable y lo veo bufar.

Si hubiera pedido, no habrían hecho nada más perfecto de lo que están haciendo. Peluche y Café están jugando uno con el otro y con una pelota, sus patitas rápidas lanzan la pelota de un lado a otro. Ruedan por la sala, persiguiéndola frenéticamente, Peluche parece el más rápido, pero Café parece el más astuto al atrapar la pelota detrás del sofá y lanzarla a su hermanito. Sería imposible resistirse a esta escena.

— ¡Debes dejar de hacer eso! — dice ligeramente irritado.

— ¿Hacer qué?

— Sonreírme y convencerme de hacer lo que quieres.

— ¿Y por qué debería parar?

— ¡Porque eso es injusto!

Encogí los hombros y me acerqué a él, depositando un beso en la punta de su nariz y dije:

— Entonces estamos de acuerdo, los gatitos se quedan en la sala.

Él entrecierra levemente los ojos y me mira con esos profundos ojos de océano antes de decir:

— Está bien. — Finalmente cede, y yo suspiro aliviada.

Mis ojos vagan por la sala, hasta que algo llama mi atención sobre la mesa de centro. Un periódico está allí, medio doblado y pareciendo un poco fuera de lugar. Curiosa, me acerco y lo cojo, desdoblándolo para echar un vistazo.

— Creo que eres la única persona en el mundo que aún lee esto.

— Elora... — Demétrios dice con recelo mientras abro y me encuentro con la noticia en primera plana.

"Escándalo en la Élite Empresarial: Heredera de Imperio Vitivinícola a Punto de Reclamar Fortuna"

— No me gustaría que hubieras visto esto. — él completa la frase. — Esos buitres descubren las cosas a la velocidad de la luz.

— ¡No es eso!

Mi atención es capturada por una noticia pequeña, casi escondida, anunciando la muerte de un joven jardinero en el internado de Francia. Mi corazón se aprieta al leer los detalles sobre el trágico incidente. "Joven Jardinero Desaparecido es Dado por Muerto: Circunstancias Misteriosas Despiertan Preguntas. Familia Gorbachev de la élite americana fue citada en el caso."

— Demétrios, mira esto. — Llamo su atención hacia el periódico, señalando la noticia. Él se acerca y lee en silencio, su expresión cambiando gradualmente a una mezcla de sorpresa y preocupación.

— ¿Gorbachev? ¿Los mismos por los que fuiste detenida?

Asiento con la cabeza.

— Oh, cielos... Olivia. — mis ojos se llenan de lágrimas.

— ¿Quién era ese jardinero?

— Padre del hijo de mi amiga, Olivia. La dejé sola allí y ellos hicieron esto.

— Ellos, ¿quiénes, Elora?

— ¡Los Gorbachev! Ellos mataron a Claude.

Demétrios entrecierra los ojos, confundido.

— Eso es una acusación muy grave, Elora. ¿De qué estás hablando? Explícame mejor.

— Olivia quedó embarazada de Claude, y sus padres nunca aceptarían que ella se quedara con él o aceptarían su embarazo, porque sería un escándalo. Entonces decidimos enviar una carta, fingiendo que la noticia ya se había difundido y pidiendo dinero a los padres de ella a cambio de silencio. Seguramente se adelantarían y anunciarían el embarazo de Olivia para que el escándalo fuera contenido.

— La nota que llevabas ese día... — él dice juntando los hechos.

— Exactamente. Pero algo sucedió, algo terrible sucedió en el ínterin. — mis ojos comienzan a lagrimear y el desespero me invade. — Necesito volver, Demétrios, necesito ir al Mademoiselle Valois.

— Tu audiencia es en dos días, Elora, solo el tiempo de vuelo...

— No me importa, necesito ver a Olivia, necesito ayudarla.

Demétrios solo asiente.

— Voy a organizar el jet. — él dice mientras coge su celular. — Prepárate.

❀

El estruendo de los motores del jet resuena a mi alrededor mientras Demétrios, con su eficiencia característica, acelera todos los preparativos en tiempo récord. Siento una mezcla de ansiedad y determinación consumiéndome. Mis pensamientos están con Olivia, con lo que pudo haber pasado en ese internado.

Las nubes afuera parecen reflejar mi torbellino interno, oscuras e imprevisibles. No puedo permitir que le pase nada a mi amiga, no después de todo lo que hemos pasado juntas.

— Elora, estamos listos para el despegue. — La voz de Demétrios me saca momentáneamente de mis divagaciones. Me mira con preocupación, como si pudiera sentir el peso emocional que llevo.

Asiento con determinación, apretando con fuerza el colgante que me dio Olivia. El jet gana altura rápidamente, cortando los cielos con una velocidad impresionante. Mis pensamientos

comienzan a divagar mientras miro por la ventana. ¿Serían capaces los padres de Olivia de matar al joven Claude? ¿Por qué lo harían? ¿Y por qué fue dado por muerto? ¿Estaría desaparecido? ¿Y por qué Olivia no me llamó? Son tantas preguntas...

Demétrios parece percibir mi agonía y extiende su brazo para tocar mi mano. Su mirada es solidaria, y sus palabras son reconfortantes.

— Llegaremos pronto, Elora. Haremos todo lo posible para ayudar a tu amiga y entender lo que sucedió. No permitiremos que queden impunes.

Asiento, agradecida por tener a alguien como Demétrios a mi lado. Mis pensamientos están todos enredados, pero sé que necesito mantenerme enfocada. Con cada minuto que pasa, siento el peso de la responsabilidad aumentando, pero sé que no puedo dejar que mis sentimientos interfieran; necesito ser fuerte por Olivia.

CAPÍTULO 24

Elora

El avión aterriza con un ligero sobresalto, devolviéndome a la realidad. Salimos apresuradamente de la aeronave y, con Demétrios a mi lado, corremos hacia el internado. El lugar donde viví durante tantos años, y que probablemente alberga mis mejores recuerdos, ahora me causa cierto escalofrío. No por el lugar en sí, sino por lo que me espera; temo por Olivia.

Al entrar en el lugar, el olor familiar a incienso y el eco de los pasos en el pasillo me reconfortan momentáneamente. La Madre Superiora, a quien considero casi como una madre, aparece frente a mí. Sus ojos amables revelan una preocupación genuina.

— Elora, querida, ¿qué te trae de vuelta tan repentinamente? — pregunta, extendiendo las manos para reconfortarme.

— Hola, Madre. ¿Cómo está? — pregunto, saludándola con respeto, aunque mi ansiedad quiera saltar directamente a las preguntas sobre Olivia.

— Estoy bien, niña, pero dime ¿qué te trae aquí?

— Me gustaría ver a Olivia, Madre. ¿Dónde está ella?

Veo que las facciones de su rostro cambian ligeramente, y eso me parece casi como una señal de algo terrible.

— Mi querida, temo que has llegado demasiado tarde. Los padres de Olivia vinieron a buscarla hace unos días. Parecían preocupados y apurados, mencionaron algo sobre problemas familiares que necesitaban resolver de inmediato.

Mi corazón se hunde. Toda mi determinación se derrumba ante esta revelación.

— ¡Pero ella no podía haberse ido! ¡No podía haberse ido sin decírmelo! — Exclamo, con las lágrimas empezando a acumularse en mis ojos.

La Madre Superiora me envuelve en un abrazo reconfortante.

— Elora, querida, desafortunadamente son sus padres. No podíamos detenerlos. Alegaron que era por su seguridad. Intenté argumentar, pero...

Escucho sus palabras pero tienen poco sentido para mí, la angustia es insoportable. Olivia se ha ido, llevada por sus propios padres. Empiezo a sentirme impotente.

Demétrios pone su mano en mi hombro, solidario. La Madre Superiora sigue hablando, tratando de encontrar palabras de consuelo, pero apenas escucho. Mis pensamientos están con

Olivia, perdida en medio de una tormenta que ahora parece imparable.

— Llévame a la mansión de los Gorbachev, Demétrios. — digo, volviendo en mí y mirándolo.

— ¿Qué estás pensando en hacer, Elora?

— Por favor, llévame justo allí, confía en mí.

Demetrios simplemente asiente.

— Vamos. —dice él.

Hay algo en su apoyo que me hace sentir aún más fuerte. Siempre he sido una mujer fuerte que ha librado sus propias batallas, pero nunca he sentido esto que siento cuando Demetrios está a mi lado, este apoyo tan genuino. Él no me cuestiona, solo confía en mí.

Me despido rápidamente de la madre que me ofrece su bendición y besa cariñosamente mi frente.

— Ve con Dios, niña. —dice mientras agita la mano.

Siento la furia impregnar cada uno de mis movimientos mientras doy pasos largos hacia afuera. ¡Voy a salvar a Olivia, incluso si tengo que prender fuego a todo ese lugar!

— ¿Y cómo sabes que estarán en la casa que tienen aquí en el pueblo? —me pregunta Demetrios mientras entramos al coche.

— Es solo una suposición. No creo que volverían a los Estados Unidos, aquí es mucho más recluso y lejos del centro de los chismes.

— ¿Y cuál es el plan? ¿No estás pensando en saltar la cerca o algo así, verdad Elora? — pregunta, ligeramente desconfiado.

— No puedo decir que no haya pensado en eso. —digo, viéndolo levantar ligeramente una ceja desconfiada. — Pero no es lo que haré. La familia de Olivia tiene cierto... —digo, deteniéndome para pensar en lo que realmente es. — ... Aprecio por mi amistad con Olivia. Siempre pensaron que nuestra amistad sería beneficiosa para Olivia en el futuro.

— Eso hasta que rayaste su auto... —recuerda Demetrios y revuelvo ligeramente los ojos.

— Sí, eso pasó, pero sé ser persuasiva cuando quiero.

— ¿Los vas a amenazar?

— ¡No! ¿Por qué crees que soy tan agresiva?

— Bueno, la última vez terminaste en la cárcel, necesitas entenderme. —dice exasperado.

— No haré nada agresivo. Al contrario, hay mucho en juego... necesito ser lo más

cautelosa posible para poder hablar con Olivia, de lo contrario, podrían impedirme verla y no es lo que quiero. Necesito hablar con ella, abrazarla... confortarla.

— Eres una buena amiga, Elora.

— Ella también lo es... y me necesita.

No pasa mucho tiempo antes de que lleguemos frente a la mansión de los Gorbachev y la ama de llaves de la casa, Madeleine, nos recibe. Nos recibe con una sonrisa educada, sus ojos revelan un conocimiento tácito sobre la situación. Madeleine nos lleva a la sala de estar elegantemente decorada, donde los retratos de la familia Gorbachev adornan las paredes. Siento cómo mi estómago se revuelve ante la ostentación que siempre ha rodeado la vida de Olivia.

— Buenas tardes, señora Gorbachev. —saludo, intentando mantener la compostura a pesar de la tormenta de emociones que me embarga.

La señora Gorbachev, madre de Olivia, es una mujer que irradia presencia, aunque en su cabeza solo haya viento. Está sentada en un lujoso sillón. No puedo descifrar su mirada cuando se encuentra con la mía, y por un breve momento, podría jurar que veo un destello de preocupación en sus ojos.

— Elora, no esperaba verte aquí. Demétrios, supongo que estás aquí como apoyo moral para nuestra querida amiga. — dice ella, su voz fría como el mármol.

— ¿Os conocéis? — pregunto girándome hacia Demétrios.

— El círculo social de la élite no es tan grande, Elora. — responde él.

— Por favor, tomad asiento. ¿Os apetece algo de beber? — dice Guilhermina.

Nos sentamos en uno de los sofás frente a ella y la veo mirarme de manera amable y educada, como si no hubiera rayado su coche favorito de arriba abajo hace algún tiempo. Hay algo irritantemente bueno en las formas de estas personas extremadamente ricas, no son combativas y en esta situación es realmente bueno que ella no lo sea. Voy a seguir su juego.

— Qué brazalete tan hermoso, señora Guilhermina, ¿dónde lo compraste? — pregunto fingiendo interés y veo a Demétrios mirarme de reojo y una leve sonrisa asomar en sus labios.

— ¡Oh, qué excelente ojo, Elora! — responde ella feliz. — Es un hallazgo, lo compré en uno de mis viajes a Egipto y perteneció a Cleopatra en persona.

— ¡No lo puedo creer! — respondo con la voz ligeramente aguda. — ¿Puedo verlo más de cerca?

— Claro, mi querida. Ven... — me llama con las manos y me acerco y contemplo el objeto como si fuera divino y veo el orgullo casi tomar formas físicas en Guilhermina. — ¡Es aún más hermoso de cerca! — digo, quizás en mi mejor actuación.

— ¡Eres realmente adorable, Elora! — dice ella con una sonrisa orgullosa. — Desearía

que Olivia tuviera tan buen gusto como el tuyo.

Ahí está la brecha que esperaba.

— Con el tiempo lo adquirirá, seguramente. — digo y la veo asentir. — Y dime, ¿dónde está ella?

— Encerrada en su habitación como siempre. — responde ella al rodar ligeramente los ojos. — Y ahora con tu gra... — carraspea ligeramente y mira a Demétrios. — ...indisposición, parece aún más reclusa.

— Debe ser realmente difícil para ti, Guilhermina... lo siento mucho. Tal vez si hablara con ella por unos minutos podría intentar meter algo de sentido en su cabecita.

— Oh, sería excelente, ¿lo harías? Realmente necesita escuchar a alguien más maduro que ella. Yo ya lo intenté, pero la atrevida no me hace caso.

— Claro que lo haría. Déjamelo a mí, iré ahora mismo... ¿es la primera habitación del pasillo, verdad? — digo al levantarme y verla asentir.

— Así es, querida.

Doy unos pasos alejándome del sofá y miro brevemente a Demétrios, que me mira con una mirada que fácilmente diría "No me dejes solo con ella", pero simplemente encogí los hombros levemente continuando mi camino.

— Y tú, Nikopoulos... ¿cómo está tu madre? Esa ingrata nunca me ha vuelto a visitar.

Es lo último que escucho antes de apresurar el paso y subir las escaleras para buscar a Olivia.

Pobrecito.

No pasa mucho tiempo hasta que llego frente a la puerta de Liv y llamo, esperando una respuesta que tarda en llegar. El silencio es incómodo, pero insisto golpeando nuevamente.

La voz de ella, aunque amortiguada, responde desde el otro lado de la puerta.

— No quiero ver a nadie ahora, mamá. Por favor, déjame sola.

Respiro hondo y empujo suavemente la puerta, que se abre lentamente, revelando a Olivia con los ojos hinchados y el rostro pálido.

— ¿Ni siquiera yo?

Los ojos de Olivia se iluminan y ella se apresura a recibirme con un abrazo apretado y cálido.

— Elora, yo... yo no esperaba verte. ¿Qué haces aquí?

— ¿Crees que te dejaría sola, Liv? —digo y veo cómo sus ojos bajan y la luz en ellos se desvanece de nuevo.

— Entonces ya lo sabes... —dice ella.

— ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no me llamaste?

— Mi padre restringió mi acceso al móvil, dijo que sería más seguro.

— ¿Seguro? ¿De qué estás hablando, Liv?

La veo suspirar profundamente y sentarse de nuevo en la cama, y la sigo, sentándome a su lado.

— Son tantas cosas, ni siquiera sabría por dónde empezar.

— ¡Empieza desde el principio entonces! Pero empieza pronto porque me estás preocupando... —digo exasperada.

— Está bien, pero prométeme que no se lo contarás a Demétrios.

— ¿Por qué crees que lo haría? —digo y me sonrojo ligeramente al recordarlo.

— Porque estás viviendo con él y... bueno, él es juez y su fama le precede.

— ¿Qué tiene que ver el ser juez con esto, Liv?

— Seguramente no aprobará nada de lo que te diga ahora y por eso, necesito que seas discreta y no digas ni una palabra.

— Me estás asustando, Liv. —digo, preocupada.

— Solo prométemelo.

— Te lo prometo.

— Para empezar... Claude no está muerto. —dice ella y mis ojos se abren de par en par con la noticia.

— Pero en el periódico...

— ¡Olvídate de lo que viste en el periódico! Todo eso fue manipulado. Él está escondido, y a salvo.

— ¿Qué está pasando, Olivia?

— Al igual que tú, aún estoy asimilando todo lo que acabo de descubrir...

— ¿Y qué has descubierto?

— Que mi familia forma parte de la mafia rusa.

— ¿Qué? —pregunto levantándome abruptamente, exasperada.

— Y me han comprometido con un mafioso de alto rango.

Olivia pronuncia cada una de las palabras de manera apática, como si no significaran realmente lo que significan, como si estuviera completamente mortificada.

— ¿Y qué tiene que ver Claude con esto? — pregunto, sin poder procesar realmente sus últimas palabras.

— Todo, él es el mayor obstáculo en todo este plan. Cuando envié la carta, esa que habíamos acordado, y mis padres la recibieron, rápidamente me sacaron del Mademoiselle Valois, porque, como tú imaginaste, descubrieron que la información sobre mi embarazo se había filtrado. Pero en lugar de anunciar mi embarazo, me contaron por qué eso sería peligroso para mí y también para Claude.

— ¿Fue entonces cuando desaparecieron con él?

Liv asiente, aún apática.

— Mi padre dijo que era mejor que Claude desapareciera, y que él podría asegurarse de que estuviera seguro, pero lejos, de lo contrario...

— ¿De lo contrario, qué?

— De lo contrario, Mikhail Ivanov lo mataría personalmente por codiciar a una mujer que él presume suya.

— ¡Dios santo! — digo, llevándome ambas manos a los labios.

Olivia se levanta de la cama, moviéndose con una lentitud que delata el peso de las revelaciones que acaba de compartir. Sus pasos la llevan hasta la ventana, donde se queda parada, mirando hacia afuera sin realmente ver. Siento un nudo formarse en mi estómago mientras la observo.

— No lo sabía, Elora. No tenía idea de quiénes eran realmente mis padres. Pensé que venían de un pasado complicado, pero nunca imaginé que estuviéramos involucrados con la mafia rusa. — Su voz suena vacía, como si la realidad aún no hubiera asentado completamente en su mente.

Me mantengo en silencio por un momento, procesando la enormidad de la situación. Cada una de las informaciones que acaba de decir flota en el aire, creando una atmósfera sofocante en la habitación. Quisiera tener palabras para consolarla, quisiera simplemente poder hacerlo, pero nada de lo que pienso parece suficiente.

— Liv, ¿estás diciendo que tus padres están dispuestos a entregarte a este hombre... por una alianza mafiosa? — mi voz suena incrédula.

— Ya me han entregado, Elora. — dice ella sin apartar la vista de la ventana. — Y tendré

que casarme con Mikhail Ivanov.

— ¡Estás loca! ¡No estás obligada a nada! — digo, acercándome a ella y viendo cómo finalmente me mira.

— Sí, lo estoy.

— ¡No, no lo estás!

— Si no obedezco a mis padres, le dirán a Mikhail que Claude está vivo y él lo matará.

— ¡Dios mío, han negociado con la vida de Claude!

Olivia asiente y veo algunas lágrimas empezar a rodar por sus mejillas.

— Liv... — son las únicas palabras que consigo pronunciar antes de abrazarla. — Sé que pensaremos en algo, sé que hay una solución para esto... Si hablo con Demétrios... sé que...

— ¡No! — dice ella incisivamente. — No hay nada que se pueda hacer.

— ¿Vas a renunciar a tu vida? ¿A tu felicidad? ¿Y tu bebé? — pregunto atónita.

— Sé que tendrá todo lo que necesita. Parte del acuerdo que hice con mis padres es que no le harán nada a mi bebé, que vivirá conmigo, y al parecer, Mikhail ha aceptado.

— Esto no está bien, Liv, no permitiré que te hagan esto.

— Sí lo harás. — dice ella al tomar mis manos. — Ya has hecho mucho por mí, y Dios sabe que no habría sobrevivido en aquel internado sin ti para defenderme, pero ahora... ahora tomo mis propias decisiones y he elegido la vida de Claude y no la pondré en riesgo.

— Pero... — intento decir, pero me interrumpe.

— Pero nada, Elora. Cualquier plan que puedas urdir, y sé que podrías, porque eres la mente más ingeniosa que conozco, podría salir mal y no puedo arriesgarme. He tomado las riendas de mi vida, y aunque sea para casarme con un completo desconocido, un maldito, un criminal... aún así seré fuerte, seré firme y dirigiré mi vida. Al menos saldré de esta casa, de esta red asquerosa de mentiras que me rodea. — dice Liv con una mirada fuerte y decidida que nunca había visto en su rostro y, de alguna manera extraña, presiento que algo realmente ha cambiado en ella.

— ¿Nunca más estarás con Claude? — pregunto entristecida.

— El futuro pertenece a Dios, Elora. Pero por ahora, estoy feliz de que esté vivo.

— ¿Cuándo te volviste tan madura? — pregunto orgullosa, incluso en medio de la situación.

— Tuve a quién aprender. — confiesa, y siento una lágrima descender por mi mejilla.

— Oh Dios, te quiero tanto, Liv. — digo abrazándola fuerte. — No sé si seré capaz de soltarte.

— Estaré bien, te lo prometo. — dice al separarse y secar las lágrimas de mi rostro. — Y si no lo estoy, sé a quién recurrir.

— ¿Realmente no puedo disuadirte?

— No, ya he tomado mi decisión.

— ¿Y qué haré entonces? ¿Me quedaré mirando sin hacer nada?

— Respetarás mi decisión.

Respiro hondo, vaciando mis pulmones. Liv siempre ha sido como una hermana pequeña para mí y ahora la veo, incluso ante una situación tan terrible, sin derrumbarse, y aunque las circunstancias sean pésimas, me siento orgullosa de ella. Desafortunadamente, será difícil no involucrarme, pero debo respetarla.

— Ahora vete. Antes de que mi madre sospeche y mande a una criada a espiarnos.

— ¿Y cuándo te veré de nuevo?

— ¡Vamos, no voy a morir, Elora! Podrás visitarme cuando quieras... Ahora vete.

Liv dice al acompañarme hasta la puerta de su cuarto.

— Ya que no puedes acceder al móvil, ¡envíame cartas entonces!

— ¿Otra vez con esa cosa prehistórica de las cartas?

— Bueno, si es el único medio para hablar contigo, para mí está bien.

— Vale, las enviaré. Pero ¿a qué dirección?

— Envíalas al despacho de Demétrios, tu madre debería saber la dirección, y él me las reenviará. Te enviaré mi nueva dirección en cuanto la tenga.

— Va a ser difícil convencer a mi madre de eso.

— Déjalo en mis manos. — digo agitando la mano en el aire. — Ah... y antes de irme, dile que has aprendido mucho de nuestra conversación y que serás más madura a partir de ahora.

— ¿Qué? — pregunta Liv, confundida.

— No preguntes... solo dilo.

— Estás loca, Elora. — dice, sonriendo.

Me encojo de hombros levemente.

— Te quiero, Liv. Cuídate. — digo abrazándola una vez más.

— Yo también te quiero, y me cuidaré.

Bajamos las escaleras, Liv y yo, intentando mantener una expresión tranquila a pesar de la tormenta de emociones que nos envuelve. Al llegar al salón, nos encontramos con Guilhermina, aún inmersa en una conversación con Demétrios, quien aparentemente está deseando escapar de la interacción tediosa.

— ¡Ah, vosotras dos! — exclama Guilhermina al vernos. — Estábamos hablando sobre algunos detalles del evento benéfico del próximo mes. Demétrios, por favor, agenda una reunión para discutir esto con más profundidad.

Demétrios parece aliviado al vernos y se levanta rápidamente, y por su mirada, está listo para salir corriendo.

— ¿Cómo ha ido vuestra conversación, chicas? — pregunta, sus ojos perspicaces examinándonos atentamente.

Liv responde con una sonrisa forzada, intentando ocultar las emociones que están a flor de piel.

— Ha sido productiva, mamá. Elora me ha dado algunos consejos valiosos.

— Qué bien escuchar eso. — La mujer parece satisfecha y luego me mira. — Elora, eres una influencia positiva para Liv. Sigue así.

Agradezco con un gesto de cabeza, apreciando la habilidad de la madre de Liv para mantener las apariencias. Por dentro, sé que la realidad es mucho más compleja de lo que aparenta. Jamás podría haber imaginado que la familia Gorbachev tuviera algo que ver con algo tan oscuro.

— Bueno, tengo que irme, señora. Agradezco su hospitalidad. — digo, intentando sonar casual, aunque por dentro podría estrangularla en cualquier momento.

— Siempre serás bienvenida aquí, Elora. Y tú también, Demétrios, siempre es bueno tener un Nikopoulos entre nosotros. — dice mirando a Demétrios, que simplemente asiente levemente.

— Ah... casi lo olvidaba, mencioné a Liv que sería genial intercambiar cartas para que trabajara mejor su razonamiento, escritura y también su paciencia. Le sugerí eso, pero no le gustó mucho la idea. ¿Podrías ayudarme con eso, señora Gorbachev? Ya no sé qué más argumentos usar con ella... — pregunto y veo cómo la mujer se anima de nuevo.

— ¡Oh, qué idea tan maravillosa, Elora! ¡Claro! Intentaré meterle algo de juicio en la cabeza.

Liv me mira, con los ojos entrecerrados, y yo solo le sonrío levemente y me acerco a ella:

— ¿Ves? ¡Escucha a tu madre, Liv! Ella sabe lo que dice.

Liv podría estrangularme ahora mismo.

— Pero ahora debemos irnos, muchas gracias señora Gorbachev, ¡siempre es un placer!

— Hasta luego y buen viaje. Demétrios y yo nos dirigimos rápidamente hacia el coche, y parece que ambos cargamos con una tonelada de tensión sobre los hombros. Ambos soltamos suspiros aliviados al salir de allí.

— Nunca más me dejes solo con esa mujer. — exclama él irritado.

— ¡No tuve opción!

— ¡No me importa! ¡Solo prométeme que nunca más! — me mira profundamente y asiento.

— ¿Y cómo fue con la señorita Gorbachev?

Suspiro, apartando la mirada hacia la ventana, viendo cómo el coche se aleja y deja atrás a Olivia.

— No puedo contártelo. — respondo sin mirarlo, aún observando la ventana.

— ¿Cómo que no? — pregunta desconfiado, pero dudo que pueda siquiera imaginar de qué hablamos realmente.

— Simplemente no puedo. — repito, esta vez mirándolo a los ojos. Demétrios, solo con una mirada, parece detectar mis pensamientos.

— Está bien, Elora. — dice al tomar mis manos y apretarlas, desviando su mirada hacia adelante. — Si necesitas algo, no dudes en consultarme.

— Está bien. Gracias.

El silencio se apodera del coche hasta que finalmente Demétrios lo rompe.

— Ahora dime, ¿cómo es que después de rayar el coche de esa mujer, aún así lograste ganártela de esta manera?

Me encojo de hombros ligeramente.

— Ya te dije una vez que sé leer a las personas. Simplemente seguí el camino más fácil y admitámoslo, Guilhermina no es la mujer más brillante del mundo.

— Oye, serías una excelente abogada, Elora.

Arrugo ligeramente la nariz en desacuerdo.

— Prefiero pasar.

— Puedes preferirlo, pero seguramente serías brillante.

— Gracias... supongo.

Demétrios sonríe, y su atención se centra en la carretera, mientras la mía empieza a divagar.

Espero que Liv esté bien, espero que todo salga bien.

CAPÍTULO 25

Elora

Abro los ojos lentamente, parpadeando para disipar el último vestigio de sueño. La sala todavía está bañada por una luz tenue, y mi visión se ajusta poco a poco, revelando el familiar salón. Estoy en el sofá, envuelta en una manta que no reconozco de inmediato. Mis sentidos se agudizan al darme cuenta de que no estoy sola.

A mi lado, Demétrios descansa serenamente, sus rasgos suavizados por el sueño.

¡Nos hemos quedado dormidos!

Después de llegar, aunque estábamos agotados, necesitábamos analizar mi caso para la audiencia de mañana. Pero las interminables horas de vuelo pesaron más que cualquier otra cosa, y probablemente nos dormimos sin darnos cuenta.

Entonces, una visión encantadora llena mi corazón de calidez. Lili está allí, sentada en el suelo junto al sofá. Sus rizos rubios caen sobre sus hombros mientras sostiene un libro infantil con dibujos vibrantes.

Una sonrisa se forma en mis labios al darme cuenta de que la manta que me cubre no es una coincidencia. Lili, pequeña guardiana del confort, cuidó de nosotros mientras caíamos rendidos por el cansancio.

El silencio en la sala solo es roto por el suave ronroneo de Demétrios y los murmullos de Lili mientras "lee" su libro. La escena ante mí no podría ser más hermosa y entrañable. Me siento parte de algo mucho más grande que yo, aquí sentada observando a Demétrios y Lili, como si no hubiera otro lugar mejor en el mundo.

Con cuidado de no perturbar el sueño de Demétrios, me deslizo fuera del sofá. Agradezco en silencio a Lili, que me ha regalado un despertar tan sereno. Me llevo el dedo a los labios, señalando a Lili que guarde silencio, y ambas nos alejamos de Demétrios.

— Gracias por cuidarnos, Lili — le digo sonriendo agradecida.

— No te vas a ir, ¿verdad, Lôra? — Lili me pregunta y me sorprende.

— ¿Por qué preguntas eso?

— Porque te oí hablar ayer sobre enviar cartas a tu casa.

Rápidamente recuerdo haber hablado con Demétrios sobre las posibles cartas de Olivia y si podría enviármelas cuando me hubiera mudado, pero no me di cuenta de que esto afectaría a Lili.

— Pero tu casa está aquí, pensé que te ibas a casar con papá. — Las palabras de Lili de alguna manera logran hacerme feliz e inmensamente triste al mismo tiempo.

Feliz porque me siento querida por ella y triste porque, aunque sé que Demétrios se ha abierto conmigo, probablemente aún ama a su difunta esposa y nunca pensaría en un nuevo matrimonio.

— Lili, las cosas son un poco más complicadas... — digo, agachándome para mirarla a los ojos.

— Pero ni siquiera has plantado las florecillas conmigo todavía.

¡Oh cielos, las plantas! Con toda la confusión con Liv y el proceso, no tuvimos tiempo de trasplantarlas.

— Vamos a hacerlo hoy mismo, Lili — digo con convicción.

— ¿Y te vas a quedar aquí, verdad? ¿Para siempre, conmigo y con papá?

— Oh... Lili... — digo vacilante, sin saber cómo terminar la frase.

— ¿No te gusta papá?

Antes de que pueda responder, veo una sombra proyectada por el sol que entra por la ventana, indicando la llegada de Demétrios. Está detrás de Lili y levanto la vista para mirarlo.

— Respóndele, Elora... — dice con una mirada indescifrable.

Ambos me miran cómplices, y siento que mis mejillas se sonrojan.

— Sí me gusta... — digo casi en un susurro, y los veo celebrar como si fueran un equipo.

La escena es completamente peculiar, y jamás habría imaginado a alguien como Demétrios en ella; generalmente es tan controlado en sus gestos, y ahora... ¿qué está haciendo, en realidad?

— ¿Entonces te vas a quedar más tiempo con nosotros?

— Lili, no puedo aprovecharme así de la hospitalidad de tu padre.

— No te vas a aprovechar, será un placer tenerte con nosotros.

— ¡Quédate, quédate! — Lili implora, y yo asiento levemente con la cabeza.

— Está bien, pero... — antes de que pueda pronunciar otra palabra, los veo celebrar de nuevo.

— Ven, Elora... vamos a tomar un café, y nada de “peros” — dice, ya dirigiéndose a la cocina con Lili.

No me di cuenta de cuándo apareció, pero mi boca ya empieza a cansarse de la sonrisa

que parece estar en ella desde el momento en que me desperté. Me siento tan bien aquí, ¿qué está pasando?

❀

Después del café, Demétrios se ocupó de algunos quehaceres en su despacho, mientras Lili y yo nos dirigíamos al jardín. El sol de la mañana proporcionaba una luz suave y un calor reconfortante mientras nos acercábamos a las plantitas y a las semillas que habíamos elegido juntas.

Lili está radiante, sus ojitos brillan de emoción al sostener las pequeñas plantas en sus manos. Nos sentamos en el suelo, rodeadas de saquitos de semillas, plantitas de colores y herramientas de jardinería. El suelo está preparado, esperando para recibir las prometedoras plantitas y semillas.

— ¡Vamos a empezar, Lili! — digo emocionada, mientras tomo una de las delicadas plantas.

Lili sostiene su propia plantita con cuidado, imitando cada uno de mis gestos.

Empezamos a trasplantar las plantas en los agujeros previamente preparados, creando pequeños santuarios de colores vibrantes.

— Esto va a dejar el jardín tan bonito, Lili — comento, observando cómo las flores toman forma en sus nuevos hogares.

— ¿Cuánto tiempo tardarán en crecer, Lôra? — pregunta Lili curiosa.

— Depende, algunas tardarán más que otras. Por ejemplo, esta rosa será una de las últimas en florecer, porque no es su época. En cambio, esta otra, que ya tiene la plantita nacida, se esparcirá rápidamente por el suelo y dará flores todo el año.

— ¿Dónde aprendiste tanto sobre flores?

— En el internado donde crecí — respondo mientras coloco una nueva plantita en el agujero y la cubro con tierra.

— ¿Tenías muchas amigas allí?

— No tantas... pero tenía las suficientes. ¿Y tú, tienes muchas amiguitas en la escuela?

Asiente emocionada.

— Un montón.

— ¡Qué maravilla! Siempre es bueno tener muchos amigos, pero tienen que ser

verdaderos.

— Lo son, una vez Bella llevó un sándwich de anchoas y odiaba las anchoas, así que compartí con ella mi sándwich de jamón y desde entonces compartimos nuestro almuerzo.

— Qué interesante... ¿y te gustó el sándwich de anchoas?

Ella arruga ligeramente la nariz en señal de negación.

— Estaba pegajoso.

Suelto una risita divertida.

— Creo que las anchoas no son la mejor elección para los niños, ciertamente.

Continuamos plantando, mientras el sol sigue suave y el viento acaricia nuestro cabello. Las plantitas, aunque pequeñas, empiezan a dar vida al ambiente.

— Lili, imagina cuando todas estas flores estén crecidas y llenen el jardín de color. Será como un pequeño paraíso aquí.

Lili sonríe, sus ojos brillando con la visión de lo que está por venir. Mientras trabajamos, escuchamos un suave crujido que viene de la entrada del jardín. Pelusa y Café, curiosos, aparecen, olfateando el aire con entusiasmo.

— ¡Mira, Lili! Mira quién ha venido a ayudarnos en el jardín.

Los gatitos se acercan, sus patitas delicadas tocando la tierra por primera vez. Con curiosidad felina, empiezan a investigar las plantitas y las semillas, jugando entre ellos con saltos ágiles y movimientos graciosos. Lili ríe alegremente, extendiendo las manos para acariciar a los nuevos compañeros.

Lili se levanta de un salto, sus risitas contagiosas llenando el aire mientras se lanza en un animado juego de perseguir a Pelusa y Café. Los gatitos, ágiles y juguetones, responden al entusiasmo de la niña, corriendo en círculos por el jardín.

— ¡Vamos, Lili, cógelos! — la animo, observando la adorable escena desarrollarse delante de mí. Las patitas pequeñas de los gatitos dejan rastros de huellas en la tierra blanda, y Lili ríe con cada intento de atrapar a los traviesos animales.

Veo a Demétrios acercarse, y rápidamente extiende su mano para ayudarme a levantarme.

— Gracias.

— Vaya — dice con los ojos sorprendidos —. No imaginaba que quedaría tan bonito.

— Espera a ver el rosal florecer — digo señalando el lugar que he reservado para las rosas —. Y cuando estas aquí crezcan y se conviertan en pequeños arbustos, todo estará precioso.

— Gracias, Elora — dice Demétrios, y su voz adquiere un tono casi melancólico.

— No seas tonto, no ha sido nada, me encanta la jardinería.

— No solo por eso, por todo. Por darle vida a mi casa, por darle vida a mí.

Demétrios envuelve sus brazos alrededor de mí y se gira para mirar a Lili. Siento su abrazo, y más allá del deseo o la electricidad que normalmente siento cuando pone sus manos en mí, siento ternura, siento cariño, siento comodidad... siento amor.

¿Sería posible? ¿Sería realmente posible sentir todo esto solo con el toque de alguien?

— Ella realmente se está divirtiendo con esos gatitos, ¿verdad?

Lili ahora hace cosquillas en la barriga de Pelusa, que se tumba patas arriba, ronroneando satisfecho.

— Te dije que sería una buena idea.

— Y rara vez te equivocas, ¿verdad, Elora Drouhart?

— No suelo hacerlo — digo mirándole con una media sonrisa, y Demétrios responde de la misma manera.

Parece más relajado, más tranquilo... más cómodo. No sabría explicar qué está pasando entre nosotros, ese sentimiento delicioso y adictivo que parece apoderarse de mí solo con mirar a Demétrios.

Lili sigue corriendo alrededor del jardín, su risa infantil llenando el aire. Pelusa y Café la siguen con entusiasmo, sus colas peludas moviéndose animadamente. Demétrios y yo observamos la escena con sonrisas en nuestros rostros, disfrutando de la alegría contagiosa de la tarde soleada.

Mientras observamos, Lili de repente se detiene abruptamente, sus ojitos brillando al máximo. Corre hacia nosotros y se lanza a nuestros brazos, abrazando nuestras piernas con toda la energía infantil.

— ¡Lôra, papá, este es el mejor día de todos! — exclama, con el pelo ligeramente despeinado y el rostro iluminado por la felicidad.

Demétrios y yo intercambiamos una mirada cómplice, compartiendo la misma sensación de plenitud.

— ¿De verdad, princesa? — pregunto, riendo suavemente mientras me agacho para ponerme a su altura.

— ¡Sí! ¡Plantar flores es muy divertido, y estos gatitos son los mejores amigos del mundo! Y, sobre todo, me encanta veros juntitos — responde, apretando aún más el abrazo alrededor de nuestras piernas.

Lili suelta un gritito de alegría y luego corre de vuelta a la zona de plantación, llamando a los gatitos para seguir jugando. Demétrios y yo nos quedamos allí, juntos, compartiendo un

momento de pura serenidad.

Desearía que el tiempo se detuviera ahora, en esta tarde, con Lili y Demétrios.

CAPÍTULO 26

Elora

Ya casi es la hora de la cena cuando oigo sonar el timbre y, antes de que Odette atienda, doy unos pasos al frente.

— Déjame sentirme mínimamente útil — digo mirándola con ojos suplicantes.

— Al señor Demétrios no le gustará esto, niña — dice ella.

— ¡Venga ya... problema suyo! — digo sonriendo y corriendo a abrir la puerta.

Me encuentro cara a cara con un hombre tan alto como guapo, y eso que es un gigante; sus ojos negros felinos me miran antes de que una sonrisa discreta aparezca en ellos.

— Debes de ser Elora — dice él.

— Sí, soy yo, pero ¿quién eres tú?

— Bueno, soy tu abogado, Kanidas Thalassinos, a tu disposición — dice con una sonrisa galante.

¿Qué tiene el agua de esta ciudad que hace que todos los hombres sean guapos?

— Veo que ya has conocido a mi primo, Elora — Demétrios llega detrás de mí, sin que me dé cuenta.

¿Son primos? Ahora entiendo la belleza.

— ¿No me vais a invitar a entrar? — pregunta con cinismo.

— Entra ya y deja las formalidades, hombre — dice Demétrios y le da un leve abrazo.

No pasa mucho tiempo hasta que Odette trae algunos aperitivos y bebidas mientras observo a los dos conversar.

— Bueno, me imagino que la has preparado muy bien para mañana, ¿no, Demétrios? — pregunta Kanidas.

— Evidentemente. Ayer repasamos todos los puntos del caso.

— Este es el trabajo más fácil que he tenido, ya te has adelantado con todo.

— No me enorgullecería que otra persona hiciera mi trabajo — dice Demétrios entrecerrando los ojos.

— Como si sirviera de algo si decidiera intervenir.

— Demétrios dice que probablemente ya tendré acceso a mi fortuna mañana mismo — me entrometo en la conversación que transcurre solo entre ellos dos.

— Tiene razón, Elora. Probablemente mañana el caso se resolverá por completo. Como tu madre... — Kanidas carraspea al ver mi mirada. — ...como Loretta comenzó este caso sin ninguna evidencia concreta, es muy probable que el juez no la vea con buenos ojos y decida rápidamente a tu favor.

— ¿Y si no pasa? — pregunto temerosa.

— Pasará — interviene Demétrios y exclama incisivamente.

— Pero aunque no ocurra, podremos recurrir. Pero tranquila, lo más probable es que no haga falta.

Mientras Demétrios y Kanidas siguen discutiendo los últimos detalles del caso, yo permanezco atenta, absorbiendo la información que delineará mi destino. Odette, discreta como siempre, sirve otra ronda de aperitivos y bebidas mientras intento mantener la ansiedad a raya.

— Entonces, Demétrios, ¿estás seguro de que mañana se resolverá a mi favor? — pregunto, buscando un consuelo para mi inquietud.

Él me lanza una mirada serena y responde:

— Elora, la confianza es una cosa, la certeza es otra. Pero estoy realmente optimista.

Kanidas, con su aire despreocupado, interrumpe la conversación.

— La confianza es la base de mi trabajo. Mañana estaremos celebrando tu victoria.

Kanidas se levanta, indicando que la reunión está llegando a su fin.

— Bueno, creo que ya he dicho suficiente por hoy. Estoy ansioso por veros en el tribunal mañana — se vuelve hacia mí, ofreciéndome una sonrisa amable. — Buena suerte, Elora. Estaré allí para representar tus intereses de la mejor forma posible.

Agradezco con un asentimiento de cabeza, todavía procesando la magnitud de lo que está por venir. Kanidas extiende la mano a Demétrios, señalando el fin de la conversación.

— Hasta mañana, primo. Que tengamos un día favorable en el tribunal — dice Kanidas, apretando la mano de Demétrios con firmeza.

— Hasta mañana, Kanidas. Que se haga justicia — responde Demétrios, demostrando una confianza que, por momentos, desearía compartir plenamente.

Kanidas se dirige a la puerta, lanzándome una última mirada tranquilizadora. — Descansa bien esta noche, Elora. Mañana será un nuevo capítulo para ti.

Con eso, se retira, dejándome con Demétrios para enfrentar las horas finales de expectativa antes del juicio que decidirá el curso de mi vida.

— ¿Por qué pareces tan insegura y temerosa cuando se trata de tu caso? Eres la mujer más confiada y valiente que he conocido — Demétrios rompe el silencio que se había formado.

Me encojo de hombros.

— No lo sé, debe tener algo que ver con Loretta. La odio y me gustaría tener suficiente fuerza para gritarle las peores palabras, para hacerla pagar por cada una de las injusticias que me ha hecho pasar, pero por algún motivo no puedo, no parece que tenga la fuerza.

— No te castigues tanto.

— Quisiera verla entre rejas, quisiera verla pagar, quisiera...

— Cálmate — Demétrios se acerca y me envuelve en sus fuertes brazos.

— Gracias — es lo único que consigo susurrar.

— ¿Por el caso?

— Por cuidarme — digo acurrucándome aún más contra él. — Por apoyarme.

Demétrios se aparta ligeramente, sosteniendo mi rostro entre sus manos. Sus ojos encuentran los míos, transmitiendo una mezcla de sentimientos que no podría describir, solo sentir.

— Ya no estás sola, nunca más lo estarás, y eso es una promesa. Yo cuidaré de ti, Elora. Nadie volverá a hacerte daño.

Toda mi vida he pensado que no necesitaba a nadie cuidando de mí, toda mi vida he creído que podría ser lo suficientemente fuerte para luchar contra todos a mi alrededor. Pero al escuchar las palabras de Demétrios, su toque en mi rostro y sobre todo su mirada sobre mí, entendí que escuchar eso de él, específicamente de él, era todo lo que me faltaba.

— Me gustaría llevarte a cenar fuera, para que podamos relajarnos un poco antes del gran día. ¿Qué te parece?

Sus dedos trazan suavemente el contorno de mi rostro, disipando la tensión que se acumulaba. El calor reconfortante de su presencia me envuelve, y me siento agradecida por tener a alguien a mi lado en medio de toda esta turbulencia.

— Vamos a elegir un lugar agradable, donde podamos olvidar por un momento toda esta situación. Mañana es un nuevo día, y creo que será el inicio de un cambio en tu vida.

Asiento, con una tímida sonrisa surgiendo en mis labios.

— Tienes razón, Demétrios. Aprovechemos el momento y dejemos las preocupaciones para mañana. Pero déjame que me cambie de ropa, esta está demasiado sencilla.

— Estás preciosa así, Elora.

— Gracias. — respondo tímidamente. — Pero aún así quiero cambiarme.

Él besa mi frente gentilmente antes de alejarse, con una mirada cariñosa.

— Te estaré esperando aquí.

Subo las escaleras, con el corazón latiendo rápido por la mezcla de ansiedad y expectativa. Al llegar a mi habitación, corro hacia el armario y me encuentro con el vestido que Demétrios compró para mí en mis primeros días aquí. Lo saco del perchero y lo abrazo ligeramente.

Cómo han cambiado las cosas en tan poco tiempo, y cómo me siento diferente ahora...

Siento la textura suave de la tela entre mis dedos mientras lo cojo, lo pongo frente a mí y me miro en el espejo. Me quedo mirándome durante unos minutos.

— Este color es demasiado llamativo para una cena, ¿no?

Doy una vuelta con el vestido de un lado para otro.

— Pero es tan bonito, y este rosa le queda tan bien a mi piel... — digo al girar un poco más. — ¡Me lo pondré! Nunca he estado muy pendiente de la moda y mucho menos he dejado de vestir lo que quería por mera convención.

Al deslizar el vestido sobre mi cuerpo, noto cómo se ajusta perfectamente, como si estuviera hecho a medida para mí.

— ¡Perfecto!

Mientras me observo en el espejo, me doy cuenta de que el rosa vibrante del vestido realmente resalta mis ojos, pero también destaca lo pálida que está mi piel. Tal vez sea nerviosismo, o simplemente la tensión previa al juicio, pero decido que un toque de color no estaría mal.

Corro hacia mi maleta y, entre un cepillo de pelo y el par de medias que tanto busqué antes, encuentro un lápiz labial tirado en el fondo. Sonrío al verlo, como si fuera un salvador en forma de tubo colorido. Con prisa, deslizo el lápiz labial en mis labios, dándoles un toque de color. Miro al espejo y decido arriesgarme un poco más, aplicando un poco en mis mejillas y párpados. Después de todo, ¿quién dijo que el lápiz labial solo sirve para los labios?

— ¡Perfecto! ¡Parezco una obra de arte ambulante! — exclamo para mí misma, riendo de mi propia osadía.

Al bajar las escaleras, veo a Demétrios esperándome con una mirada que fácilmente podría arrancarme un pedazo de mí.

— ¿Te gusta?

— Estás... deslumbrante.

— Gracias. — digo al acercarme y sentir a Demétrios tirar firmemente de mí, haciendo que mi cuerpo choque contra el suyo.

Él sella nuestros labios y el movimiento tan repentino junto con el sabor de los labios de Demétrios me hace jadear.

— ¿Vamos? — dice al separar nuestros labios.

— ¿Pero y Lili?

— Le he pedido a Odette que acueste a las 20h.

— Olvidé que los niños se van a dormir temprano.

— Nosotros, en cambio, tenemos toda la noche por delante.

Demétrios lo dice con sus ojos magnéticos fijos en mí, y siento que todo mi cuerpo se eriza.

¡Ay, cielos! ¿Qué me depara esta noche...?

CAPÍTULO 27

Elora

El motorista nos dejó a unas cuadras de distancia del restaurante a petición de Demétrios, que quería caminar un poco a mi lado. Ahora, estamos paseando de la mano por la noche, con las luces de la ciudad iluminando nuestro camino hasta que nos detenemos en un puente con vista al inmenso océano frente a nosotros.

La brisa nocturna lleva consigo el sal del mar. Las aguas brillan a la luz de la luna, es una escena hermosa y, al mismo tiempo, tan serena y tranquila.

— ¿Por qué decidiste vivir en Manhattan, Demétrios?

— Por las comodidades, supongo. Imagino que tantos edificios puedan resultar aburridos para ti.

— No puedo mentir, lo son. Pero escenas como esta, el océano, la luz... realmente me conquistan.

Al llegar al centro del puente, nos detenemos por un momento para apreciar la deslumbrante vista del horizonte de Manhattan. El resplandor de las luces, la vastedad del mar y la reconfortante sensación de estar junto a Demétrios llenan mi pecho.

Este es otro momento que desearía detener y eternizar, el momento antes de que todo suceda, antes de que todo cambie...

— ¿Vamos? — me pregunta Demétrios, interrumpiendo mis divagaciones, y yo simplemente asiento.

La ansiedad del juicio comienza a disiparse, reemplazada por la expectativa de una agradable noche junto a Demétrios. Sus ojos, intensos y profundos, se encuentran con los míos de vez en cuando, y sonreímos el uno al otro como cómplices de un momento especial. Seguimos caminando hasta llegar a la entrada del restaurante. Demétrios sostiene la puerta para mí, y el calor del ambiente contrasta con la suave brisa nocturna. La anfitriona nos recibe con una cálida sonrisa, y pronto nos conducen a una mesa reservada en la terraza, con vistas a la ciudad iluminada.

Observo de reojo la atención femenina que recibe Demétrios, no he visto a una mujer que no lo mirara desde que entramos hasta que nos sentamos en la mesa. Él parece completamente ajeno a la atención que recibe y solo dirige su mirada hacia mí.

Él me hace sentir tan... especial. La forma en que me mira, su manera...

¡Dios mío, estoy perdida!

El menú es una obra de arte gastronómica, y elegimos una selección de platos que prometen una experiencia culinaria memorable. Mientras esperamos que lleguen los platos, observo a Demétrios y sus detalles.

Desde la primera vez que lo vi, sentí algo, y muchos dirán que es una tontería, que es improbable, pero sentí... aunque quisiera negarlo. Es el hombre más guapo que jamás haya visto, sería imposible no mirarlo y agradarme, pero había algo más que me atrajo hacia él. Aún no sé qué es exactamente, o cómo describirlo, solo sé que es algo más fuerte que yo. Observo a Demétrios mientras habla, y aunque presto atención a sus palabras, estoy perdida en cómo las pronuncia ahora, cómo de vez en cuando toca mi mano, cómo sonríe...

Él no hacía nada de esto antes, parece más abierto conmigo, más acogedor. Pero, de repente, una nube se cierne sobre mi cabeza. No debo ilusionarme así, no debo enamorarme de Demétrios de esta manera. Nunca me prometió nada más allá de caricias... pero debo disfrutar de esta noche, nuestra última noche.

El camarero trae los platos elegantemente preparados, y nuestros ojos se encuentran, revelando la satisfacción mutua por la elección. Cada bocado es un deleite, y el vino elegido por Demétrios complementa perfectamente los sabores. Entre risas y miradas, olvidamos temporalmente las preocupaciones del día siguiente. Demétrios cuenta historias sobre su infancia, y yo comparto algunas de las mías. La conexión entre nosotros se profundiza aún más, y el restaurante parece desvanecerse a nuestro alrededor.

No quiero que esta noche termine nunca.

A medida que avanza la noche, el ambiente relajado de la cena se transforma en algo más íntimo. Demétrios sostiene mi mano sobre la mesa, sus ojos transmitiendo un cariño que va más allá de las palabras.

Al final de la comida, pedimos un postre para terminar la noche de manera dulce. El camarero nos trae una deliciosa selección de petit gateaux y helados, y compartimos los últimos bocados como una anticipación de la victoria que esperamos en el tribunal.

Al salir del restaurante de la mano, la ciudad brilla a nuestro alrededor, reflejando las luces de la noche. Demétrios me mira con una chispa traviesa.

— Me gustaría llevarte a un lugar...

Intrigada, acepto su invitación y continuamos por las calles iluminadas de Manhattan. La ciudad parece estar viva, palpitar con energía, pero Demétrios me guía por caminos menos explorados, alejándonos del bullicio.

Demétrios sonríe, revelando un brillo en sus ojos que me hace estremecer. Sin soltar mi mano, llegamos a un edificio discreto, con una entrada elegante que nos lleva a un estudio espacioso y lleno de obras de arte, esculturas, libros y más libros.

Al adentrar en el espacio, mis ojos se iluminan ante la belleza de las pinturas que decoran las paredes, cada una contando una historia única. En el centro del estudio, un telescopio

gigantesco está estratégicamente colocado, apuntando hacia el cielo estrellado.

— ¿Qué es esto? ¿Realmente se pueden ver las estrellas con él? —pregunto al acercarme al telescopio.

— Por lo que pagué por él, debería incluso poder ver el segundo sol —responde él sonriendo y acercándose.

— ¿Te he dicho que me encanta tu sentido del humor? —pregunto al girarme y mirarlo.

— Eres la única persona que me lo ha dicho en toda mi vida.

Encogiéndome de hombros, vuelvo mi atención al telescopio.

— Vamos, déjame mostrarte cómo funciona —dice él.

Demétrios ajusta cuidadosamente los controles del telescopio, compartiendo conmigo su conocimiento sobre las constelaciones y los planetas. Mientras señala diferentes puntos en el cielo, siento una mezcla de admiración por la vastedad del universo y gratitud por compartir este momento único con él.

— Este es Júpiter, uno de los planetas más impresionantes que puedes ver desde aquí. Observa cómo sus lunas lo rodean, creando una vista deslumbrante.

Sigo sus instrucciones y, al mirar por el telescopio, me veo envuelta por la belleza cósmica ante mis ojos. Demétrios explica cada detalle con entusiasmo, y su pasión por la astronomía hace que el momento sea aún más especial.

— Es increíble pensar en la inmensidad del universo, ¿verdad? —comenta él, mirando fijamente el cielo estrellado.

— Sí... realmente lo es. No imaginaba que te gustara la astronomía.

— Siempre ha habido algo reconfortante en mirar al cielo. Hubo un tiempo en que este lugar, rodeado de estas cosas que amo, solo... —hace una pausa en su voz y se aleja.

— ¿Solo qué, Demétrios?

— Pude llorar, pude gritar... pude sanar. Aquí pude ser libre para lamer mis heridas, para fortalecerme y ser el padre que Lili necesitaba.

Me acerco a Demétrios y lo miro, llevando una de mis manos a su rostro y acariciándolo suavemente, viéndolo cerrar ligeramente los ojos sintiendo mi cariño.

— Fue aquí donde prometí nunca más enamorarme de nadie, nunca más dejar que ese dolor me consumiera de nuevo —exclama él y abre sus ojos, mirándome con su mirada oceánica, intensa, fuerte y casi febril.

— ¿Qué estoy haciendo aquí, Demétrios? —pregunto, ligeramente insegura.

— Estás aquí... —dice él, y ambas manos tocan mi rostro, sosteniéndome y acercándome a él.

Sus labios rozan los míos, y la electricidad que siempre me embarga al tener a Demétrios tan cerca de mí invade mi corazón con intensidad.

— Estás aquí para que yo pruebe para mí mismo que estaba equivocado al hacer esa promesa.

Sus ojos intensos me miran fijamente, y me siento perdida en la profundidad de sus palabras y en la intensidad de la mirada de Demétrios. Sus labios aún están cerca de los míos, una promesa de algo más intenso, algo que apenas puedo comprender. Siento cómo mi corazón se acelera, una pulsación fuerte que resuena en cada parte de mi cuerpo.

— ¿Equivocado? —murmuro, casi sin aliento, mientras nuestros ojos permanecen conectados. — ¿Por qué equivocado, Demétrios?

Él sonríe, una sonrisa que lleva una mezcla de malicia y deseo. Sus manos aún sostienen mi rostro delicadamente, como si quisieran memorizar cada rasgo.

— Probar que puedo permitírmelo de nuevo... permitirme sentir esto.

De repente, algo toma mi mente y me alejo repentinamente de Demétrios, quien parece confundido ante mi acción tan brusca. Al principio, querría dormir con él, dejarme llevar por este deseo que enciende mi cuerpo, pero ahora... ahora el miedo parece sofocarme, miedo de, si duermo con él, enamorarme aún más y miedo... de sufrir.

— Después de mañana, ¿qué será de nosotros, Demétrios? —pregunto, dejando el aire más denso alrededor de nosotros.

— ¿Cómo así? —pregunta él, mirándome fijamente. — Ya no necesitarás ayudarme, y yo ya tendré mi herencia, así que no necesitaré vivir más contigo...

— Pensé que habíamos hablado de esto, y que acordamos que te quedarías con nosotros.

— Eso fue porque estábamos frente a Lili, no pensé que estuvieras hablando en serio.

— No soy un hombre que diga cosas sin intención de hacerlas, Elora. Ni siquiera para complacer a mi hija.

— Pero ya no habrá motivos para eso... para que me quede con ustedes.

— ¿De qué demonios estás hablando? ¿Qué crees que estamos haciendo aquí, Elora? — pregunta él, exasperado.

— No lo sé. —respondo tímidamente. — Tal vez creas que quiero dormir contigo y... — digo, y siento que mi voz falla. — Y lo quiero, oh Dios, sabes cuánto lo quiero, pero ahora... ahora soy yo quien tiene miedo.

— ¡Estoy enamorado de ti, chica! ¿Cómo es que no te has dado cuenta de eso?!

La confesión de él me golpea. La intensidad del momento es casi abrumadora, y me veo completamente envuelta por la vulnerabilidad de Demétrios. Él me agarra con cierta brusquedad, haciéndome chocar contra él, las líneas de su rostro definidas, su mirada intensa.

— ¿Cómo es que no te has dado cuenta de eso? —dice él, y antes de que pueda responder, siento que él toma mis labios con fervor.

La respiración de Demétrios es irregular, sus labios encuentran los míos con una urgencia que hace que mi corazón lata descontroladamente. Cada toque, cada movimiento, es como un torrente de emociones que nos consume. Las manos fuertes de Demétrios exploran mi cuerpo suavemente, como si estuviera intentando descifrar cada curva y secreto que guardo.

— No planeé esto, Elora. Pero cuando entraste en mi vida, algo cambió. Ya no quiero esconderme más en las sombras del pasado. Quiero ser libre para amar de nuevo.

Cedo al deseo, permitiéndome perderme en las sensaciones abrumadoras que Demétrios despierta en mí. Su toque es como fuego, su sabor es como miel... él hace que casi no toque el suelo con sus caricias.

En el clímax del momento, Demétrios se aparta solo lo suficiente para fijar sus ojos en los míos. Su mirada es una mezcla de deseo, ternura y un hambre insaciable de amor. Cada latido de mi corazón parece resonar con la confesión que aún resuena en mi mente. Él me mira como si yo fuera la mujer más hermosa del mundo y como si él fuera afortunado por estar acariciándome; me mira como todas las mujeres deberían ser miradas... con deseo, con pasión... con amor.

Amor.

Como amor.

CAPÍTULO 28

Elora

El beso, que ya había comenzado de manera ardiente, parece intensificarse aún más. No sabría decir cuándo o cómo, solo noto que ahora mis espaldas están tocando las suaves sábanas de la cama que está colocada en medio del estudio. Demétrios está sobre mí, y su corazón late tan rápido contra el mío que puedo sentirlo. Desliza sus labios hasta mi cuello y comienza a depositar algunos besos deliciosos que me roban el aliento.

Demétrios parece hambriento, sus movimientos son todos acelerados y casi animalescos. Siento cuando su boca encuentra la mía nuevamente, y el beso tiene notas de furia y lujuria. Meto mis manos bajo su camisa, buscando sentir su piel, sus músculos rígidos.

— Quítala, ahora. — ordeno, y veo a Demétrios dejar que una sonrisa maliciosa aparezca al obedecer.

Agradezco por la luz de la ciudad que entra por la amplia ventana por la visión que tengo ahora. Todo su cuerpo está a la vista, sus músculos, el tono levemente bronceado de su piel es capaz de hacer derretir a cualquier mujer en el mundo. Bajo mi mirada y veo que tiene ese V sexy en el camino de su pelvis, sus músculos parecen hechos de acero... es un hombre viril y completamente sexy.

— Oh, cielos, eres tan guapo. — susurro.

— Creo que estoy en desventaja. — Demétrios tira tan rápidamente de mi vestido que ni siquiera sabría decir cómo logró ser tan preciso y rápido.

Me mira, y sus ojos arden aún más de deseo antes de que sienta que toma mi boca nuevamente. Esta vez, nos enredamos, frotando nuestros cuerpos cálidos y sedientos el uno contra el otro. El olor de la piel fresca de Demétrios, su sabor, sus suaves suspiros de placer al besarme, me vuelven loca.

— Eres tan hermosa, Elora. — dice jadeante, descendiendo sus labios y quitando rápidamente mi sujetador con la mano que estaba apoyada en mi espalda.

Demétrios se abalanza sobre mi pezón y comienza a chuparlo deliciosamente, arqueo mi espalda por la ola de placer que me invade. Siento cómo mi cuerpo se derrite con cada movimiento de succión que hace.

Loca de placer, acaricio su cuerpo en busca de aún más cercanía hasta entrelazar mis piernas alrededor de su cuerpo y ejercer presión sobre mí misma. En un movimiento rápido, Demétrios me pone sobre él, quedando con sus espaldas en las sábanas. Su sonrisa, la forma en que me mira y me admira, hace que cada partícula de mi ser reaccione. Es un momento tan

intenso que llega a ser casi enloquecedor.

Coloco mis manos contra su pecho y me acomodo sobre él, sintiendo su excitación palpitar debajo de mí. Siento cómo sus manos encuentran mi trasero y comienzan a moverse de arriba abajo sobre él. Siento una ola de placer recorrer mi cuerpo y continúo por mi cuenta los movimientos, intensificándolos y gimiendo suavemente.

— Eres una delicia, Elora... pero quiero más. — dice al arrojarme sobre la cama y abrir mis piernas, acomodándose entre ellas.

Demétrios ni siquiera retira mi braguita, solo la aparta, y comienza a pasar sus dedos en el centro de mi placer. Su mandíbula se tensa.

— Qué delicia... estás tan mojada. — susurra con la voz ronca, excitándome aún más.

— Hoy te haré mía, Elora. Pero antes, necesito sentir tu sabor en mi boca. — susurra de nuevo y baja rápidamente sus labios, sintiendo cómo encuentran el punto más alto de mi placer.

Demétrios me envuelve con su boca, e instintivamente llevo mis manos a su cabello. Estoy completamente perdida, Demétrios está haciendo que todo mi cuerpo se electrifique mientras su lengua me recorre. Mis caderas se mueven contra la cama, estoy casi alcanzando mi clímax mientras él me lame con hambre, con deseo, con una lujuria casi animal. La sensación es tan deliciosa, tan fuerte, que casi tengo ganas de llorar por la intensidad que recorre mi cuerpo. Él continúa tomándome, poseyéndome, invadiéndome con su lengua y con ligeras succiones, hasta que siento todo mi cuerpo estremecerse y un orgasmo intenso me invade. Demétrios no se detuvo; siguió tomándome con su lengua, rodeando mi clítoris y haciendo que mi cuerpo se caliente nuevamente.

— Oh, cielos, ¿qué es esto? — gimo, sin entender cómo mi cuerpo aún tiene fuerzas para reaccionar.

Lo siento sonreír contra mi cuerpo y dos de sus dedos entran en mí. Me retuerzo con el nuevo embate y siento los movimientos calentarme, el placer recorre nuevamente mi cuerpo, un gemido alto sale de mis labios, y un segundo orgasmo explota dentro de mí.

Perdida en el placer, aún sintiendo la fuerte oleada recorrer todo mi cuerpo, lo veo estirarse y rápidamente abrir un preservativo; es tan rápido, sus movimientos son tan urgentes. Demétrios se coloca sobre mí, sus brazos aprisionando mi cuerpo.

— Seré cuidadoso, no te haré daño. — susurra, y solo puedo asentir.

Sus ojos azules me miran fijamente; todo a mi alrededor parece ir en cámara lenta. No puedo apartar la mirada, no puedo dejar de mirarlo. Demétrios está sudoroso, sus facciones llenas de lujuria, y su mandíbula está tensa como si se esforzara por no lastimarme. Hasta que lo siento... Demétrios entra en mí lentamente, y siento mi cuerpo abriéndose para recibirlo; hay un ligero malestar, pero al mirar nuevamente su rostro, de alguna manera, el malestar desaparece. Demétrios me está mirando con tanto amor y deseo, una combinación tan específica de sentimientos mientras lo siento entrar en mí a medias, y suelto un gemido de placer.

Quiero darle tanto placer como él me dio a mí; quiero ser completamente suya.

— Quiero que estés completamente dentro de mí. — lo incito, y veo cómo sus ojos arden.

— Elora... — gime mientras sigue penetrándome.

Es tan grande, tan firme; siento que mi cuerpo se esfuerza por recibirlo.

— Quiero que seas todo mío, sin ningún control. — continúo, y veo cómo pierde el control.

Demétrios termina de introducirse, y un grito alto de placer sale de mí; mi cuerpo lo recibe por completo, y clavo mis uñas en su espalda. Él comienza a embestir con fuerza, muevo mi cadera contra la suya, pidiendo más.

— No quiero lastimarte, Elora.

— No me estás lastimando... — susurro deseosa. — Quiero más, dame más, Demétrios.

Siento las manos de Demétrios agarrando mis muñecas, y él embiste con fuerza y furia; el placer mezclado con un leve dolor me domina. Es una sensación tan exquisita, siento cada parte de mi cuerpo disfrutando con él dentro de mí, como si ese fuera su lugar, enterrado entre mis piernas, sintiendo placer y dándome placer.

— Eres mía, Elora. — ruge en mi oído.

— Soy completamente tuya, Demétrios. Y tú eres mío.

Demétrios se retira por completo de mí, y solo suelto un gemido de desaprobación, solo para sentirlo entrar de nuevo por completo, completamente erecto, invadiéndome de nuevo.

— Oh, cielos... — gimo alto.

Demétrios me levanta haciéndome sentar en su regazo; sus embestidas ahora son más rápidas y feroces, lo que me hace saltar sobre él mientras me sostiene con sus brazos.

Está completamente fuera de control, devorándome con sed y lujuria.

— Eres tan delicioso... — susurra, rozando sus labios en mis hombros, chupando y mordisqueando mientras comienzo a moverme contra su miembro.

Entonces lo empujo, haciéndolo acostarse boca arriba en la cama, y siento una oleada aún más intensa de placer al notar todo el inmenso volumen de Demétrios dentro de mí, en esta posición. Sigo sentándome sobre Demétrios, percibo cómo sus manos llegan a mis pechos, y él comienza a apretarlos con fuerza; me está mirando mientras disminuyo la velocidad y comienzo a moverme contra su cuerpo. Escucho que suelta un gemido, y sonrío. Continúo realizando este movimiento, intensificándolo y observando cómo Demétrios enloquece.

— Quiero que te derrames por completo, quiero que... — susurro en su oído mientras sigo moviéndome controladamente.

Estamos sudorosos, jadeantes, nuestras pieles ardiendo con el contacto mutuo.

Rápidamente, Demétrios gira nuestros cuerpos, haciéndome chocar contra la cama, y esta vez él coloca sus manos en mis caderas, elevando mi trasero para que pueda penetrarme más profundamente. Cuando lo hace, siento que voy a estallar de placer. Demétrios comienza a embestir con más fuerza y furia, hasta que comienzo a sentir los signos de un nuevo orgasmo llegando. No pasa mucho tiempo hasta que suelte un gemido alto después de sentir por tercera vez el clímax abatirme y luego escuchar el rugido de Demétrios contra mi cuello y su cuerpo caer sobre el mío.

— Te amo, Elora. — Demétrios susurra por primera vez.

La confesión resuena, y siento que mi corazón se expande y florece; al escuchar a Demétrios, sintiendo su cuerpo, dejo que una lágrima, que ni siquiera sabía que estaba en mis ojos, ruede por mi rostro.

— Te amo, Demétrios.

Es todo lo que puedo decir.

Permanecemos acostados, envueltos en un silencio cargado de significado, dejando que la magnitud de este momento se asiente entre nosotros. Nuestras palabras flotan en el aire, creando una conexión más profunda de la que cualquier contacto físico podría proporcionar. Y, al mismo tiempo, nuestros cuerpos siguen entrelazados, testigos silenciosos de lo que podemos brindarnos mutuamente.

Amo a Demétrios Nikopoulos.

CAPÍTULO 29

Demétrios

Abro los ojos y encuentro a Elora envuelta en las sábanas blancas. La vista de la mañana, con el sol entrando por las amplias ventanas y Elora acostada, cubriendo su cuerpo solo con la fina sábana, hace que una sonrisa brote instantáneamente en mi rostro.

Me levanto con cuidado para no despertar a Elora. El suelo frío del estudio contrasta con la suavidad de las sábanas. Camino descalzo hasta la pequeña cocina, que comparte el mismo espacio abierto. Atiendo rápidamente lo esencial, y no pasa mucho tiempo hasta que los aromas del café recién molido llenen el aire. La cafetera en la encimera espera pacientemente a que termine de llenarla.

Mientras el agua se calienta, observo a Elora moverse en la cama, aún inmersa en un profundo sueño. Destellos de la noche anterior comienzan a invadir mi mente, y siento que mi cuerpo entero sonríe al mirarla. ¿Cómo pude no darme cuenta? ¿Cómo pude no notar cuánto la necesitaba en mi vida? Y cómo esta mujer robó por completo mi corazón en tan poco tiempo.

Cuando el agua alcanza el punto justo, preparo dos tazas de café, pongo unas tostadas y mermelada que encuentro en la despensa en una bandeja. Regreso a la cama con la bandeja en las manos, encontrando a Elora todavía dormida. Con un toque gentil, la despierto.

— Buenos días, cariño — susurro, viendo cómo sus ojos se abren lentamente para recibirme. Su sonrisa ilumina el estudio más que la luz de la mañana.

Ella se acomoda en la cama, cubriendo sus pechos con la sábana y frotándose suavemente los ojos.

— Buenos días — dice tímidamente mientras toma un sorbo de la taza.

Sus ojos se abren rápidamente y casi escupe el contenido de la taza.

— ¿Qué hora es? ¿Y la audiencia? — pregunta exasperada.

— Tranquila, tranquila... — digo mientras le ofrezco una servilleta.

— Son solo las nueve, y aún son las siete de la mañana.

— ¿Te despertaste sin el despertador? — pregunta calmándose.

— Como siempre... — respondo mientras tomo un sorbo de mi café.

— Eres una máquina — dice levantando una de sus cejas.

— Detecto cierta malicia en tu voz, señorita Elora — observo, y la veo sonreír.

— Solo así me gusta que me llames, señorita.

Tomo suavemente la taza de la mano de Elora, sintiendo el calor del café en mis dedos. Aparto la bandeja, me inclino hacia ella y la beso suavemente, como si cada roce de nuestros labios fuera una promesa de futuras mañanas juntos.

— No puedo resistir empezar el día así — murmuro contra sus labios, mientras ella sonríe, aún adormilada.

El beso es tranquilo, pero lleno de intimidad... de amor. Elora se acurruca más cerca, sus dedos trazando suavemente la línea de mi mandíbula. El sabor del café se mezcla con el dulce gusto de nuestros labios encontrándose.

— Me sorprendes cada día, Demétrios — ella dice, apartándose solo lo suficiente para mirarme a los ojos.

— Y tú, Elora, eres la mejor sorpresa que la vida me ha dado — respondo, sonriendo, mientras su mano encuentra la mía.

Algún tiempo después, luego de que Wallace, mi conductor de confianza, viniera a casa y trajera nuestras ropas, veo a Elora deslizarse en una falda larga negra y ponerse el traje que compramos semanas atrás, con una expresión de confianza reemplazando la somnolencia en su rostro. Elijo un traje bien ajustado, arreglando cuidadosamente la corbata.

— Este traje es increíble, Demétrios — comenta Elora, admirando el conjunto que elegí. — Gracias por pensar en todo.

Sonrío, apreciando cómo ella ilumina cada espacio por donde pasa.

— Quiero que te sientas segura — digo, abotonando su último botón. — Después de todo, eres la estrella de este espectáculo.

Elora ríe, un sonido que se mezcla con el brillo de sus ojos.

— ¿Estás nerviosa?

— Ya no, ahora sé que todo saldrá bien.

— Me alegro. Ah, y antes de que se me olvide... — Digo, cogiendo una caja en la esquina del cuarto. — Algo para complementar tu elegancia.

Entrego la caja a Elora, quien la abre con curiosidad. Sus ojos se iluminan al encontrar el broche delicado que elegí hace un tiempo para que lo use en su gran momento.

— Demétrios, realmente pensaste en todo. — Elora sonríe, sus dedos tocando el objeto, observando los detalles.

— ¿Estás lista para acabar con esa mujer en el tribunal?

— Más que lista — responde confiada.

❀

Llegamos al tribunal y nos encontramos con Kanidas en la entrada. Mientras caminamos por el pasillo, veo abogados apresurados, testigos ansiosos y el típico movimiento de un entorno judicial.

— Recuerda, Elora, mantén la calma y responde solo a lo que te pregunten — refuerzo, y la veo asentir.

Al entrar en la sala, siento las miradas dirigidas hacia nosotros. La abogada rival, una mujer austera de mirada aguda, nos observa con una mezcla de desprecio y curiosidad.

El juez que presidirá el caso inicia los procedimientos, presentando a las partes y aclarando las reglas. Observo a Elora escuchar atentamente, su postura revela confianza y serenidad. Cuando llega su turno de declarar, se levanta con gracia, manteniendo la mirada firme.

— Señorita Elora, por favor, relate su versión de los hechos en cuestión — inicia el interrogatorio la abogada. — Según tengo entendido, es del interés de su madre, Loretta Drouhart, que su patrimonio esté seguro y bien administrado.

Elora suspira antes de comenzar a hablar, sus ojos reflejan determinación mezclada con un toque de tristeza.

— Señora, no veo motivos para pensar que las preocupaciones de Loretta sean reales. Creo que las acusaciones son infundadas. No hay razón alguna para creer que no pueda administrar mis propios negocios — Elora mantiene su postura, con la mirada fija en el juez, evitando cualquier contacto visual con Loretta.

— ¿Loretta? — pregunta perspicaz la abogada. — ¿No llamas madre a tu propia madre? — La abogada rival intenta desestabilizar a Elora.

Veo que respira profundamente, y puedo sentir toda su fuerza para no ser descortés en la corte. Acomoda sus manos sobre el regazo y antes de responder a la abogada, veo cómo levanta ligeramente la nariz, mostrando cuánto control tiene sobre la situación. Sé lo que viene; lanzará la bomba que es nuestro triunfo en medio de la corte para que todos la oigan.

— Loretta Drouhart no es mi madre.

La afirmación de Elora resuena en la sala, generando un murmullo entre los presentes. El juez, sorprendido, pide silencio antes de permitirle continuar. La abogada mira sorprendida a Loretta, quien probablemente no anticipó tal hecho.

— La verdad es que fui robada en la maternidad. Loretta Drouhart no es mi madre biológica, y su difunto esposo era, de hecho, mi tío, no mi padre — Elora mantiene la compostura, a pesar de la conmoción en la sala. — Descubrí recientemente todas estas cosas, y solo ahora he podido reunir suficientes pruebas para poder acusarla.

Kanidas se acerca al juez con semblante serio, sosteniendo firmemente el expediente de pruebas. Lo entrega respetuosamente al juez, quien acepta el documento con curiosidad y comienza a analizar su contenido. La sala queda en silencio, todas las miradas fijas en el magistrado, esperando su reacción ante las revelaciones sorprendentes.

El juez hojea las páginas del expediente, sus ojos recorren cuidadosamente los documentos compilados por Kanidas. Elora permanece con su mirada confiada, manteniendo la postura, mientras la abogada rival parece desconcertada por el giro inesperado de los acontecimientos.

— Excelencia, las pruebas contenidas en este expediente son fundamentales para esclarecer la veracidad de las alegaciones de mi cliente — afirma Kanidas, con voz firme y convincente.

El juez levanta la mirada por encima de los anteojos, fijando sus ojos en el rostro de Elora.

— Señorita Elora, esto es inesperado. Si estas alegaciones son verdaderas, ciertamente tendremos que reevaluar la naturaleza de este caso — comenta el juez, manteniendo la imparcialidad esperada de su posición.

Mientras la abogada rival intenta asimilar la nueva información, hojeando diversos papeles, Elora respira profundamente, preparándose para el desarrollo de las próximas etapas del proceso.

— Excelencia, además de las evidencias presentadas, también solicitamos que se realicen pruebas de ADN entre la señora Loretta y Elora, para confirmar la veracidad de la información contenida en el expediente. — sugiere Kanidas, buscando reforzar aún más la posición de su cliente.

El juez, después de escuchar la sugerencia de Kanidas, frunce el ceño por un momento, reflexionando sobre la situación. Luego, dirige la mirada a Kanidas.

— Esto será debidamente considerado.

— Además, Excelencia, ya hemos incluido en el expediente una prueba de ADN que confirma la relación de parentesco entre la señorita Elora y su hermana biológica, Pérola, quien no fue víctima del robo en la maternidad. Pérola también está presente como testigo para confirmar estos hechos.

El juez asiente, visiblemente satisfecho con la organización del expediente presentado.

— Muy bien, señor Kanidas. La inclusión de estos elementos es crucial para esclarecer los puntos en cuestión. La corte deliberará sobre la validez de estas pruebas. Volveremos en dos horas para continuar la sesión. — anuncia el juez, dando inicio al receso.

El pasillo del tribunal se llena de susurros y discusiones sobre las sorprendentes revelaciones. La tensión en el aire es palpable, pero Elora mantiene la calma, confiada en que la

verdad está de su lado.

Mientras nos dirigimos al área de descanso, percibo que el peso de lo que acaba de ser revelado todavía flota en el aire. Elora mantiene su compostura, pero puedo notar la tensión subyacente en su semblante. Kanidas nos acompaña, su mirada seria reflejando la importancia de lo que está en juego. Desde que descubrimos el caso de Elora, Kanidas y yo sabíamos que sería completamente fácil demostrar que Loretta estaba haciendo acusaciones falsas sobre Elora, pero después de verla hablar de esa manera con Elora, en esa tarde que fue hasta mi casa, el odio me consumió y supe que necesitaba hacer más.

Fue entonces cuando empezamos a encaminar el caso, que antes sería solo sobre la herencia, hacia el robo de un vulnerable.

— No hay posibilidad de que el juez no acepte el expediente que has preparado, Demétrios. Está completamente impecable. Estas son las ventajas de trabajar junto a un juez; sabes perfectamente lo que necesitan y quieren. — dice Kanidas al tocarme los hombros. — Probablemente Loretta salga de aquí tras las rejas y tú, Elora, tan rica como mi primo aquí.

— No me importa el dinero. — dice Elora con confianza. — Pero saber que esa mujer pagará por todo lo que nos hizo hace que me sienta mínimamente vengada.

— Elora... — veo cuando la hermana de Elora, Pérola, se acerca y la abraza con fuerza.

— Parece que tienes el caso ganado por aquí, ¿verdad, Demétrios? — Mi hermano, Stefanos, me saluda.

Asiento, sabiendo que tiene razón en sus palabras. Decidimos tomar un café para recuperar un poco de normalidad, al menos temporalmente. Al entrar en la cafetería del tribunal, noto que los murmullos a nuestro alrededor no cesan. Los abogados murmuran entre ellos, los testigos intercambian miradas curiosas, y la atmósfera parece eléctricamente cargada. Después de todo, la familia Drouhart es conocida, y dos Nikopoulos en la sala, un rapto de bebé y una hermana perdida, atraen la atención de toda una vida.

Nos sentamos en una mesa discreta, lejos de las miradas curiosas. Kanidas despliega un mapa estratégico de lo que vendrá a continuación, delineando posibles desarrollos y preparando a Elora para las próximas fases del proceso. Mientras conversamos, veo a Loretta Drouhart acercarse con pasos calculados.

Su expresión es una mezcla de desprecio e incredulidad. Se planta frente a nosotros, con los ojos entrecerrados como si intentara desentrañar nuestras intenciones. Con una sonrisa afilada, comienza su ataque verbal.

— ¿De verdad creen que estas historias absurdas van a convencer a alguien, querida? ¿Un robo en la maternidad? ¿En serio? Estás cavando tu propia tumba, Elora.

Elora mira directamente a los ojos de Loretta, manteniendo la calma que se ha convertido en su sello distintivo. Sus labios esbozan una sonrisa sutil, revelando una determinación que parece haberse fortalecido con las revelaciones hechas en el tribunal.

— No estoy aquí para convencer a nadie, Loretta. Estoy aquí para exponer la verdad. La verdad que has ocultado durante tanto tiempo.

Loretta suelta una risa sarcástica, como si estuviera frente a una broma de mal gusto.

— La verdad, querida, es una cuestión de perspectiva. Y en el tribunal, la perspectiva que importa es la que ven los jueces.

Antes de que Elora pueda responder, respiro profundamente e intervengo con una voz firme y autoritaria.

— Loretta, tal vez sea mejor guardar nuestras opiniones para la sala de audiencias. La verdad se revelará allí, no aquí. —digo, usando todo mi autocontrol.

Loretta lanza una última mirada de desdén antes de alejarse, su risa resonando por el pasillo del tribunal.

— Todo saldrá bien. — Pérola toca una de las manos de Elora, quien sonríe tranquilamente.

— Lo sé... no tengo dudas al respecto. —dice Elora con confianza.

Mientras observo a Elora y Pérola intercambiar palabras reconfortantes, siento la caja del anillo en mi bolsillo. No puedo dejar de pensar que, tan pronto como termine la audiencia y Elora gane el caso, le pediré matrimonio. Sonrío para mí mismo al pensar que cada uno de mis hermanos pensará que estoy loco y completamente irracional. ¿Cómo puedo pedirle matrimonio a una mujer tan rápidamente?

Simplemente lo sé, sé que... cuando estas cosas suceden, cuando el amor golpea tan fuerte en nuestra puerta, no hay razones para resistir. Amo a Elora, y sé... por la forma en que me mira, que ella también me ama.

Y no hay motivos para posponer algo que ni siquiera sabía que necesitaba.

CAPÍTULO 30

Elora

Mientras esperamos el regreso de la audiencia, intento mantener la calma, a pesar de la ansiedad que casi me quita el aliento. Demétrios y Kanidas conversan sobre los detalles del caso, discutiendo estrategias para fortalecer aún más nuestra posición. Respiro profundamente, recordando la importancia de mantenerme firme ante las revelaciones que han sacudido al tribunal.

La sala de audiencias se llena nuevamente a medida que todos regresan de sus recesos. El juez retoma su lugar y, con seriedad, mira a la abogada rival y luego a mí. Es como si estuviera a punto de anunciar algo crucial.

— Señorita Elora y señor Kanidas, después de una cuidadosa deliberación, la corte ha decidido aceptar las pruebas presentadas en el expediente. Además, estamos de acuerdo en realizar las pruebas de ADN entre la señora Loretta Drouhart y la señorita Elora Drouhart solicitadas para confirmar la veracidad de la información.

Siento un alivio momentáneo al saber que las pruebas han sido aceptadas. La abogada rival parece resignada ante los acontecimientos, mientras que Loretta, en la audiencia, mantiene una expresión de sorpresa con un toque de nerviosismo.

El juez continúa con su voz solemne:

— Basándonos en las pruebas presentadas, este tribunal decreta que la herencia en cuestión pertenece, por derecho, a la señorita Elora Drouhart. A partir de este momento, ella es reconocida como la legítima heredera, y todos los beneficios y responsabilidades asociados le son conferidos de inmediato.

Un suspiro colectivo recorre la sala, y apenas puedo creer lo que acabo de escuchar. Mis ojos se encuentran con los de Demétrios y Kanidas, quienes comparten una sonrisa de satisfacción. La abogada rival parece aún más abatida, mientras que Loretta parece incapaz de procesar completamente el giro de los acontecimientos.

El juez, manteniendo su postura seria, continúa:

— Sin embargo, este tribunal también reconoce que las acusaciones de robo de menor contra la señora Loretta son graves y merecen una investigación adecuada. El enfoque de este caso ahora se centra en esclarecer las circunstancias en torno a este incidente, garantizando justicia y equidad para todas las partes involucradas.

El juez aclara su garganta antes de continuar, su mirada seria fija en Loretta.

— Además, como medida cautelar durante el período de esta investigación, se establece que la señora Loretta no podrá viajar fuera del estado ni ausentarse por largos períodos sin la autorización previa de este tribunal. Esta restricción tiene como objetivo garantizar la integridad del proceso y asegurar que todas las partes involucradas puedan colaborar de manera efectiva. Señora Loretta, le pido que comprenda la seriedad de esta situación y coopere plenamente con las autoridades durante el curso de esta investigación.

Loretta, visiblemente impactada, asiente con la cabeza mientras el peso de las palabras del juez se asienta. Mientras el juez concluye su declaración, mi corazón todavía late rápido, pero ahora se mezcla con un sentimiento de triunfo y determinación. Mis ojos recorren la sala y encuentran los de Pérola, mi hermana. Su sonrisa dulce y radiante está dirigida a mí, ella... mi hermana que en tan poco tiempo ha ganado tanto espacio en mi corazón y que fue separada de mí por la codicia, por las intrigas... por pura maldad. Verla ahora, cuando la justicia está a punto de hacerse, hace que todo mi cuerpo respire aliviado.

Después de la decisión del tribunal, el ambiente en la sala de audiencias sigue cargado, pero ahora hay un mezcla de alivio y tensión. Los presentes comienzan a levantarse, y me acerco a Pérola, que tiene una sonrisa radiante y expresión de felicidad. Demétrios, Kanidas y Stefanos se unen a nosotros.

— Elora, estamos increíblemente felices por ti. La justicia prevaleció —dice Stefanos, mientras Demétrios asiente con satisfacción.

— Sí, fue una batalla dura, pero valió la pena.

Kanidas se acerca, con una mirada seria pero orgullosa:

— Elora, ahora eres oficialmente la legítima heredera. Asegúrate de usar este poder con sabiduría y justicia.

— Felicidades, Elora. —Finalmente, Demétrios dice al tocar mis manos; su mirada se encuentra con la mía, y toda la electricidad que suele traer consigo está aquí, de nuevo, solo con el roce de nuestras manos. No estoy segura de cuánto tiempo hemos estado así, pero escucho a Stefanos aclararse la garganta, y ambos nos volvemos un poco desorientados.

— ¿Y cuánto tiempo llevan juntos los tortolitos? —pregunta Stefanos, y siento que mi rostro arde.

— Oh... —digo, sin estar segura de cómo terminar.

— Desde hace poco tiempo. —Demétrios toma la delantera y responde; y lo miro sorprendida.

Eso significa que estamos juntos?

— ¡Lo sabía! — exclama Pérola victoriosa. — Sabía que estabais teniendo algo...

— No te jactes, hermanita. Cuando lo supusiste, realmente no había nada. — digo, arrugando ligeramente la nariz, mientras una risita fina y femenina sale de su garganta.

— Claro que lo había, la chispa ya estaba ahí... solo faltaba echar un poco de gasolina. — dice, sonriendo.

No puedo discutirle, realmente tiene razón.

Mientras descendemos las enormes escaleras del tribunal, tengo mis brazos envueltos alrededor de Demétrios y le pregunto:

— ¿Y cómo serán las cosas ahora? ¿Cuándo será arrestada Loretta?

— El juez no puede emitir una orden de arresto para ella aún; la investigación debe continuar. Pero con todas las pruebas que proporcionamos y la relación de parentesco tuya y de Pérola, será completamente imposible que se escape de esto.

Al llegar al final de la escalera, mi mirada encuentra rápidamente la de Loretta, que aparece repentinamente, llena de furia y descontrol. Sus ojos están inyectados de rabia mientras desprecia con sarcasmo:

— ¿Creen que pueden quitarme todo, verdad? Pero no me verán caer tan fácilmente. ¿Piensan que serán felices, Pérola y tú, Elora? Tuve que ser tu madre, soportarte, siendo una niñata insoportable, y tú, Pérola, una pobretona, bastarda. ¡Nunca! Jamás permitiré que salgáis airosas.

Avanza, empujando a las personas a su alrededor, y se acerca a Pérola y a mí. Su voz resuena en el ambiente, mezclándose con el murmullo consternado de los presentes. Su mirada está cargada de algo que nunca necesité en mi vida, un odio diabólico y casi demoníaco. Sus ojos me miran como si fuera a matarme, y aunque tiemblo ante tanta intensidad, la enfrento de frente.

— Si fuera tú, ahorraría mis energías; en la cárcel, te harán mucha falta cuando necesites luchar por tu supervivencia. — digo, cínicamente, veo casi soltar fuego por los ojos.

Loretta, en un movimiento rápido, saca un arma pequeña de su bolso y me apunta directamente. El tiempo parece congelarse, y retrocedo completamente sorprendida, mientras sus ojos arden de odio.

— ¡Maldita niñata! Te odio... — grita con todas las fuerzas de sus pulmones mientras agita el arma de manera errática y nerviosa.

— Loretta Drouhart no caerá en la miseria ni irá a la cárcel. — exclama, su voz estridente cortando el tenso aire.

Un ruido estridente resuena alto, y me agacho por puro instinto; antes de que pueda reaccionar, Demétrios se posiciona firmemente frente a mí, actuando como un escudo protector. Sus ojos se estrechan, y él percibe el peligro inminente. Loretta, sin dudarlo, aprieta el gatillo una vez más. El sonido ensordecedor del disparo resuena en la escalera, reverberando entre los escalones de concreto.

El impacto del segundo proyectil golpea a Demétrios en un instante de pura tragedia. Su cuerpo es arrojado hacia atrás, mientras yo, atónita, presencio la escena ante mis ojos. Una

mezcla de pánico y desesperación se apodera de mí, y la visión de Demétrios caído en el suelo es como un golpe directo a mi corazón.

Loretta, por un breve momento, parece saborear la sensación de poder que el acto le proporciona. Su mirada sádica se cruza con la mía, mientras ella sonríe de manera enfermiza. El caos se instala en la escalera, con la gente a mi alrededor gritando y corriendo en todas direcciones.

Me arrodillo junto a Demétrios, con las manos temblando. Su rostro está pálido, y la sangre se esparce por el suelo.

— ¿Qué has hecho, Demétrios? — pregunto, dejando que las lágrimas rueden por mis ojos.

— He hecho lo que necesitaba hacer para protegerte.

Loretta ríe, un sonido desagradable que corta el aire. Mi cuerpo tiembla, mi corazón martillea en mis oídos; todo se convierte en un borrón a mi alrededor. La visión de Demétrios caído, el dolor estampado en su rostro, es como un cuchillo clavado en mi pecho. Mis ojos, ahora llenos de lágrimas, encuentran los de Loretta, que aún apunta el arma en mi dirección con una sonrisa perversa. Stefanos la sujeta inmovilizándola, y rápidamente policías la rodean, pero todo es un borrón; toda mi atención está enfocada en Demétrios frente a mí.

— No, no, no... — murmuro desesperada junto al cuerpo de Demétrios, mis manos temblorosas intentan presionar la herida. La sangre corre entre mis dedos, mi corazón se comprime en mi pecho, dándome la prueba de la peor sensación que he experimentado en mi vida. El rostro de Demétrios está pálido, sus ojos encuentran los míos con una mezcla de dolor y determinación.

— Elora, por favor... — murmura con dificultad, una sombra de sonrisa en los labios. — No llores, estoy bien.

Las lágrimas recorren mi rostro, amortiguando el shock que me consume. El dolor es abrumador, y cada segundo parece una eternidad.

— ¡Llamen a una ambulancia, por amor de Dios! — el grito esgarrador sale de mi garganta.

No sabría decir cuánto tiempo ha pasado, pero ahora el sonido estridente de la sirena de la ambulancia corta el aire, en medio del murmullo de la gente en el caótico ambiente.

Las luces parpadean, mezclándose con el confuso borrón que es mi campo de visión. Los paramédicos corren hacia nosotros, sus uniformes fluorescentes se mezclan con los colores desvaídos a mi alrededor.

— ¡Aparta, por favor! — pide uno de los paramédicos, amable, mientras me alejo del cuerpo de Demétrios. Mis piernas parecen pesadas, mi cuerpo tembloroso y débil. La visión borrosa dificulta distinguir detalles, pero puedo percibir la expresión preocupada de los

socorristas.

Arrodillada, los veo trabajar frenéticamente para estabilizar a Demétrios. La sirena sigue sonando, creando una cacofonía estridente que se mezcla con mi estado de shock. Loretta ya no está cerca, ha sido llevada por los policías, pero su risa, su mirada... el disparo aún resuena en mi mente, confundida con tantos estímulos. Mi rostro está completamente bañado en lágrimas, pero simplemente no siento que salgan de mis ojos.

— Él va a estar bien, señorita. Vamos a llevarlo al hospital ahora. Necesita que nos acompañe —dice uno de los paramédicos, intentando guiarme, pero mis ojos están fijos en Demétrios, cuyo rostro muestra una lucha interna contra el dolor.

Caminamos apresuradamente hacia la ambulancia, cuyas puertas traseras están abiertas, esperando para tragarse la angustia que permea ese momento. El interior es una extensión del borrón fuera, pero encuentro un lugar junto a Demétrios mientras la ambulancia parte con las sirenas ululantes.

El trayecto es una mezcla de sonidos indistintos, luces deslumbrantes y la agonía silenciosa que llena el espacio entre nosotros. Mis manos están manchadas de sangre... sangre de Demétrios, y mi mente oscila entre la brutal realidad que acaba de ocurrir y la esperanza temblorosa de que Demétrios estará bien.

Al llegar al hospital, el caos externo se transforma en un frenesí interno. Médicos y enfermeros asumen el control de la situación, mientras yo me quedo al margen, observando impotente. Las palabras de los profesionales de la salud se pierden en mi mente nublada, y no pasa mucho tiempo antes de que Pérola y Stefanos lleguen al ambiente. Pérola me abraza, y siento que puedo desmoronarme en sus hombros, y un llanto sonoro comienza a brotar de mí.

— Debería ser yo allí... no Demétrios. — digo entre sollozos. — Debería ser yo...

— Tranquilízate, Elora. No es culpa tuya... la culpa es de esa mujer terrible.

— Maldita, maldita, mil veces maldita! Ella quiere quitarme todo, no quiere que tenga nada, nunca en la vida. — digo entre el llanto que parece intensificarse. — ¿Y si Demétrios muere? — pregunto al mirar a los ojos de Pérola, que están comprensivos y temerosos.

— Él no va a morir. Demétrios es un hombre fuerte, saludable; va a resistir, Dios está cuidando de él.

CAPÍTULO 31

Elora

Algunas horas pasan en la sala de espera del hospital, y la ansiedad está carcomiendo mi alma. Konstantinos y Lysandros, hermanos de Demétrios a quienes no conocía, se unen a nosotros, además de su madre, a la que acabo de conocer en las peores circunstancias. No parece haber fuerzas en ninguno de nosotros para siquiera abrir la boca, solo nos miramos de vez en cuando. Pérola se fue a casa y trajo a Lili para estar con ella y con Aurora, lejos de todo el caos que está ocurriendo aquí. Lili aún no sabe nada, y sé que es mejor así, al menos por ahora.

Decido que necesito un momento de paz, de alguna manera, para calmar mi alma angustiada. Con pasos vacilantes, me alejo de la agitación de la sala de espera y me dirijo a la capilla del hospital. Las puertas se abren silenciosamente y entro en el ambiente tranquilo y sereno.

La luz de las velas se refleja en las paredes mientras me arrodillo frente al altar. Las lágrimas aún están presentes, pero ahora ruedan silenciosamente por mi rostro. No me he mirado en el espejo, pero sé que mi cara está apática, al igual que siento mi cuerpo. Mi mente está llena de preguntas sin respuestas y mi corazón está en un estado de constante aprensión.

— ¿Por qué, Señor, por qué dejaste que esto ocurriera? — murmuro casi de manera inaudible. — ¿Por qué justo a él, que es un hombre tan bueno? Tan honrado, tan... — no consigo terminar la frase, pues mi llanto me domina.

Trago saliva y vuelvo la mirada hacia el altar.

— Si hay alguien que merece sufrir a manos de Loretta, soy yo... no él. Fui yo quien decidió vengarse, yo quien no dejó que se quedara con la maldita herencia, y si quieres llevarte a alguien, llévame a mí... por favor, no a él... él no tiene culpa de nada.

La voz de una señora, que entró sin que yo me diera cuenta, suena a mis espaldas, suave y reconfortante, rompiendo el silencio solemne del lugar.

— Yo también me he visto ante dolores insoportables y he aprendido que no podemos controlar todo. A veces, solo nos queda confiar y encontrar fuerza en la fe. — comienza y capta toda mi atención. — Pero no dudes que Dios no quiere nuestro mal y nunca castigará a sus hijos de esa manera; el mal al que te refieres viene de la tierra y de los humanos que la habitan.

Respiro hondo, intentando absorber sus palabras, aunque el dolor aún pesa en mi pecho.

— No sé si puedo entender eso ahora.

La señora sonríe amablemente, como si comprendiera la agonía en mi corazón.

— Ven... siéntate aquí. — dice tocando el banco, y yo obedezco.

La señora me sonríe con serenidad y confianza mientras me mira a los ojos, tiene el cabello rubio y su rostro me resulta tan familiar. No sabría decir por qué, pero me transmite una paz, una paz que solo vi en una persona en esta vida.

— Eres joven, y por lo que veo tienes un espíritu fuerte e imponente; es natural que te sientas así. Pero ten fe... todo estará bien, recemos juntas, ¿te parece?

La señora coloca su mano suavemente sobre la mía y cierra los ojos. La imito, permitiendo que sus palabras de consuelo resuenen en mi corazón.

— Señor, concédenos la serenidad para aceptar las cosas que no podemos cambiar, valor para cambiar las cosas que podemos y sabiduría para distinguir la diferencia. Quédate con nosotros, Señor, mientras enfrentamos las incertidumbres de la vida. Amén. — finaliza, y abro los ojos y la veo sonreír. — Ahora calma tu corazón, niña. La paz que transmite... me recuerda a la Madre Superiora y cómo necesitaba tenerla aquí ahora, y esta señora llegó como un ángel para suplir esa necesidad.

— Gracias. — digo al besar sus manos suavemente. — Usted me ha ayudado mucho.

— Yo no, querida... Dios. — sonríe, y escucho la puerta de la capilla abrirse.

Es Stefanos, me mira y me llama suavemente con la mano. Me levanto rápidamente, ansiosa, y me despido de la señora.

— Y recuerda, niña, la fe no elimina el dolor... pero nos ayuda a enfrentarlo.

Asiento con la cabeza y una pequeña sonrisa en el rostro, y me dirijo a la puerta.

— ¿Qué ha pasado, Stefanos?

— Tenemos noticias, Demétrios ha salido de la cirugía.

— ¿Y cómo está? ¿Está bien? — pregunto ansiosa, sintiendo que el corazón se me va a salir por la boca.

— Está fuera de peligro, pero aún está dormido.

— ¿Puedo verlo?

— Sí, vamos. ¿No viene usted, señora Matilda? — pregunta Stefanos, dirigiéndose a la señora que sigue sentada en la capilla y que niega suavemente. Mi mente está acelerada y apenas puedo pensar en quién es la señora, solo consigo correr.

Entro en la habitación, la atmósfera es pesada, y el característico olor a hospital llena el aire. Demétrios está tumbado en la cama, pálido e inmóvil. Las máquinas a su alrededor emiten sonidos monótonos, monitorizando su estado. Mi corazón se acelera al verlo así, pero la noticia de que está fuera de peligro me da un alivio momentáneo.

— Oh, Demétrios... — susurro, acercándome lentamente a la cama. Su mano reposa sobre la manta, y la sostengo con ternura.

Aún sujetando su mano, permito que las lágrimas rueden por mi rostro. El miedo a perderlo es abrumador.

— No me dejes, por favor... no me dejes. — suplico, sintiendo las lágrimas correr por mi cara.

Mi voz tiembla, pero intento mantener la calma mientras sigo hablando con él. De repente, noto un sutil movimiento en su mano. Mis ojos se agrandan al ver sus pestañas temblar, indicando que está despertando.

— ¿Demétrios? — llamo suavemente, apretando su mano con más fuerza. — Estoy aquí, mi amor.

Sus ojos se abren lentamente, parpadeando para adaptarse a la luz. El reconocimiento gradual aparece en su rostro, y una débil sonrisa se forma en sus labios.

— Elora... — murmura, su voz débil pero llena de emoción. — No me voy a ninguna parte. — dice respondiendo a mis palabras de instantes atrás. — Va a hacer falta mucho más que una bala para sacarme de tu vida.

Una sonrisa se abre en mi rostro en medio del llanto, y siento que el pecho me va a estallar de tanta felicidad.

— Nos has asustado. — digo limpiando las lágrimas que no dejan de caer.

— ¿Quieres decir que la dura Elora Drouhart estaba llorando por mí?

— Claro que sí. ¿Cómo no iba a llorar por el hombre que amo?

— Me gusta eso... me gusta cómo suena, cómo esas palabras salen de tus labios.

Me sonrojo, y veo que sonríe galante. Sigo sujetando la mano de Demétrios, sintiendo la calidez tranquilizadora de sus dedos entre los míos. Sus ojos encuentran los míos, y es como si todo el peso del mundo hubiera sido retirado de mis hombros. La alegría de tenerlo de vuelta es abrumadora, y una sonrisa más amplia se forma en mi rostro.

— Estaba aterrorizada.

Él acaricia mi rostro con ternura, sus dedos trazando suavemente las líneas de mis lágrimas secas.

— Lo sé, Elora. Y lo siento por eso. Nunca quise hacerte sentir esto.

— No es tu culpa. — digo rápidamente, sintiendo la necesidad de disipar cualquier sentimiento de culpa que él pueda estar cargando. — La culpa es toda de Loretta. Y va a pagar por todo lo que ha hecho.

Demétrios asiente con la cabeza, aceptándolo en silencio. Un momento de silencio se instala entre nosotros, pero es un silencio reconfortante, cargado de entendimiento mutuo.

— Ahora déjame avisar a tu familia, todos están preocupados. — digo al levantarme abruptamente, sin darle tiempo para protestar.

— Elora... — dice, pero ya estoy saliendo por la puerta.

CAPÍTULO 32

Elora

— ¿Qué será de Loretta ahora? — pregunto.

Mientras todos los hermanos y la madre de Demétrios llenan la habitación, estoy tomando un café con Kanidas en la cafetería del hospital.

— Bueno, le disparó dos veces a uno de los jueces más importantes de este país... sinceramente, no me gustaría estar en su lugar.

— Quiero verla.

Kanidas me mira mientras toma un largo sorbo de su café antes de responder. Demétrios está fuera de peligro y necesito resolver esto de una vez por todas, y sacar el fantasma de Loretta Drouhart de mi vida.

— A Demétrios no le gustará esto.

— Me da igual, llévame a verla. — digo ignorando la posible objeción de Kanidas.

— Elora... — Kanidas empieza de manera vacilante. — Espera a que Demétrios salga del hospital, y él mismo irá contigo.

— ¡No! — respondo tajante. — No quiero, o mejor dicho, no puedo esperar, y si no me llevas, iré sola.

Kanidas respira hondo y parece reflexionar por un momento antes de finalmente asentir.

— Está bien, Elora. Intentaré conseguir una visita para ti, pero no será fácil, acaba de ser arrestada y conseguir permiso para las visitas puede ser complicado.

— ¡Hoy mismo! — digo, mirándolo decidida.

Él suspira profundamente.

— Cielos, eres terrible, ya veo lo que Demétrios vio en ti. Está bien... haré algunas llamadas y veré qué puedo conseguir.

❀

Aparentemente, la eficiencia está en la sangre de la familia, ya que Kanidas no tarda en conseguir la autorización. Ahora, estamos estacionando frente a la comisaría donde Loretta está detenida.

— Elora, recuerda que es una comisaría, así que sigue las reglas al pie de la letra.

— No es la primera vez que vengo a una de estas. — digo al quitarme el cinturón y salir del coche.

Al entrar en la comisaría, siento el ambiente impregnado con ese típico olor de formalidad mezclado con la tensión inherente al lugar. Las paredes blancas y la iluminación fluorescente crean una atmósfera poco acogedora. Kanidas va delante, dirigiéndose a recepción con una expresión seria y decidida.

La recepcionista detrás del mostrador nos mira con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Kanidas, eficiente como siempre, presenta los documentos necesarios, y rápidamente conseguimos el permiso para visitar a Loretta. Le sigo por los estrechos pasillos, observando las celdas mientras pasamos.

Finalmente, llegamos a la sala donde Loretta está detenida. Verla allí, con los ojos cansados y un semblante desafiante, provoca una mezcla de emociones en mí. Respiro hondo, preparándome para el inminente enfrentamiento.

— Loretta. — Mi voz sale firme, pero intento mantener la calma. Ella levanta la vista, sus ojos encuentran los míos con una expresión que mezcla sorpresa y desdén.

— Elora, querida. Qué sorpresa verte aquí. ¿Qué te trae a mi humilde morada temporal? — su voz es una mezcla de sarcasmo y provocación.

Ignoro el tono provocativo y me acerco a la reja que nos separa. La encaro intensamente, sin parpadear.

— Quería verte en tu decadencia. — digo abriendo una sonrisa victoriosa. — He venido a presenciar tu sufrimiento con mis propios ojos.

— Mírala, toda afilada en mi presencia. ¿Quién te da tanta seguridad?

— Tus palabras ya no me afectan, Loretta. Ya no me afectas.

Ella suelta una risa ácida, ignorando la gravedad de la situación.

— ¿Estás tan segura por el juez que tienes en el bolsillo? Querida, ¿crees que Demétrios Nikopoulos, el juez más renombrado del país, va a seguir contigo? Después de que le disparé por tu culpa, te odiará.

— ¡Cierra la boca! ¡Demétrios me ama!

Ella se ríe nuevamente, dejando que el sonido estridente invada mis oídos, y antes de que la ira intente dominarme, noto lo que está intentando hacer.

— Es todo lo que te queda, ¿verdad? — digo, recuperando mi confianza, y la veo mirarme desconfiada.

— ¿De qué estás hablando?

— Intentar hacerme daño con tus palabras es lo único que te queda. Pero... eso ya no funciona.

Me acerco a las rejas, mis ojos deben de arder tanto como mi corazón. Observo las características de la mujer que me aterrorizó durante años, la mujer que nunca entendí por qué no me amaba, la mujer que en cada oportunidad me menospreciaba, me alejaba... me odiaba. La mujer que me enseñó lo que significa el odio.

— Tu juego psicológico no va a funcionar, Loretta. — afirmo, manteniendo mi postura inquebrantable. — Puedes intentar minar mi confianza, pero ya he superado tus trucos.

Loretta se acerca a los barrotes, su mirada desafiante buscando penetrar mi serenidad.

— Oh, Elora, siempre has sido tan predecible. —dice con una sonrisa irónica—. ¿Crees que tu seguridad está garantizada solo porque tienes a un juez bajo tu influencia? Puede que esté jugando un doble juego. A los hombres poderosos les encanta la traición.

La provocación me afecta, pero respiro hondo y pronto sonrío antes de responder.

— La traición es todo lo que conoces, Loretta, y eso me da una profunda lástima por ti. Demétrios es honorable, leal y muchas otras cosas que ni siquiera entenderías.

— ¿De verdad crees eso, querida? Conozco tus secretos, sé dónde eres vulnerable. Ese juez puede ser tu ruina, y me reiré cuando todo se desmorone a tu alrededor.

Mantengo mi mirada fija en sus ojos, sin darle el gusto de ver ninguna señal de debilidad.

— Eres un pasado del que estoy a punto de desprenderme, Loretta. Pagarás por todo lo que has hecho y luego serás olvidada por todos nosotros. Te pudrirás y marchitarás día tras día; ya no eres digna de odio, solo de lástima.

Al finalizar mis palabras, me doy la vuelta con determinación, decidida a dejar atrás ese ambiente cargado. Los barrotes de la celda de Loretta ahora sirven como una barrera simbólica entre mi pasado y mi presente.

Sin embargo, antes de que pueda dar más que unos pocos pasos, la voz de Loretta resuena por los estrechos pasillos de la comisaría.

— Para alguien que creció en un colegio de monjas, sabes muy poco sobre el perdón, ¿verdad, querida? Dejé tu alma negra con todo tu odio hacia mí, y eso nunca lo superarás.

— En realidad, Loretta, aprendí más de lo que imaginas en ese lugar. Creé lazos, gané madres y hermanas. Aprendí sobre la resiliencia, la compasión y, sobre todo, sobre el poder del perdón. Es verdad que dejaste marcas, pero esas marcas ya no definen quién soy. Elegí un

camino en el que ya no existes, un camino de construcción de algo mejor para mí.

Sin embargo, antes de que pueda dar más que unos pocos pasos, la voz de Loretta resuena por los estrechos pasillos de la comisaría.

— Elora, querida, ¿de verdad crees que puedes dejarme atrás? Puede que hayas puesto una cortina sobre los ojos del juez, pero la verdad siempre encuentra una manera de revelarse.

Ella continúa:

— Puedes pensar que estás en control, pero conozco tus debilidades. Y créeme, aprovecharé cada oportunidad para desmoronar esa fachada de seguridad que has construido.

Sigo adelante, ignorando las palabras venenosas que intenta lanzarme. Continúo, resistiendo la tentación de responder. Cada palabra que intercambio con ella parece alimentar al monstruo en el que se ha convertido. Opto por mantener la cabeza erguida; ella sigue maldiciendo, y su desesperación por afectarme me hace sentir cada vez más lástima por ella. Sus palabras ya no me afectan; finalmente, estoy libre de Loretta Drouhart.

CAPÍTULO 33

Demétrios
Dos semanas después

Han pasado dos semanas desde que todo ocurrió. Ahora, en casa, me encuentro en estado de recuperación, rodeado del amor y cuidado de Elora y Lili. La comodidad del hogar es una bendición después de los fríos y poco acogedores pasillos del hospital.

Mi brazo derecho aún está inmovilizado, un recordatorio constante de la bala que rozó. Siento rigidez cada vez que intento realizar un movimiento más amplio, pero agradezco al cielo que no fuera peor. La segunda bala dejó una marca más profunda en mi pecho, a unos centímetros a la izquierda del corazón, donde probablemente Loretta pretendía acertar de lleno.

— Papá, ¿puedo firmar tu escayola? — pregunta Lili, sosteniendo un marcador de colores en una mano y mirando mi brazo inmovilizado.

— Tal vez después, Lili. Ahora dejemos que descanse un poco. —dice Elora mientras coloca un cojín detrás de mí.

— ¡Vaya! No estoy tan mal, no me traten como a un bebé. —exclamo irritado e intento levantarme, sintiendo un leve pinchazo en el pecho.

— ¿Ves? ¿Por qué siempre quieres hacer de Superman? —dice Elora mientras me acomoda de nuevo en la cama.

— Solo no quiero que empiecen a tener ideas equivocadas.

— ¿Qué ideas equivocadas podríamos tener, Demétrios? ¿Que estás enfermo y necesitas nuestro amor?

— Hablando así parece que estoy perdiendo la cabeza.

— ¡Y lo estás! Ahora quédate quieto que Lili y yo vamos a prepararte una sopa bien rica.

— No me gusta la sopa. —exclamo rápidamente.

— A esta sí le gustarás. —me replica.

— No veo eso sucediendo.

— Puedo apostar a que te gustará.

— Pues apostemos entonces.

Elora me mira desafiante; tiene una forma de imponerse en cualquier situación en la que esté. Emite fuerza y una determinación que realmente me impresionan, incluso en situaciones tan

comunes como esta ahora.

— ¿Qué vamos a apostar? —pregunta desafiante.

— Podrías... —antes de que termine la frase, ambos miramos a Lili, que escucha nuestra conversación inocentemente, y rápidamente me callo. — ¡Maldición! Entonces tráemela, pero te advierto que no te hagas muchas ilusiones.

Elora se ríe, sabiendo perfectamente lo que iba a proponer.

— Entonces quédate tranquilito ahí.

— Como si pudiera ir a muchos lugares. —murmuro.

— Deja de ser tan gruñón. —dice sonriendo.

— Siempre ha sido así, Lora... —me delata Lili.

— ¿De qué lado estás, Lili?

— Del lado de Lora, claro... ella es chica, somos un equipo.

— ¿Ves, Demétrios? Ella está en mi equipo.

— Estoy perdido... ¿será así a partir de ahora? Ambas asienten con la cabeza positivamente y entrelazan los brazos, saliendo juntas de la habitación.

¡Estoy perdido con estas dos!

No pasa mucho tiempo antes de que vuelvan con una bandeja en la mano que contiene un tazón de sopa humeante y algunos trozos de pan fresco. Colocan la bandeja en la mesita al lado de la cama, y Lili se acerca con una sonrisa traviesa en el rostro.

— ¡Ya la probé, papá, está deliciosa!

Revuelvo los ojos, pero no puedo evitar sonreír.

— Vale, pasadme eso aquí. Dejadme probar. —digo haciendo un gesto con las manos pidiendo que me entreguen la bandeja.

Lili es rápida y ya sostiene la bandeja en sus pequeñas manos, mientras Elora la ayuda a acercarla hasta mí.

— Prueba... prueba ya, papá. —dice ansiosa.

Pruebo la primera cucharada de la sopa que, por el color, el aroma y ahora por el sabor, identifico como de tomate, e instantáneamente siento la cremosidad y el reconfortante calor bajar por mi garganta. La temperatura perfecta, como si Elora hubiera dominado el arte exacto de hacer sopa. Lili, con sus ojitos brillantes, espera mi reacción ansiosamente.

— ¿Está buena de verdad, papá? —pregunta ella, con una sonrisa traviesa.

— Toma, come con esto. —ofrece Elora.

Muerdo el trozo de pan con queso caliente que Elora pone en mis manos, y una explosión de sabores invade mi boca. La combinación perfecta entre el tomate en la sopa y el queso derretido en el pan es irresistible.

— Mmm... —digo, y las dos me miran con ansiedad. — Déjame probar un poco más. — digo y pruebo un poco más de la sopa, que puedo decir que fácilmente podría haber sido hecha por un ángel, y muerdo otro pequeño trozo de pan.

Está excepcionalmente buena, cielos.

— ¿Y bien? —Esta vez Elora pregunta.

— Déjame probar un poco más para estar seguro...

— ¡Ni hablar, nos estás tomando el pelo! —Exclama Elora, cogiendo la bandeja y quitándome el pan de las manos.— Si no te gusta, ¿por qué demonios sigues probando tanto?!

— Mmm... debo admitir que esto está sorprendentemente bueno. —admito, sorprendiéndome con mi sinceridad. — Realmente sabes cómo hacer una sopa, Elora.

Elora sonríe victoriosa, mientras Lili salta animadamente al lado de la cama.

— ¡Te dije que te gustaría, papá! —exclama Lili.

— La próxima vez no dudes de mis habilidades. —comenta Elora.

— ¿Ahora puedo firmar el yeso de papá? —pregunta Lili, volviéndose a Elora, quien asiente.

— Sí, ve a buscar el rotulador, Lili.

Lili corre emocionada a su habitación, entusiasmada por dejar su marca en el yeso que envuelve mi brazo. Elora me sonríe, satisfecha con su victoria en la apuesta de la sopa.

No pasa mucho tiempo hasta que la puerta se abre con un ímpetu juvenil, y Lili regresa sosteniendo un puñado de rotuladores de colores en sus pequeñas manos. Sus ojitos brillan con entusiasmo mientras se acerca a la cama. Elora se une a nosotros, curiosa por ver cómo se desarrollará esta sesión improvisada de autógrafos.

— ¡Listo, papá! ¿Puedo empezar? —pregunta Lili, con una sonrisa contagiosa.

— Claro, mi pequeña artista. Haz tu obra maestra. —respondo, extendiendo el brazo inmovilizado hacia ella.

Lili elige un rotulador rosa brillante y comienza a trazar líneas ligeras en el yeso. Está completamente concentrada en su tarea, expresando su creatividad con trazos delicados. Elora observa, sonriendo con ternura ante la escena. El contraste de los colores vibrantes de los rotuladores con el yeso blanco me hace fruncir ligeramente el ceño.

— ¿Qué estás escribiendo ahí, Lili? —pregunto intrigado.

— ¡No mires! Déjame terminar. —ordena ella y simplemente asiento.

Elora mira y, de vez en cuando, sonríe mientras ella traza nuevamente con los rotuladores.

— ¿Qué estás haciendo ahí? —pregunto impaciente.

— La niña ya te dijo que esperaras, cálmate, Demétrios. —reprende Elora, y bufó ligeramente.

Lili continúa su arte con gran concentración, y después de unos minutos, finalmente da un paso hacia atrás, orgullosa de lo que ha creado.

— ¡Listo, papá! Ahora puedes ver. —dice, mostrando una sonrisa radiante.

Miro el yeso, donde ella ha dejado su marca. Veo las palabras escritas con letras de colores y dibujos adorables alrededor. "Lôra", "Papá", "Lili", "Café" y "Peluche" están todos allí, decorados con pequeños corazones.

— Guau. —digo genuinamente sorprendido. — Hay muchos colores aquí.

— ¿Te gusta? —pregunta ella ansiosa.

— Sí, claro que sí, tu letra es preciosa, mi princesa, y mira, hasta Peluche y café están aquí.

— ¡Te quiero, papá! —exclama Lili, saltando en la cama y abrazándome con fuerza, atrayendo a Elora hacia el abrazo. — Ahora somos una familia feliz contigo, Lôra, ¡e incluso mis gatitos adorables! ¡Soy la niña más feliz del mundo!

— Nosotros también somos los más felices, ¿verdad, Demétrios? —pregunta Elora, mirándome con ternura.

— Sin duda. —respondo rápidamente.

— ¿De verdad estás feliz, Lili? ¿Conmigo aquí? —pregunta Elora ligeramente ansiosa, y dirijo mi mirada hacia Lili, quien está sonriendo de oreja a oreja.

— Por supuesto que sí. —responde ella de inmediato.— Tengo al mejor padre del mundo, dos mamás e incluso a dos gatitos adorables. ¿Qué más podría desear?

— ¿Dos mamás? —pregunta Elora curiosa.

— Sí, mi mamá que está en el cielo y ahora tú.

Veo cómo toda la expresión de Elora se transforma en ternura; sus manos van a su pecho como si hubiera sentido en su propio corazón la intensidad de las palabras de Lili. Elora se acerca y la envuelve en sus brazos, dándole un abrazo lleno de cariño, y puedo ver una lágrima

tímida escapar de sus ojos cuando los cierra para abrazarla.

— Gracias, Lili, eres una niña increíble. —dice Elora suavemente, mientras acaricia su cabello.— Y tu mamá allá en el cielo debe estar muy orgullosa de ti.

La escena ante mí calienta mi corazón, y una sonrisa involuntaria se forma en mis labios. Observar a Elora abrazando a Lili con tanto cariño y ver la expresión radiante de mi hija es como presenciar la construcción de algo verdaderamente especial. Algo que pensé que sería imposible encontrar de nuevo, esa felicidad que parece que no experimento en años, esa alegría... esa sensación de paz que llena mi pecho.

— Pero ahora es hora de dormir. — Dice ella al recuperar levemente el control de sus emociones, que parecen estar a flor de piel. — Ve a tu habitación que ya voy a ayudarte.

Con una brillante sonrisa, Lili se suelta del cálido abrazo de Elora y se gira hacia mi dirección. Con cariño, me da un suave beso en la mejilla y luego se vuelve hacia Elora, haciendo el mismo gesto afectuoso.

— Sois los mejores. — Exclama Lili, radiante de felicidad. — ¡Os quiero a los dos!

Elora y yo intercambiamos una mirada cómplice, mientras ella se aleja antes de despedirse con un último gesto.

— Voy a ponerla a dormir y ya vuelvo. — Dice Elora, y rápidamente sigue el mismo camino que Lili hizo.

No podría cuantificar, ni siquiera si quisiera, el tamaño de la felicidad que siento ahora en mi pecho. Lili está radiante, Elora está radiante, y yo estoy radiante. ¿Cómo todo pudo salir tan bien? ¿Cómo puedo ser tan afortunado? No podría saberlo, solo puedo disfrutar intensamente de esto. ¿Cómo un momento tan simple y común puede hacerme sentir tan bien?

Algunos minutos pasan hasta que veo la hermosa y encantadora imagen de Elora formarse nuevamente frente a mí. Se acerca y se sienta a mi lado, mirándome con sus ojos intensos y seguros.

— ¿Y bien? ¿Cuándo estarás libre para mí? — Pregunta Elora con malicia en su mirada.

En un movimiento rápido, la atraigo hacia mí, haciéndola quedar muy cerca de mí. Con mi brazo libre acaricio su rostro, observando cada detalle encantador. Siento su aroma entrar en mis poros y la veo morder ligeramente los labios con la cercanía. Con mi pulgar trazo el contorno de su boca y la acerco aún más a mí. Rozo mis labios en los suyos y la veo cerrar los ojos, entregándose tan fácilmente a mí.

— Siempre estoy disponible para ti, Elora. — Susurro y la siento estremecerse en mis brazos. — No pienses que solo porque tengo esta leve herida no voy a tomarte completamente para mí.

— Pero Demétrios... — Ella dice pero la interrumpo rápidamente con mis labios.

La beso con calma pero intensamente y apasionadamente y la veo suspirar contra mí. No hay nada mejor que los suspiros de Elora, esos suspiros apasionados, deseosos y entregados que me da a mí.

— Solo tenemos que ir despacio. — Susurro entre el beso y la veo asentir, con las mejillas sonrojadas de deseo.

CAPÍTULO 34

Elora

— Vamos a ir despacio. — susurra, y sus palabras hacen que todo mi cuerpo arda.

No puedo resistirme a él... cada parte de mi cuerpo quiere ser de Demétrios, quiere que él esté en mí, su calor, su sabor, su deseo consumiéndome por completo. Lo deseo... tan intensamente.

Sus manos tocan suavemente la tira de la blusa blanca ceñida que llevo puesta y descienden, sin prisa, por mis brazos. Acaricia suavemente mi piel, su toque es suave pero intenso, en la misma proporción. Sigue descendiendo, revelando mis senos bajo el sujetador, su boca roza mi piel y sus labios comienzan a depositar besos húmedos que hacen que cada fibra de mi cuerpo se erice. Su boca sigue descendiendo, pasando por mi cuello hasta detenerse en mis senos que ya están con los pezones erectos, anunciando mi excitación. Con solo una mano completamente libre, siento que llega a mi espalda y rápidamente desabrocha el cierre de mi sujetador, dejándolo suelto sobre mi piel.

Demétrios me mira al bajar y encontrarse con mis senos desprotegidos, su mirada es de fascinación, deseo, tiene una mezcla deliciosa de cosas. Él me hace sentir la mujer más hermosa y deseada del mundo.

— Eres tan hermosa... Elora. — Susurra casi como una súplica.

Sus labios vuelven a rozar mi piel, pero ahora deposita su lengua en mi aureola y comienza a hacer pequeños movimientos alrededor de ella, haciéndome jadear de deseo.

— Oh... Demétrios. — Murmuro, es todo lo que puedo pronunciar.

Él parece no tener ninguna consideración con mis lamentos deseosos y continúa los movimientos, ahora seguidos de succiones en mis pezones que me hacen gemir de placer.

— Me encanta tu gemido, Elora. — Susurra antes de volver a succionar deliciosamente.

Demétrios, con una sola mano, logra que me siente sobre él y cuando me doy cuenta, estoy en su regazo con la cabeza echada hacia atrás, permitiéndole que chupe mis pechos como desee.

— Eres mía, Elora. — Susurra mientras lleva sus labios a mi cuello, dejando un rastro de calor por donde quiera que pase.

Todo mi cuerpo absorbe cada uno de los estímulos que él me brinda, presiona con intensidad su cuerpo contra el mío y desliza sus labios hasta mis hombros. Sus besos en mi piel son hambrientos, sus movimientos contra mí son casi necesitados, como si necesitara cada vez

más mi piel contra la suya.

Él desciende su mano encontrando el borde de mi falda, que levanta y, en un movimiento rápido, solo escucho el rasgado del tejido y eso me excita aún más, deseándolo con aún más furia. Apoyo mis manos en su cuello y con más cuidado del que jamás imaginé que podría tener, quito su camisa evitando su yeso hasta revelar su pecho musculoso y masculino. La curación en su pecho está intacta y de alguna manera lo hace aún más imponente. Sus hombros anchos están rígidos y sus músculos están completamente definidos frente a mí.

¿Cómo, después de dos semanas en el hospital, puede seguir estando tan fuerte y viril?

— Eres el hombre más atractivo que he visto, Demétrios. — Digo, soltando las palabras casi como un desahogo para mí misma.

— Eso es bueno, ya que serás mía para siempre, a partir de ahora. — Dice él, y su boca encuentra la mía en un beso hambriento. Algo en Demétrios se activa en mí, con la misma intensidad... el deseo y el amor. Ambos van tan juntos que casi se vuelven uno solo. Juega con mi lengua mientras sus cabellos están enredados en mis dedos. Ambos llenos de lujuria, de necesidad... de amor.

Siento debajo de mí una excitación fuerte y pulsante y no puedo resistir la tentación de frotarme lentamente y lo siento gruñir contra mis labios.

— Me vas a matar, Elora... — susurra entre los besos mientras intensifico el movimiento.

— Esa está muy lejos de ser mi intención. — digo al retirarme levemente de su regazo y agacharme.

Mis manos encuentran su pantalón y lo bajan lentamente, luego retiran su ropa interior, revelando su excitación en toda su gloria.

— Elora... — Demétrios susurra casi como una súplica y muerdo ligeramente mis labios.

Mi lengua llega a su miembro y juego con su zona más sensible, veo cómo aprieta la mandíbula. Solo entonces lo tomo completamente en mi boca mientras disfruto de la pulsación de su piel contra la mía.

— Eso... eso, Elora. — susurra mientras intensifico los movimientos y lo veo perder el control.

Quiero darle tanto placer como él siempre me da, quiero llenarlo con lo mismo que hace que mi pecho se llene... quiero complacerlo... quiero amarlo.

Demétrios suspira fuerte y en un movimiento rápido me aparta de su excitación y me tira sobre la cama, colocándose sobre mí.

— Quiero derramarme dentro de ti... — dice y cada parte de mi cuerpo tiembla.

Abro mis piernas mientras siento que sus dedos pasan por mi intimidad.

— Ya estás tan mojada... — dice al lamer sus dedos y luego de apartar mi ropa interior hacia un lado, se posiciona en la entrada de mi cuerpo y se frota suavemente en ella.

Mis manos se aferran a las sábanas mientras siento cómo desliza su miembro en mi entrada, provocándome una ola de placer inexplicable.

— Te quiero... te quiero ahora. — digo entre suspiros, desesperada.

Él continúa provocándome y torturándome, deslizándose cada vez más profundamente y retirándose, hasta que finalmente lo siento encajarse completamente dentro de mí y su pecho sobre el mío. Gimo fuerte al sentirlo dentro de mí.

Siento sus manos llegar hasta las mías y nuestros dedos entrelazarse, sus movimientos son suaves pero firmes contra mí, y sus ojos de océano, los mismos que he amado desde la primera vez que lo vi, me están mirando mientras mi cuerpo siente el suyo completamente dentro de mí. Es como si todo a mi alrededor se detuviera, como si Demétrios estuviera fusionando su alma con la mía, como si un rayo nos golpeara mientras conectamos nuestros cuerpos. Hay tanto placer, tanta electricidad, tanta lujuria y tanto amor...

Sus ojos están clavados en los míos, y los míos en los suyos, su cuerpo moviéndose contra el mío, el sudor de nuestras pieles. Demétrios acerca su rostro al mío, aún con los ojos abiertos, y roza nuestros labios mientras embiste más profundamente, arrancando un gemido alto que resuena contra su boca y luego la toma para él en un beso lleno de deseo. Continúa moviéndose habilidosamente contra mí mientras me enloquece de pasión y placer, está reclamando cada parte de mi cuerpo para él, marcándome con su amor, con su placer.

Siento que mi cuerpo quiere explotar mientras él sigue tomándome, Demétrios parece tener aún más furia en sus movimientos a medida que mis gemidos se vuelven más altos y necesitados, a medida que siento que todo mi cuerpo se deshará debajo de él, y finalmente... no puedo aguantar más y suelto un grito agudo de puro placer al llegar al clímax y veo lo cerca que está él de alcanzar el suyo también, hasta que se derrama completamente dentro de mí soltando un grito de placer.

Siento su mano llegar a mi mandíbula y tirar de ella hacia él, robándome un beso húmedo e intenso hasta que escucho las palabras que salen de su boca:

— Cásate conmigo, Elora. — dice, mirándome con sus ojos de océano.

Aún siento los espasmos del orgasmo vibrar en mi cuerpo, pero parece que no es suficiente para Demétrios, porque ahora, con sus palabras, hace que una ola de energía aún más fuerte recorra mis venas.

— ¿Qué...? — murmuro, pero soy interrumpida nuevamente por sus labios urgentes.

— Cásate conmigo, Elora... — Repite como una confirmación de sus palabras.

Lo miro, sus ojos fijos, intensos, y llenos de fascinación mirándome. Sonrío, una sonrisa que viene de lo más profundo de mí.

— Sí. — respondo, y lo veo abrir una sonrisa que podría llenar fácilmente toda la habitación. — Sí, me caso contigo, Demétrios.

Sus labios vuelven a los míos, con besos llenos de amor y felicidad hasta que lo veo estirarse y tomar una cajita del mueble junto a la cama. La abre, y quedo encantada al ver un anillo precioso frente a mí.

— ¿Tú... cuándo... cómo? — Pregunto confundida, acomodándome en la cama.

— Lo compré antes del juicio, solo que no tuve oportunidad de pedírtelo de la manera adecuada, y no planeaba que fuera ahora... pero... no pude resistirme más.

— Fue perfecto. Te amo, Demétrios... te amo.

Él sonríe, con sus dientes hermosos y alineados, y toma delicadamente mi mano, colocando el anillo en ella.

— Encaja perfectamente. — exclama. — ¿Te gusta?

— Me encantó. Es lo más hermoso que he tenido. — digo al observarlo de cerca y notar los detalles.

— Te amo, Elora.

— Te amo, Demétrios.

Me sumerjo en la intensidad del momento, aún absorta en los segundos que han pasado. Demétrios, con su mirada profunda, sostiene mi mano con el anillo recién colocado. El brillo en sus ojos, la felicidad que irradia, puede ser lo más hermoso que he experimentado hasta ahora. Sin embargo, al desviar la mirada hacia abajo, noto algo malo.

Mis ojos se estrechan al darme cuenta de que el pecho de Demétrios, donde fue herido por la segunda bala, está sangrando a través del vendaje. El susto se mezcla con la urgencia, y mis manos instintivamente van hacia él.

— ¡Demétrios, estás sangrando! — exclamo, la preocupación apoderándose de mi voz.

Él respira profundamente, sus ojos encontrando los míos con una expresión de tranquilidad.

— No te preocupes, Elora. No es nada.

— ¡Dios mío, te he hecho esforzarte demasiado! Debes estar sintiendo dolor... ¿cómo pude... perdóname? — digo, palabra por palabra, demostrando mi total desesperación por la situación.

Mis manos tiemblan mientras toco delicadamente el vendaje, sintiendo la humedad roja.

— Vamos al hospital, vamos ahora... — digo con la voz temblorosa, y siento la mano de Demétrios tocar la mía y, con un gesto tranquilo, llevarla a sus labios, depositando un beso en

ella, con una sonrisa en el rostro.

— ¿Por qué estás sonriendo? ¡Esto es grave! — exclamo contrariada.

— Sonrío porque eres adorable cuando estás preocupada por mí.

— Deja de bromear, Demétrios.

— Elora, mi amor... modestia aparte, soy un hombre fuerte y probablemente podría levantar tres de ti en el gimnasio. ¿Realmente crees que un poco de sangre y un pequeño dolor me impedirán hacerte mía? ¿Poseerte de la manera en que lo hago ahora? Incluso si fuera cien veces este dolor, aún sería un precio demasiado bajo.

Termina sus palabras, y siento mis labios sonreír involuntariamente. Cielos, qué seguro de sí mismo es, y aún más masculino ahora.

— Pero... — intento decir, y lo veo sacudir levemente la cabeza.

— Pero nada, Elora. Ahora ven aquí. — Demétrios me atrae suavemente, haciéndome recostar sobre su pecho en el lado donde no tiene ninguna herida. — Duerme conmigo esta noche, y las próximas... y para siempre.

Me acomodo en su cuerpo y siento que todo mi ser se calma con su presencia, con su contacto.

Para siempre... es todo lo que quiero hacer, quedarme para siempre en los brazos del hombre que hizo vibrar cada parte de mi mundo.

Epílogo

Demétrios
Un año después

— ¿Qué os parece el azul? — pregunto.

— ¡No! — responden Elora y Lili al unísono.

— ¿Qué tal azul bebé? — sugiere Elora, y Lili reflexiona.

— Mmm... el azul bebé podría quedar muy bonito.

— Pero justo esa fue la color que mencioné. — me quejo y veo a ambas rodar los ojos.

Realmente se han unido en mi contra.

— Tú dijiste azul, no azul bebé. — explica Lili.

— Está bien... está bien, entonces ¿será azul bebé? — pregunto, apartando la paleta a un lado.

Elora la recoge del suelo y vuelve a hojearla.

— Pero ¿qué tal el verde musgo o quizás el amarillo mostaza? — pregunta a Lili.

— El mostaza sería tan hermoso. — brilla Lili con los ojos.

Respiro profundamente y me siento en el suelo.

— Nunca decidiremos el color de esta habitación. — bufé en voz alta.

— Ten paciencia, Demétrios... Roma no se construyó en un día.

— Vamos, pero esto no es Roma, solo es una habitación de bebé.

— Es la de nuestro bebé y del hermanito de Lili. — responde, y veo a Lili asentir vehementemente.

— Ya he perdido esta discusión, tómense el tiempo que necesiten.

El entorno está lleno de cajas, herramientas esparcidas y hojas de papel con bocetos e ideas para decorar la tan esperada habitación del bebé. El olor a cemento fresco impregna el aire, mientras que las paredes crudas esperan la elección de la pintura final.

Elora y Lili están inmersas en una animada discusión sobre los detalles del proyecto. Mientras Elora está decidida a explorar las posibilidades del verde musgo, Lili, con ojos brillantes, argumenta a favor del encanto del amarillo mostaza. Me siento en el suelo, observando cómo ambas hojean catálogos y discuten entusiastamente cada opción. Y aunque me queje, y aunque piense que cualquier color será perfecto, hay una satisfacción en mi alma al verlas tan emocionadas y comprometidas.

Elora mira el reloj en su muñeca y frunce el ceño al darse cuenta de que ya son más de las 4 de la tarde. Interrumpe la animada discusión con Lili y se gira hacia mí, con una expresión mixta de preocupación y ansiedad.

— Demétrios, ya casi es hora, los invitados empezarán a llegar en cualquier momento. — dice ansiosa. — Lili, decidiremos después, ¿vale? Ahora bajemos a echar un vistazo a la mesa de dulces.

Miro por la ventana, observando la actividad abajo. El sol empieza a ponerse, pintando el cielo con tonos cálidos y suaves. Una brisa ligera agita las cortinas, trayendo consigo el murmullo distante de los primeros invitados que comienzan a llegar.

— Creo que los primeros invitados ya han llegado. — digo, y veo a Elora abrir los ojos como platos y acercarse rápidamente a la ventana para ver a Stefanos y Pérola entrando al jardín, seguidos de Lysandros y Melina, y luego Konstantinos.

— Creo que todos mis hermanos han llegado.

— ¿Por qué tus hermanos tienen que ser tan puntuales? — me pregunta estrechando los ojos.

Encogí los hombros.

— Es cosa de familia, te lo advertí.

— No pensé que estuvieras hablando tan en serio.

— Bueno, pero desde aquí arriba, el jardín está perfectamente preparado; no tienes por qué preocuparte.

Antes de que termine de hablar, al darme la vuelta, veo a Elora alejándose con pasos acelerados. Mientras se aleja, mi mirada permanece fija en ella, observando cada paso que da. Su barriga redonda, un evidente signo de los seis meses de embarazo, es todo un espectáculo. La suave curva, la forma en que coloca delicadamente las manos sobre su vientre, todo revela la belleza única de este momento. La veo caminar despacio, pero con cierta prisa, como si hubiera una suave urgencia en sus pasos.

— Vamos, Demétrios... vamos a recibirlos; Lili ya ha bajado. — dice con cierta urgencia, y observo que Lili ha desaparecido de nuestra vista incluso antes de que Elora pidiera bajar.

Debe haber ido a abrazar a los tíos y tías.

Descendemos juntos las escaleras, Elora y yo, listos para recibir a los invitados que ya se aglomeran en el jardín. Lili está abajo, rodeada de tíos y tías, repartiendo abrazos cálidos y sonrisas radiantes. Al llegar al nivel inferior, nos envuelve una atmósfera festiva, donde risas y voces se mezclan con la suave música de fondo.

Elora sujeta firmemente mi mano, como si encontrara seguridad en nuestro contacto, mientras nos dirigimos hacia nuestros familiares y amigos. Las miradas se vuelven hacia nosotros, y un coro de cálidos saludos llena el aire.

— ¡Demétrios, hermano mío! — exclama Stefanos, mi hermano mayor, con un abrazo robusto que casi me levanta del suelo. — ¡Felicidades, hermano! Estoy ansioso por conocer a mi sobrino.

Se voltea y abraza a Elora con cariño para luego decir.

— Felicidades por el bebé y por tu cumpleaños, Elora.

— ¡Felicidades, hermanita! — Pérola dice mientras la abraza con cariño y recibe el mismo afecto de Elora, seguida de su abuela Matilda que le da un beso en el cabello.

— Felicidades, mi princesa. — añade la señora.

Elora está cumpliendo veintidós años hoy. El año pasado, por estas mismas fechas, prefirió no celebrar su cumpleaños. En cambio, quiso pasar tranquilamente junto a mí y Lili, pero este año... decidió que quería celebrar junto a cada persona que hizo de su año algo más especial.

Lysandros y Melina se acercan después, trayendo consigo una energía contagiosa. Nos saludan con besos en las mejillas y sinceros votos de felicidad.

— Casarse dos veces no es para cualquiera, hermano, y tener dos hijos tampoco lo es. — Konstantinos, el hermano menor y el único soltero entre nosotros, me dice al saludarme.

— Algún día serás atrapado por una mujer y sabrás cómo es.

Kostas sonríe con cinismo y mueve ligeramente la cabeza.

— Si hay algo que probablemente nunca verás en tu vida, hermano mío, es a mí casado y con hijos, eso puedo apostarlo.

Echo una pequeña carcajada y señalo a Stefanos y Lysandros, que están justo delante con sus respectivos hijos y esposas.

— ¿Ves ahí? Los dos me dijeron lo mismo en algún momento de la vida y mira cómo están ahora.

— Eso no va a pasar, Demétrios.

Asiento con la cabeza y lo veo dar un sorbo a su bebida. Konstantinos es un genio en los negocios; junto con Lysandros, tienen una sociedad y dirigen una discoteca, pero además, Kostas tiene varios tipos de emprendimientos que maneja por su cuenta. Su mente es brillante, al igual

que su habilidad para los negocios, pero lo que le falta es conocimiento sobre el amor, la familia y la gratitud. Pero sé que lo obtendrá... al igual que cada uno de los Nikopoulos.

Desvío la mirada y veo a Olivia, la amiga de Elora, que aparece en el jardín junto a un hombre alto y sombrío. Mis ojos siguen sus pasos mientras Elora, con una sonrisa radiante, corre hacia ellos.

— ¡Olivia! — exclama Elora, abrazándola con entusiasmo. — ¡No puedo creer que hayas podido venir!

Las veo abrazarse, pero mi mirada permanece en el hombre; se pueden ver tatuajes debajo de su traje, y su mirada es fría como la de los delincuentes a los que suelo sentenciar en el tribunal.

Después de hablar, me acerco a Elora, que parece distraída arreglando algunos dulces que se han movido de lugar cuando me acerco.

— Mi amor, ¿quién es el hombre que llegó con Olivia?

Elora se detiene ligeramente nerviosa y aparta la mirada hacia la mesa nuevamente.

— Es su marido.

Asiento y vuelvo a mirar al hombre, y Elora simplemente toca mi rostro, haciendo que desvíe la mirada hacia ella.

— Está bien, cariño. Tranquilo —dice mientras me mira, y asiento levemente.

Sus labios dulces tocan los míos y es como si todo volviera rápidamente a su lugar.

— Te amo, Elora.

— Te amo, Demétrios.

— ¡Es hora de comenzar! — escucho a alguien gritar y jalar suavemente los brazos de Elora hasta que llega detrás de la mesa del pastel. Su sonrisa radiante encuentra la mía, y veo, a través de su mirada, que en ese momento, rodeada de cada una de las personas que ama, Elora se siente feliz, se siente en paz... y finalmente se siente parte de una gran familia a la que puede amar.

Y eso, presenciar eso, es mucho más de lo que jamás podría pedir. Presenciar su felicidad, junto a mí, junto a mi familia y a nuestra hija... Dios, qué agradecido soy.

"Te amo, Demétrios", es lo que susurra desde lejos mientras el ruido alto a nuestro alrededor de los cánticos de cumpleaños se desvanece.

La amo... con cada parte de mí, con cada parte que soy.

FIN.

Otros libros:

Los Nikopoulos:

Libro 1

La Heredera Deseada del Magnate

Libro 2

Rechazada por el Millonario Canalla